

GK CHESTERTON

EL CLUB DE LOS NEGOCIOS
RAROS



se

El club de los negocios raros está compuesto por seis narraciones que ejemplifican todos los méritos que hicieron destacar la figura de Chesterton y todas ellas giran alrededor de un oscuro y pintoresco Club, para pertenecer al cual es necesario haber inventado una profesión o industria absolutamente nueva. Sobre esta base aparentemente trivial, Chesterton combina el misterio con la paradoja y el humor y consigue mantener al lector en estado «de suspensión» permanente, haciéndole caminar de sorpresa en sorpresa por los senderos de sus ingeniosas tramas e invenciones.

Chesterton, que tuvo el buen gusto de prodigarse en el relato, debería figurar como miembro de honor de su incomparable Club, por haber inventado la rara industria de complacer al lector.



G. K. Chesterton

El club de los negocios raros

ePub r1.0

Lipa 11.08.15

Título original: *The Club of Queer Trades*
G. K. Chesterton, 1905
Traducción: Emilio Tejada

Editor digital: Lipa
ePub base r1.2



LAS EXTRAORDINARIAS AVENTURAS DEL COMANDANTE BROWN

Se diría que Rabelais, o su fantástico ilustrador, Gustave Doré, han tenido algo que ver en la creación y trazado de los pisos de las casas de Inglaterra y Norteamérica. Hay algo verdaderamente gigantesco en la idea de economizar espacio amontonando unas viviendas sobre otras, con sus correspondientes puertas y fachadas. En el caos y la complejidad de estas calles perpendiculares puede ocultarse o sobrevenir cualquier cosa, y creo que es en una de ellas donde el curioso puede encontrar las oficinas de «El Club de los Negocios Raros». A primera vista podría creerse que semejante título tendría que interesar y chocar forzosamente al transeúnte, pero nada choca ni interesa en estas confusas y monstruosas colmenas. El transeúnte concentra la atención en su prosaico objetivo —la Agencia de Embarque de Montenegro o la Delegación londinense de «El Centinela de Rutland»— y se desliza por los oscuros pasillos de igual manera que se atraviesan los sombríos corredores de un sueño. Si los Thugs^[1] establecieran en uno de los grandes edificios de

Norfolk Street una Compañía para el Asesinato de Extranjeros y colocaran en la oficina a un amable señor encargado de facilitar informes, podéis estar seguros de que nadie iría a pedirlos. Así pues, El Club de los Negocios Raros impera oculto en un gran edificio, como un fósil escondido en un gigantesco conglomerado de fósiles.

El carácter de esta sociedad, como más tarde se comprobó, puede explicarse en breves y sencillas palabras. Se trata de un club excéntrico y bohemio, para pertenecer al cual es condición indispensable que el candidato haya inventado la manera de ganarse la vida. Su profesión tiene que ser absolutamente nueva. La definición exacta de semejante requisito se halla contenida en las dos cláusulas principales de los estatutos. En primer lugar, no debe tratarse de una simple variación de una industria existente. Así, por ejemplo, el Club no admitiría a un agente de seguros por el simple hecho de que en vez de asegurar los muebles contra el incendio, asegurara, pongamos por caso, los pantalones de los hombres contra la posibilidad de ser desgarrados por un perro rabioso. El principio es el mismo (como hizo notar con agudeza e ingenio *Sir* Bradcock Burnaby-Bradcock en el sublime y por demás elocuente discurso pronunciado en el Club al plantearse el problema en el asunto Stormby Smith). En segundo lugar, la

profesión tiene que constituir una fuente de ingresos de carácter genuinamente comercial, que mantenga económicamente a su inventor. Así, el Club no admitiría a un hombre por el mero hecho de que se dedicara a coleccionar latas vacías de sardinas, a no ser que con ellas pudiera montar una industria decorosa. El profesor Chick aclaró perfectamente este punto. La verdad es que cuando se recuerda cuál era la nueva profesión del profesor Chick no sabe uno si echarse a reír o llorar.

El descubrimiento de esta extraña sociedad era una cosa sumamente alentadora. Descubrir que había diez profesiones nuevas en el mundo era como contemplar el primer buque o al primer arado: producía la sensación de que el hombre se encontraba todavía en la infancia del mundo.

Puedo decir, sin pecar de vanidoso, que no tenía nada de extraño que yo llegara a tropezar, al fin, con tan singular corporación, porque tengo la manía de pertenecer a todas las sociedades que me es posible. Podría decirse que soy un coleccionista de clubes, y lo cierto es que he logrado reunir una enorme y fantástica variedad de ejemplares desde los tiempos de mi osada juventud en que ingresé en el Ateneo. Puede que algún día refiera historias de algunas de las otras corporaciones a las que he pertenecido. Contaré quizá las hazañas de la Sociedad del

Calzado del Muerto (comunidad aparentemente inmoral, pero que tenía sus oscuras razones de existencia). Explicaré el curioso origen de la asociación El Gato y el Cristiano, cuyo nombre ha dado lugar a lamentables tergiversaciones. Y el mundo sabrá, al menos, por qué el Instituto de Mecnógrafos se fusionó con la Liga del Tulipán Rojo. De El Club de las Diez Tazas de Té no me atreveré, por supuesto, a decir una palabra.

De todas maneras, la primera de mis revelaciones ha de referirse a El Club de los Negocios Raros, el cual, como ya he dicho, era una de esas asociaciones con la que forzosamente había de tropezarme tarde o temprano a causa de mi singular manía. La bulliciosa juventud de la metrópoli suele llamarme en broma «el rey de los Clubes». También «Querubín», aludiendo al color sonrosado y juvenil que presenta mi semblante en el ocaso de la vida. Lo único que espero es que los espíritus celestiales coman tan bien como yo.

Pero el descubrimiento de El Club de los Negocios Raros ofrece un detalle curiosísimo, y este curiosísimo detalle es que no fue descubierto por mí, sino por mi amigo Basil Grant, un contemplativo, un místico, un hombre que rara vez salía de su buhardilla.

Pocas personas sabían algo de Basil, y no porque

fuera insociable ni mucho menos, pues si cualquier desconocido hubiera penetrado en sus habitaciones, le habría entretenido con su charla hasta el día siguiente. Pocas personas le conocían, porque al igual que la mayoría de los poetas, podía pasarse sin los demás. Acogía una fisonomía humana con el mismo agrado con que podía acoger una repentina mutación de color en una puesta de sol, pero no sentía la necesidad de acudir a las reuniones, del mismo modo que no experimentaba el menor deseo de alterar las nubes del ocaso. Vivía en una extraña y cómoda buhardilla en los tejados de Lambeth, rodeado de un caos de objetos que ofrecían un contraste singular con la sordidez del entorno: libros antiguos y fantásticos, espadas, armaduras... todos los trastos viejos del romanticismo. Pero entre todas estas reliquias quijotescas destacaba su sagaz fisonomía de hombre moderno, su rostro inteligente de jurista. Sin embargo, nadie más que yo sabía quién era.

A pesar del tiempo transcurrido, todo el mundo recuerda la escena terrible —a la vez que grotesca— que se desarrolló en....., cuando uno de los jueces más sagaces y competentes de Inglaterra se volvió loco de repente en pleno tribunal. Por mi parte, yo interpreté el suceso a mi manera, pero en cuanto a los hechos escuetos no cabe discutir. El caso

es que desde hacía muchos meses, e incluso años, la gente venía observando algo anómalo en la conducta del juez. Parecía haber perdido todo interés por la Ley, en la que había brillado hasta entonces con la grandeza indescriptible de un comendador, y se dedicaba a dar consejos morales y personales a los sujetos interesados. Se comportaba más bien como un médico o un sacerdote, y con un lenguaje muy osado, por cierto. La primera señal de alarma debió darla, sin duda, cuando al sentenciar a un hombre que había intentado cometer un crimen pasional, le dijo: «Le condeno a usted a tres años de prisión bajo la firme y solemne convicción que Dios me ha dado, de que lo que usted necesita es pasar tres meses a la orilla del mar». Desde su estrado acusaba a los delincuentes, no tanto por sus evidentes infracciones de la ley como por cosas de las cuales nunca se había oído hablar en los tribunales de justicia, reprochándoles su monstruoso egoísmo, su debilidad de carácter o su deliberado deseo de permanecer en la anormalidad. Las cosas llegaron al colmo en aquel célebre proceso del robo del diamante, en el cual tuvo que comparecer el primer ministro en persona, aquel brillante patricio, para declarar en contra de su criado. Una vez expuestos minuciosamente todos los pormenores de la vida doméstica, el juez requirió de nuevo la comparecencia del primer ministro, y

cuando éste hubo obedecido con sosegada dignidad, le dijo bruscamente, con áspera voz: «Búsqese otra alma. Eso que usted tiene no sirve ni para un perro. Búsqese otra alma».

A los ojos de los perspicaces, todo esto no era naturalmente sino un anuncio de aquel día trágico y luctuoso en que el magistrado perdió definitivamente la sesera en pleno tribunal. Se trataba de un proceso escandaloso contra dos eminentísimos y poderosos financieros, acusados por igual de considerables defraudaciones. El proceso era complicado y duró mucho tiempo. Los abogados hicieron gala de una elocuencia interminable, pero tras varias semanas de trabajos y de retórica, llegó al fin el momento en que el eminente juez tenía que resumir su criterio, y se esperaba con avidez uno de sus famosos destellos geniales de aplastante lógica y lucidez. El magistrado había hablado muy poco en el transcurso del prolongado proceso, y al término de éste parecía triste y sombrío. Guardó silencio unos instantes, y de pronto se puso a cantar con voz estentórea, condensando su parecer, según se dice, del siguiente modo:

*Tarará, tarará,
tarará, tararí,
tararí, tarará.
Tarará, tarará, tararí,
tararí, tarará.*

A raíz de este suceso se retiró de la vida pública y alquiló la buhardilla de Lambeth.

Allí me encontraba yo sentado una tarde, a eso de las seis, saboreando una copa del excelente Borgoña que mi amigo guardaba tras un rimero de infolios impresos en caracteres góticos. Basil se paseaba por la estancia, esgrimiendo, según su costumbre, una de las grandes espadas de su colección. El rojo resplandor del potente fuego que ardía en la chimenea iluminaba sus cuadradas facciones y su rebelde cabellera gris. Sus ojos azules se hallaban impregnados constantemente de una vaguedad de ensueños, y abría la boca para hablar con su aire soñador, cuando se abrió la puerta de par en par y penetró jadeando en la estancia un hombre pálido y fogoso, de cabello rojizo, que llevaba un enorme abrigo de piel.

—Siento molestarte, Basil —balbuceó—. Me he tomado una libertad... He citado aquí a un hombre... un cliente... dentro de cinco minutos... Usted

perdone, caballero —agregó haciéndome una reverencia.

Basil me dirigió una sonrisa.

—¿No sabía usted —dijo— que yo tenía un hermano bastante práctico? Pues aquí lo tiene. Éste es el señor Rupert Grant, capaz de hacer todo lo que haya que hacer. Así como yo he fracasado en lo único que he emprendido, él ha triunfado en todo. Recuerdo que ha sido periodista, agente de fincas, naturalista, inventor, editor, maestro de escuela y... ¿qué eres ahora, Rupert?

—Soy, y llevo siéndolo durante algún tiempo —repuso Rupert con cierta dignidad— detective particular... y aquí está mi cliente.

Un fuerte golpe en la puerta les interrumpió. Concedido el debido permiso, la puerta se abrió bruscamente, y un hombre apuesto y corpulento entró con energía en la estancia, dejó ruidosamente su chistera encima de la mesa y dijo:

—Buenas tardes, señores.

La entonación que imprimía a sus palabras parecía denotar que se trataba de un ordenancista en el sentido militar, literario y social. Tenía una voluminosa cabeza, el cabello con estrías negras y grises, y su enorme bigote negro le daba un aspecto de ferocidad que contrastaba con la mirada triste de sus ojos azul de mar.

—Vamos a la otra habitación —me dijo Basil.

Y ya se dirigía a la puerta, cuando el recién llegado exclamó:

—De ningún modo. Quédense. Pueden ser de ayuda.

En cuanto le oí hablar, recordé de quién se trataba: era un tal comandante Brown, al que había conocido años antes en compañía de Basil. Había olvidado por completo su enérgica figura y su cabeza solemne, pero recordaba su especial modo de hablar, que consistía en proferir únicamente la cuarta parte de cada frase, y esto con tono seco, como la detonación de un fusil. No sé si se debía a la costumbre de dar órdenes a la tropa.

El comandante Brown poseía la Cruz de la Victoria. Era un militar competente y distinguido, pero no pasaba de ser un hombre de guerra. Como muchos de los férreos hombres que han conquistado la India, tenía las creencias y los gustos de una solterona. En su manera de vestir era meticuloso a la vez que recatado. En sus costumbres era de una rigurosa exactitud, hasta el punto de no tomar una taza de té sino en el momento preciso. Un solo entusiasmo le dominaba, que adquiría para él carácter de una verdadera religión: el cultivo de pensamientos en su jardín. Cuando hablaba de su colección, sus ojos azules resplandecían como los de un niño a la vista

de un juguete nuevo: esos mismos ojos que habían permanecido impertérritos cuando las tropas lanzaban sus vítores victoriosos alrededor del general Roberts, en Cadahar.

—Vamos a ver, comandante —dijo Rupert Grant con señorial cordialidad, acomodándose en una silla—. ¿Qué es lo que le ocurre?

—Pensamientos amarillos. La carbonera P. G. Northover —dijo el comandante con indignación.

Nosotros nos miramos unos a otros con gesto inquisitivo. Basil, abstraído como de costumbre, tenía los ojos cerrados y se limitó a decir:

—Perdón, pero no comprendo.

—Es un hecho. La calle, ¿sabe usted? El hombre, los pensamientos. En la tapia. La muerte para mí. Algo. Absurdo.

Nosotros no acabábamos de comprender. Al fin, trozo a trozo, y gracias sobre todo a la ayuda del aparentemente somnoliento Basil Grant, pudimos reconstruir la fragmentaria y excitada narración del comandante. Sería un crimen someter al lector a la tortura que hubimos de soportar nosotros, por lo cual referiré la historia del comandante Brown a mi manera. Sin embargo, el lector debe imaginarse la escena: los ojos de Basil, cerrados como en estado hipnótico, según su costumbre, y los de Rupert y los

míos, que amenazaban salirse de las órbitas a medida que escuchábamos una de las más sorprendentes historias del mundo de labios de aquel hombrecillo vestido de frac, el cual, sentado como un palo en la silla, nos hablaba telegráficamente. Como ya he dicho, el comandante Brown era un militar consumado, pero en modo alguno entusiasta de su profesión. Lejos de lamentar su retiro a media paga, se había apresurado a alquilar un hotelito que se parecía en un todo a una casa de muñecas, y consagró el resto de sus días al cultivo de los pensamientos y al consumo de té ligero. La idea de que las batallas habían terminado para siempre una vez que colgó su espada en el pequeño vestíbulo, consagrándose en cambio a empuñar el rastrillo en su diminuto y soleado jardín, era para él algo así como si hubiera arribado a un puerto celestial. En su afición por la jardinería había algo del tipo del holandés meticuloso, y acaso se inclinara también a tratar a sus flores como si fueran soldados. Era uno de esos hombres que son capaces de poner cuatro paraguas en el paragüero, en lugar de tres, con el objeto de que haya dos a cada lado. Para él la vida parecía ajustarse a un patrón inmutable. Por lo tanto, no cabe duda de que jamás habría imaginado que a unos metros de su paraíso de ladrillos se ocultaba algo ominoso destinado a hacerle zozobrar en un

torbellino de inverosímiles aventuras, más increíbles, en efecto, que cuantas habría podido presenciar o soñar nunca en la horrible selva o en el fragor de los combates.

Cierta tarde de sol y viento, ataviado con la meticulosidad que le era propia, el comandante había salido a dar su acostumbrado paseo. Al encaminarse de una a otra de las amplias avenidas que formaban los hoteles, quiso la casualidad que se metiera en una de esas interminables callejuelas que se encuentran a espaldas de una hilera de mansiones, y que por su aspecto descolorido y solitario le hacen a uno experimentar la extraña sensación de que se encuentra entre los bastidores de un teatro. Pero si bien a la mayoría de nosotros la escena podría aparecérsenos sórdida y hostil, no le ocurría lo mismo al comandante, porque a lo largo del tosco camino de guijarros avanzaba algo que era para él como el desfile de una procesión religiosa para una persona devota. Un hombre corpulento y de pesado andar, con ojos azules de pez y un halo de barba rojiza, empujaba delante de sí una carretilla, en la que resplandecían incomparables flores. Había ejemplares magníficos de casi todos los órdenes, pero los que predominaban eran precisamente los

pensamientos predilectos del comandante. Éste se detuvo en el acto, y después de entablar conversación, entró en tratos con el jardinero comportándose como suelen comportarse en semejantes casos los coleccionistas y otros chiflados por el estilo, es decir, que comenzó por separar con una especie de angustia las mejores plantas de las peores, ensalzó unas, menospreció otras, estableció una sutil escala que se extendía desde lo óptimo a lo raro y lo insignificante, y acabó finalmente por compararlas todas.

Ya comenzaba el hombre a alejarse con su carretilla, cuando se detuvo de pronto y se aproximó al comandante.

—Oiga usted, caballero —le dijo—. Si le interesan estas cosas no tiene usted más que subirse a esa tapia.

—¡Ah, esa tapia! —exclamó escandalizado el comandante, cuya alma convencional desfallecía ante la simple idea de tan fantástica transgresión.

—En ese jardín se encuentra la más hermosa colección de pensamientos amarillos que existe en Inglaterra, señor —susurró el tentador—. Yo le ayudaré a subir.

Nadie sabrá jamás cómo sucedió aquello, pero el entusiasmo positivo del comandante triunfó sobre sus tradiciones negativas, y dando un hábil salto que

probaba que no necesitaba ayuda, se encontró encaramado a la tapia que circundaba el extraño jardín. Un segundo después, el roce de la levita en sus rodillas le hizo pensar que había cometido la mayor de las necedades, pero inmediatamente todos estos pensamientos triviales fueron ahogados por la más aterradora sorpresa que el viejo militar había experimentado nunca en el curso de su intrépida y azarosa existencia. Su mirada se posó en el jardín, y a través de un amplio macizo que ocupaba el centro de la pradera divisó un vasto dibujo de pensamientos. Las flores eran magníficas, pero por primera vez no era el aspecto del jardín lo que absorbía la atención del comandante Brown, pues los pensamientos estaban dispuestos en gigantescas letras mayúsculas que formaban la siguiente frase:

MUERTE AL COMANDANTE BROWN

Un anciano de aspecto bondadoso, con patillas blancas, estaba rayando el jardín.

Brown se volvió rápidamente a mirar hacia el camino. El hombre de la carretilla había desaparecido como por encanto. Entonces contempló de nuevo el jardín y su increíble inscripción. Otro hombre habría pensado que se había vuelto loco, pero Brown no imaginaba tal cosa. Cuando las damas

románticas hablaban con gran efusión de su Cruz de la Victoria y de sus hazañas militares, el comandante se confesaba con tristeza que era un hombre prosaico, pero por la misma razón sabía que era un nombre incurablemente cuerdo. Del mismo modo, otro hombre se habría creído víctima de una broma pasajera, pero a Brown le costaba trabajo creerlo. Sabía por experiencia que aquella labor de jardinería era costosa y entretenida, y le parecía demasiado improbable que hubiera alguien que tirara el dinero a chorros para gastarle una broma. Así pues, al no encontrar ninguna explicación al caso, admitió el hecho como un hombre de claro juicio y esperó el desarrollo de los acontecimientos sin inmutarse, como habría hecho de haberse dado de bruces con un hombre de seis piernas.

En aquel preciso instante alzó la vista el robusto anciano de las patillas blancas, y al ver a Brown se le cayó la regadera de la mano, que formó un charco de agua en los guijarros del sendero.

—¿Quién diablos es usted? —murmuró estremecido por violentos temblores.

—Soy el comandante Brown —dijo nuestro hombre, que conservaba siempre la sangre fría en los momentos de acción.

El anciano se quedó con la boca abierta como un perro monstruoso. Al fin, balbuceó alocadamente:

—¡Baje! ¡Baje aquí!

—¡A sus órdenes! —dijo el comandante, dejándose caer sobre la hierba sin que se le escurriera de la cabeza el sombrero de copa.

El anciano le volvió sus anchas espaldas y echó a correr como un pato hacia la casa, seguido a grandes zancadas por el comandante. Su guía le condujo a través de los pasillos posteriores de una casa sombría pero suntuosamente adornada, hasta que llegaron a la puerta de la habitación que daba a la fachada. Entonces el anciano se volvió hacia Brown con una cara en la que se reflejaba vagamente en la penumbra un terror apoplético.

—¡Por lo que más quiera, no mencione a los chacales! —le dijo.

A continuación abrió la puerta, dejando penetrar la luz de una lámpara y huyó estrepitosamente escalera abajo.

El comandante entró con el sombrero en la mano en una sala suntuosa y resplandeciente, repleta de adornos de bronce y cortinajes de abigarrados colores. Brown tenía los mejores modales del mundo, y aunque no se lo esperaba, no se quedó nada desconcertado al ver que la única persona que ocupaba el aposento era una señora que se hallaba sentada junto a la ventana mirando al exterior.

—Señora —dijo inclinándose con sencillez—,

soy el comandante Brown.

—Siéntese —dijo la mujer sin volver la cabeza.

Era una mujer esbelta, vestida de verde, con la cabellera rubia y un perfume que le recordaba el parque de Bedford.

—Supongo que vendrá usted a torturarme a propósito de las odiosas criaturas —dijo con tono lúgubre.

—Vengo para saber de qué se trata, señora —repuso el comandante—. Para saber por qué está escrito mi nombre en su jardín. Y no muy amigablemente, por cierto.

Brown hablaba con acritud porque la cosa le había llegado al alma. No es posible describir el efecto que producía en el espíritu la escena de aquel plácido y soleado jardín, la incitación que aquello constituía para una persona aturdida y brutal. Reinaba en el aire crepuscular una calma infinita, y la hierba parecía de oro en el sitio mismo en que las flores que contemplaba el comandante clamaban al cielo por su sangre.

—Ya sabe usted que no puedo volverme —dijo la dama—. Hasta que suenen las seis tengo que permanecer todas las tardes mirando la calle.

Impulsado por una rara y desusada inspiración, el prosaico militar decidió aceptar sin extrañeza estos irritantes enigmas.

—Ya van a ser las seis —dijo.

Y apenas hubo hablado, el bárbaro reloj de bronce que colgaba de la pared dejó oír la primera campanada. Cuando terminaron de dar las seis, la mujer se puso bruscamente de pie y volvió hacia el comandante una de las caras más extrañas y atractivas que había visto en toda su vida. Aunque seductor en extremo, era francamente el rostro de un ser sobrenatural.

—Hace ya tres años que espero —exclamó la mujer—. Hoy es el aniversario. Tanto esperar casi le hace a una desear que la horrenda cosa acabe de ocurrir de una vez.

Aún no había terminado de hablar, cuando un grito surcó de pronto el silencio circundante. A ras del suelo de la borrosa calle (ya empezaba a oscurecer) se oyó una voz que gritaba con ronca y despiadada claridad:

—¡Comandante Brown! ¡Comandante Brown!
¿Dónde vive el chacal?

Brown sabía actuar con rapidez y en silencio.

A grandes zancadas se encaminó a la puerta de la fachada y miró al exterior. Ningún vestigio de vida se advertía en la azulada neblina de la calle, donde comenzaban a brillar las luces amarillentas de uno o dos faroles. Al volverse, encontró temblando a la dama de verde.

—¡Es el fin! —exclamó la mujer con los labios convulsos—. ¡Será la muerte para los dos! Siempre que...

Pero sus palabras fueron ahogadas por otra ronca invocación procedente de la tenebrosa calle, y articulada de nuevo con precisión tremenda.

—¡Comandante Brown! ¡Comandante Brown! ¿Cómo murió el chacal?

Brown se precipitó a la puerta, pero nuevamente se vio defraudado. No se veía a nadie, aun cuando la calle era demasiado larga y solitaria para que el misterioso personaje hubiera huido. A pesar de su sensatez, el comandante se hallaba un tanto sobrecogido, y al cabo de un rato decidió regresar a la sala. Pero apenas había dado unos pasos cuando se oyó de nuevo la terrorífica voz:

—¡Comandante Brown! ¡Comandante Brown! ¿Dónde...?

De un salto, Brown se lanzó a la calle y logró llegar a tiempo... a tiempo de ver algo que le heló la sangre en las venas. Los gritos parecían provenir de una cabeza sin cuerpo que reposaba en el pavimento.

Un instante después el lívido comandante comprendió de qué se trataba: un hombre asomaba la cabeza por la trampilla de la carbonera que daba a la calle. Inmediatamente la cabeza desapareció una vez más, y entonces el comandante Brown se volvió

hacia la señora.

—¿Por dónde se entra a la carbonera? —le preguntó encaminándose al pasillo.

Ella se le quedó mirando con ojos enloquecidos.

—¿No irá usted a bajar solo a esa oscura cueva —exclamó—, estando allí esa fiera?

—¿Es por aquí? —dijo Brown, y descendió los escalones de la cocina de tres en tres.

El comandante abrió la puerta de una tenebrosa cavidad y se introdujo en ella a la vez que se palpaba en los bolsillos en busca de las cerillas. Cuando tenía la mano derecha ocupada en este menester, brotaron en la oscuridad un par de manos enormes y viscosas que según todas las apariencias pertenecían a un hombre de gigantesca estatura. Le cogieron por la nuca y le obligaron a doblarse en las asfixiantes tinieblas, como una imagen dolorosa del destino. Pero aun cuando el comandante tenía oprimida la cabeza, conservaba toda su lucidez. Sin ofrecer la menor resistencia, cedió a la presión, hasta que casi se vio a cuatro patas, y entonces, al advertir que las rodillas del monstruo invisible se encontraban a un palmo de distancia, no hizo más que extender una de sus largas, huesudas y diestras manos, agarró la pierna por un músculo y la arrancó del suelo, con lo cual el gigantesco adversario de desplomó estrepitosamente. El misterioso personaje forcejeó

por levantarse, pero Brown había caído sobre él como un gato. Los dos rodaron por el suelo una y otra vez. A pesar de su corpulencia, era evidente que el agresor sólo pensaba en la fuga. Daba saltos de un lado a otro para ganar la puerta, pero el obstinado comandante le había cogido con fuerza por el cuello de la chaqueta, en tanto que con la mano libre se agarraba a una viga. Al fin hizo un violento esfuerzo para obligar a retroceder a aquel toro humano, en cuyo empeño el comandante creyó que se le rompería la mano y parte del brazo, pero fue otra cosa lo que se rompió, y la robusta silueta desapareció por la puerta de la carbonera dejando en poder de Brown una chaqueta desgarrada, único fruto de su aventura y único indicio para resolver el misterio, pues cuando el comandante subió de nuevo al aposento, la dama, los suntuosos cortinajes y todos los demás adornos de la casa habían desaparecido. Sólo se veían entarimados desnudos y blancas paredes.

—La señora formaba parte del complot, no cabe duda —dijo Rupert con aire pensativo.

El comandante Brown se puso colorado.

—Perdone usted —dijo—, pero no lo creo.

Rupert enarcó las cejas y le miró un instante, pero no dijo nada. Unos segundos después preguntó:

—¿Había algo en los bolsillos de la chaqueta?

—Había siete peniques y medio en calderilla y

una monedita de tres peniques —dijo el comandante meticulosamente—. También había una pipa, un trozo de cuerda y esta carta.

Y la depositó sobre la mesa. Decía así:

Querido señor Plover:

Me entero, con pesar, de que han sobrevenido algunas dilaciones en el asunto del comandante Brown. Procure que, según se ha convenido, sea atacado mañana. En la carbonera, por supuesto.

De usted afectísimo

P. G. Northover

Rupert Grant escuchaba la lectura de la carta, inclinado hacia delante y mirando con ojos de lince. De pronto preguntó:

—¿Está fechada en algún sitio?

—No... Digo, sí —repuso Brown, mirando el papel—. 14, Tamers Court, North...

Rupert se puso en pie de un salto, dando una palmada.

—¿Qué hacemos aquí entonces? Vamos allá.

Basil, déjame tu revólver.

Basil tenía los ojos fijos en las ascuas, como un hombre hipnotizado, y tardó algún tiempo en contestar.

—No creo que lo necesites —dijo.

—Puede que no —contestó Rupert, poniéndose su abrigo de pieles—. Vaya usted a saber. Pero cuando se va a un callejón oscuro en busca de unos criminales...

—¿Crees que se trata de criminales? —le preguntó su hermano.

Rupert se echó a reír a carcajadas.

—Es posible que a ti te parezca un experimento inocente ordenar a un subalterno que estrangule a un hombre inofensivo en una carbonera, pero...

—¿Crees tú que querían estrangular al comandante? —preguntó Basil con el mismo tono distante y monótono.

—Querido, veo que estabas dormido. Mira esta carta.

—Ya veo la carta —repuso tranquilamente el desequilibrado juez, aunque lo cierto era que seguía contemplando el fuego—. No creo que sea ésa la carta que un criminal escribiría a otro.

—¡Hijo mío, eres maravilloso! —exclamó Rupert dando media vuelta con sus ojos azules chispeantes de risa—. Tus métodos me desconciertan. Porque, en

fin, la carta está aquí. La tenemos aquí escrita y en ella se ordena un crimen. Es como si dijeras que la columna de Nelson no es lo más fácil de encontrar en Trafalgar Square.

Basil Grant le escuchaba como acometido por una especie de risa silenciosa, pero sin hacer ningún otro movimiento.

—Todo eso está muy bien —repuso—; pero, desde luego, no es ésa la lógica que aquí hace falta precisamente. Se trata de una cuestión de atmósfera espiritual. Ésa no es una carta criminal.

—Lo es. Es un hecho indiscutible —clamó el otro en un arrebato de cordura.

—¡Los hechos! —murmuró Basil, como quien mencionara unos animales extraños y remotos—. ¡Cómo oscurecen los hechos la verdad! Yo seré un insensato (a decir verdad, no estoy en mis cabales); pero nunca he podido creer en ese hombre... ¿cómo se llama el protagonista de esas famosas historias...? Sherlock Holmes. Todos los detalles conducen a algo, no cabe duda; pero por regla general a algo equivocado. Los hechos apuntan, a mi parecer, en todas direcciones, como las ramas de un árbol. Únicamente es la vida del árbol la que ofrece unidad y la que se eleva... Únicamente es su verde savia la que brota como un surtidor hacia las estrellas.

—Pero ¿qué demonios puede significar esta carta

si no es de un criminal?

—Tenemos toda la eternidad para pensarlo — repuso el místico—. Puede significar una infinidad de cosas. Yo no he visto aún ninguna de ellas. Sólo he visto la carta y me basta verla para decir que no es de un criminal.

—Pero ¿cuál es su origen?

—No tengo la menor idea.

—En ese caso, ¿por qué no admites la explicación vulgar?

Basil siguió contemplando un instante las brasas y pareció reconcentrar sus pensamientos en un esfuerzo humilde y doloroso. Al fin, dijo:

—Supongamos que salieras a pasearte en una noche de luna. Supongamos que fueras a través de calles y plazas silenciosas y argentadas hasta llegar a un amplio desierto en el que entre otros monumentos descubrieras una estatua ataviada como una corista que bailara a la luz plateada de la luna. Y supongamos que al fijarte mejor observaras que se trataba de un hombre disfrazado. Finalmente supongamos que miraras más atentamente y vieras que era Lord Kitchener. ¿Qué es lo que pensarías...?

Basil hizo una pausa, y luego prosiguió:

—No podrías adoptar la explicación vulgar. La explicación vulgar que puede darse de la adopción de indumentarias singulares es que le sienten bien a

uno, y creo que no se te ocurriría pensar que Lord Kitchener se había vestido de bailarina por un vulgar prurito de vanidad personal. Es mucho más probable que pensaras que habría heredado la monomanía del baile de alguna tatarabuela, o que habría sido hipnotizado por alguien, o amenazado quizá de muerte por una sociedad secreta si rehusaba pasar la prueba. Si fuera Baden-Powell, pongamos por caso, podría tratarse de una apuesta, pero en el caso de Kitchener sería imposible. Yo tengo mis motivos para estar enterado, porque en mis tiempos de actividad pública le conocí bien. También conozco esa carta, y conozco bien a los criminales. Ésa no es la carta de un criminal. Es una cuestión de ambiente.

Y Basil cerró los ojos y se pasó la mano por la frente. Rupert y el comandante le contemplaban entre respetuosos y compasivos. El primero dijo:

—Bueno, de todas maneras yo me marchó, y mientras no nos resuelvas tu problema espiritual, seguiré pensando que un hombre que manda a otro una carta encomendándole un crimen, crimen que positivamente ha sido ejecutado aunque sin éxito, es un hombre, según todas las apariencias, de una moralidad un tanto dudosa. ¿Puedo coger tu revólver?

—Sin duda —dijo Basil poniéndose en pie—. Pero yo voy a acompañaros.

Y envolviéndose en una vieja capa, cogió un

bastón de estoque de un rincón.

—¿Es posible? —exclamó Rupert un tanto sorprendido—. ¡Si casi nunca sales de tu madriguera para ver lo que pasa por el mundo!

Basil se ajustó un viejo sombrero blanco, de tamaño enorme, y replicó con inconsciente y desmedida arrogancia:

—Casi nunca ocurre nada en el mundo que yo no comprenda en el acto y no vaya a verlo.

Dicho esto, abrió la marcha en la noche púrpura.

Los cuatro nos deslizamos a lo largo de las iluminadas calles de Lambeth, y después de atravesar el puente de Westminster, bordeamos el muelle para encaminarnos a la parte de Fleet Street en que se encontraba Tamers Court. La erguida y negra silueta del comandante Brown formaba, vista por detrás, un extraño contraste con las posturas inquisitivas del joven Rupert Grant, que adoptaba con infantil deleite todas las actitudes dramáticas de los detectives de novela. La mejor de sus múltiples cualidades era el pueril interés que manifestaba por el color y la poesía de Londres. Basil, que caminaba detrás, absorto en la contemplación de las estrellas, tenía todo el aire de un sonámbulo.

Rupert se detuvo en la esquina de Tamers Court, estremeciéndose de alegría ante la proximidad del peligro, y empuñó en el bolsillo del abrigo el

revólver de su hermano.

—¿Entramos ya? —dijo.

—¿No avisamos a la policía? —preguntó el comandante Brown examinando con interés la calle de arriba abajo.

—No sé qué hacer —repuso Rupert frunciendo el ceño—. Desde luego, es evidente que la cosa no ofrece dudas, pero somos tres y...

—Yo no avisaría a la policía —dijo Basil con voz extraña.

Rupert se volvió para mirarle y se quedó atónito.

—¡Basil! —exclamó—. Estás temblando. ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo?

—El frío, quizá —dijo el comandante, observándole.

No había duda de que Basil Grant se estremecía. Al fin, tras unos momentos de atención, Rupert soltó un impropio.

—¡Te estás riendo! —exclamó—. Conozco bien esa maldita risa tuya, que te retuerce en silencio. ¿Qué diablos te hace tanta gracia, Basil? Nos ves aquí a los tres, a un paso de una madriguera de maleantes...

—Pues yo no avisaría a la policía —dijo Basil—. Cuatro héroes como nosotros valemos por todo un ejército.

Y su cuerpo siguió estremeciéndose bajo el

influjo de su misterioso regocijo. Rupert le volvió la espalda con irritación y se encaminó a grandes pasos hacia la misteriosa casa, seguido de todos nosotros. Cuando llegó a la puerta del número 14 se volvió bruscamente, con el revólver en la mano.

—¡Acérquense! —dijo con voz de mando—. Puede que el granuja quiera fugarse en este mismo instante. Tenemos que abrir la puerta de golpe y precipitarnos adentro.

Inmediatamente los cuatro nos pegamos a la entrada con una rigidez de piedra, a excepción del viejo juez, que no cesaba en sus alegres convulsiones.

—Escuchen —dijo Rupert Grant, volviendo de pronto su pálido rostro y mirándonos con ojos ardientes por encima del hombro—. Cuando yo diga: «¡Cuatro!», síganme como una tromba. Si digo: «¡A por él!», échense encima de los granujas, sean quienes sean. Si digo: «¡Alto!», deténganse. Esto último lo diré si son más de tres. Si nos atacan, vaciaré el revólver sobre ellos. Basil, prepara tu bastón. ¡Vamos! ¡Una, dos, tres, cuatro!

Al proferir la última palabra, la puerta fue abierta de par en par y los cuatro penetramos en el interior como una tromba, pero sólo para quedarnos clavados en el sitio.

La habitación era una vulgar oficina pulcramente

amueblada, y parecía desierta a primera vista. Pero al mirar más atentamente vimos sentado tras una inmensa mesa repleta de departamentos y cajones de asombrosa multiplicidad, un hombrecillo de negro y encerado bigote, con aire de ser un vulgarísimo empleado, que estaba escribiendo con gran atención. Al mismo tiempo que nosotros nos parábamos, el hombre alzó la vista.

—¿Habían llamado ustedes? —preguntó con tono afable—. Siento mucho no haberles oído. ¿En qué puedo servirles?

Titubeamos un instante, y al fin, por consentimiento general, se adelantó el comandante, la víctima del ultraje.

Llevaba la carta en la mano, y su expresión era desacostumbradamente feroz.

—¿Se llama usted P. G. Northover? —preguntó.

—Para servirle —contestó el otro sonriendo.

—Creo poder asegurar —dijo el comandante Brown con el semblante cada vez más ensombrecido — que esta carta ha sido escrita por usted.

Y, al decir esto, depositó violentamente la carta encima de la mesa con el puño crispado. El hombre llamado Northover la examinó con interés nada fingido y se limitó a asentir con la cabeza.

—Pues bien, caballero —dijo el comandante con indignación—, ¿qué quiere decir esto?

—¿Qué quiere decir el qué? —contestó el hombre del bigote.

—Yo soy el comandante Brown —dijo nuestro amigo sobriamente.

Northover se inclinó.

—Encantado de conocerle, caballero. ¿Qué tiene usted que decirme?

—¡Cómo decirle! —exclamó el comandante perdiendo los estribos—. ¡Lo que quiero es que se termine de una vez este maldito asunto! Deseo...

—Perfectamente, caballero —repuso Northover, poniéndose en pie a la vez que enarcaba ligeramente las cejas—. ¿Quiere usted tomar asiento un momento?

Y oprimió el botón de un timbre que sonó en una habitación contigua. El comandante apoyó la mano en el respaldo de la silla que se le ofrecía, pero permaneció de pie frotando y golpeando el piso con su bruñida bota.

Momentos después, se abrió una puerta vidriera en el interior y entró en la estancia un joven rubio vestido de levita.

—Señor Hopson —le dijo Northover—, este caballero es el comandante Brown. ¿Quiere hacer el favor de terminar lo que le di esta mañana y traerlo?

—Sí, señor —repuso el señor Hopson, desapareciendo como un relámpago.

—Señores —dijo el egregio con su radiante sonrisa—, ustedes perdonarán que continúe trabajando hasta que termine el señor Hopson. Tengo que dejar algunos libros al corriente para poder marcharme mañana de paseo. Que a todos nos gusta echar una cana al aire, ¿verdad? ¡Ja, ja!

El criminal cogió su pluma con una risa infantil y en la estancia reinó un profundo silencio; silencio plácido y laborioso por parte del señor P. G. Northover, furibundo y sombrío en cuanto a los demás.

Al fin, el rasguear de la pluma de Northover fue ahogado en la quietud por un golpe en la puerta. Casi al mismo tiempo se movió el picaporte y el señor Hopson entró de nuevo con la misma celeridad silenciosa, y después de depositar un papel delante del jefe volvió a desaparecer.

El hombre de la mesa se atusó y retorció unos instantes las puntas del bigote, mientras su mirada recorría el documento. De pronto cogió la pluma frunciendo ligeramente el ceño y alteró algo, murmurando: «¡Qué descuido!». Después leyó de nuevo el papel con la misma hermética atención y, por último, se lo tendió al frenético comandante, cuya mano tamborileaba furiosamente en el respaldo de la silla.

—Supongo que estará usted conforme,

comandante —le dijo.

El comandante miró el papel. Si estaba conforme o no, más adelante se verá; pero lo que leyó fue lo siguiente:

EL COMANDANTE BROWN DEBE A P. G. NORTHOVER

	Libras	Chelines	Peniques
1 de enero. Saldo anterior	5	6	0
9 mayo. Por la colocación de 200 tientos de pensamientos	2	0	0
Por los gastos de transporte de las flores	0	15	0
Por el sueldo del mozo	0	5	0
Por el alquiler de la casa y jardín por un día	1	0	0
Por la ornamentación de la sala con continajes de colores, adornos de bronce, etcétera	3	0	0
Por el sueldo de la señorita Jameson	1	0	0
Idem del señor Plover	1	0	0
TOTAL	14	6	0

—Pero... —dijo Brown después de una pausa mortal, mientras los ojos amenazaban salirsele de las órbitas—. ¿Qué demonios es esto?

—¿Que qué es? —repitió Northover enarcando

las cejas con regocijo—. Pues es una cuenta, naturalmente.

—¡Mi cuenta! —exclamó el comandante, que creía perder el juicio—. ¡Mi cuenta! Pero ¿qué es lo que usted pretende?

—¡Hombre! —repuso Northover riéndose a carcajadas—. Lo que yo querría, por supuesto, es que me la abonara.

Al ser pronunciadas estas palabras, la mano del comandante se apoyaba todavía en el respaldo de la silla. Sin moverla apenas, el militar la levantó en el aire con una mano y se la tiró a Northover a la cabeza.

Las patas de la silla se destrozaron contra la mesa, de suerte que Northover sólo recibió un golpe en el codo al mismo tiempo que se ponía en pie de un salto con los puños crispados. Todos nosotros nos echamos encima de él como una avalancha mientras la silla rodaba por el suelo estrepitosamente.

—¡Soltadme, granujas! —gritó—. ¡Soltadme...!

—¡Silencio! —exclamó Rupert con tono autoritario—. La acción del comandante Brown es excusable. El abominable crimen que usted ha intentado...

—Todo cliente tiene perfecto derecho a discutir una partida abusiva —le interrumpió Northover acaloradamente—, pero ¡caramba!, no a tirarle a uno

los muebles a la cabeza.

—¡Por Dios Santo! ¿Qué es lo que quiere usted decir con sus clientes y sus partidas? —gritó el comandante Brown, cuyo carácter femenino, imperturbable en el dolor y en el peligro, se desquiciaba por completo en presencia de un prologado y exasperante misterio—. ¿Quién es usted? Yo no le he visto en mi vida ni sé nada de sus estúpidas e insolentes cuentas. Lo que sé es que uno de sus malditos compinches trató de estrangularme...

—¡Locos! —exclamó Northover, mirando atónito a su alrededor—. ¡Todos están locos! ¡No sabía que anduvieran sueltos de cuatro en cuatro!

—¡Basta de tonterías! —dijo Rupert—. Sus crímenes han sido descubiertos. En la esquina hay apostado un policía. Aun cuando yo no soy más que un detective particular, asumo la responsabilidad de manifestarle que todo cuanto diga...

—¡Locos! —repitió Northover con aire agobiado.

En aquel preciso instante se oyó entre ellos, por primera vez, la voz extraña y soñolienta de Basil Grant.

—Comandante Brown —dijo—, ¿puedo hacerle una pregunta?

El militar volvió la cabeza con acrecentado desconcierto.

—¿Usted? —exclamó—. Claro, señor Grant.

—¿Puede decirme —dijo el místico con la cabeza inclinada y las cejas hundidas mientras trazaba un dibujo en el suelo con su bastón—, puede decirme cómo se llamaba el individuo que vivió en su casa antes que usted?

El desconcierto del infortunado comandante no hizo sino aumentar con este último e inútil desatino y contestó con cierta vaguedad:

—Sí, creo que sí. Era un hombre llamado Gurney, y algo más... Era un nombre con guión... Gurney-Brown: eso creo.

—¿Y cuándo cambió de dueño la casa? —dijo Basil alzando de pronto la vista.

Sus extraños ojos relucían con brillante fulgor.

—Yo la ocupé el mes pasado —repuso el comandante.

Al oír esto el criminal Northover se desplomó de pronto en su amplia silla y estalló en estrepitosas carcajadas.

—¡Oh! ¡Graciosísimo! —balbució dándose puñetazos en los brazos.

Northover se reía de modo ensordecedor. Basil Grant hacía lo mismo en silencio. En cuanto a los demás, sólo sentíamos que nuestras cabezas eran como endebles veletas bajo la furia del vendaval.

—¡Por Dios santo, Basil! —exclamó Rupert

pataleando—. Si no quieres que me vuelva loco y te vacíe tu metafísica mollera, haz el favor de explicarme lo que significa todo esto.

Northover se levantó.

—Caballero, permítame que me explique —dijo—. Y ante todo, permítame usted, comandante Brown, que le presente mis excusas por un error verdaderamente abominable e imperdonable que le ha causado a usted molestias e inquietudes, ante las cuales, por cierto, se ha comportado usted, si me permite decírselo, con asombroso valor y con suma dignidad. Por supuesto, no tiene usted por qué preocuparse de la cuenta. Las pérdidas corren de nuestro cargo.

Y rasgando el papel por la mitad, lo arrojó al cesto de los papeles e hizo una reverencia.

—Pues no entiendo una palabra —exclamó—. ¿Qué cuenta? ¿Qué error? ¿Qué pérdida?

El señor P. G. Northover se adelantó hasta el centro de la estancia con aire pensativo y no poca dignidad. Visto más de cerca, se observaban en él algunas otras cosas que su bigote, en particular, un rostro enjuto y cetrino de halcón que no dejaba de reflejar una profunda inteligencia. De repente dirigió la mirada hacia el militar.

—¿Sabe usted dónde se encuentra exactamente, comandante? —le dijo.

—Bien sabe Dios que no lo sé —contestó el militar con franqueza.

—Se encuentra usted —afirmó Northover— en las oficinas de la Agencia de Aventuras Ltd.

—¿Y qué es eso? —inquirió atónito Brown.

El hombre de negocios se inclinó sobre el respaldo de la silla y clavó sus negros ojos en el semblante del otro.

—Comandante —le dijo—, ¿no le ha ocurrido a usted nunca, cuando caminaba por una calle desierta en una tarde de ocio, experimentar un anhelo invencible de que sobreviniera algo, pero algo en consonancia con las sublimes palabras de Walt Whitman: «Algo pernicioso y temible, algo incompatible con una vida mezquina y piadosa, algo desconocido, algo absorbente, algo desprendido de su anclaje que bogara en libertad»? ¿No ha sentido usted nunca eso?

—No, por cierto —contestó secamente el comandante.

—En ese caso tendré que explicarme mejor —agregó Northover con un suspiro—. La Agencia de Aventuras ha sido creada para atender a un gran anhelo moderno. Por todas partes, en la conversación y en la literatura, se manifiesta el deseo de un más amplio teatro de acontecimientos, de algo que nos sorprenda y nos conduzca por insospechados y

sublimes derroteros. Ahora bien, el hombre que siente el deseo de una vida variada, satisface una suma anual o trimestral a la Agencia de Aventuras, y ésta por su parte se encarga de rodearle de acontecimientos fantásticos y sorprendentes. Cuando el hombre en cuestión sale de casa, se le acerca un individuo excitadísimo que le asegura que existe un complot contra su vida, o bien el hombre coge un coche y se ve conducido a un fumadero de opio, o recibe un telegrama misterioso o una visita dramática, e inmediatamente se encuentra envuelto en una vorágine de acontecimientos. Para empezar, uno de los distinguidos novelistas que en estos momentos trabajan atareadísimos en la habitación de al lado, escribe una historia interesantísima y emocionante. La de usted, comandante Brown (que se debe a la pluma de nuestro colaborador, el señor Grigsby), es a mi parecer de un interés y una perfección notables. Casi es una lástima que no vea usted el final. No creo que tenga que extenderme ya mucho para explicar el monstruoso error. Su predecesor en la casa que usted ocupa ahora, el señor Gurney-Brown, estaba suscrito a nuestra agencia, y nuestros negligentes empleados, ignorando por igual la dignidad del guión y de la gloria de la graduación militar, se imaginaron, sin duda, que el comandante Brown y el señor Gurney-Brown eran la misma persona. Debido a esto se ha

visto usted sumergido de pronto en una tragedia ajena.

—¿Cómo demonios puede funcionar una agencia tan extraordinaria? —preguntó Rupert Grant con los ojos chispeantes y fascinados.

—Nosotros creemos realizar una noble empresa —respondió Northover con ardor—. Constantemente nos ha obsesionado la idea de que no hay en la vida moderna nada más lamentable que el hecho de que el hombre moderno tiene que satisfacer todas las exigencias artísticas de una manera sedentaria. Si desea volar al país de las hadas lee un libro, y lo mismo hace si quiere sumirse en el fragor de las batallas, o elevarse a los cielos, o salvar toda clase de obstáculos. Nosotros le proporcionamos todas esas visiones, pero al mismo tiempo le obligamos a vivirlas, colocándole en la necesidad de saltar tapias, de pelearse con individuos extraños, de huir por largas calles de turbios perseguidores..., todos ellos ejercicios divertidos y saludables. Así le hacemos saborear un destello del mundo grandioso de Robin Hood y los caballeros andantes, en el que tenían lugar sublimes hazañas bajo un espléndido cielo. Así también le hacemos volver a los días de su infancia, esa divina edad en que podemos vivir con la imaginación, ser nuestros propios héroes, y al mismo tiempo bailar y soñar.

Basil le contemplaba con curiosidad. El descubrimiento psicológico más singular había quedado reservado para el final, pues al pronunciar sus últimas palabras, el hombrecillo de negocios tenía la mirada fulgurante de un fanático.

El comandante Brown acogió la explicación con gran sencillez y muy buen humor.

—Bien argumentado, caballero, por supuesto —dijo—. No cabe duda, la idea es excelente; pero no creo... —Se detuvo un momento y miró por la ventana con aire soñador—. No creo que a mí me convenza. La verdad es que cuando uno ha visto la cosa con sus propios ojos, ¿comprende...?, la sangre, los hombres muriendo, lo que uno quiere es tener una casita y una pequeña chifladura. Como dice la Biblia: «Allí encontrarás el descanso».

Northover le hizo una reverencia. Después, tras una breve pausa, agregó:

—Señores, les ofrezco mi tarjeta. Si alguno desea recurrir a mis servicios en cualquier momento, a pesar del criterio del comandante sobre el asunto...

—Le agradecería que me diera su tarjeta, caballero —dijo el comandante con voz brusca, aunque cortés—. Pagaré la silla.

El director de la Agencia de Aventuras le tendió la tarjeta riéndose. Decía así:

P. G. NORTHOVER. LICENCIADO EN LETRAS
C. N. R.
AGENCIA DE AVENTURAS LTD.
14, TAMERS COURT. FLEET STREET

—¿Qué diablos quiere decir «C. N. R.»? —preguntó Rupert Grant, mirando por encima del hombro del comandante.

—¿No lo sabe usted? —contestó Northover—. ¿No han oído, ustedes hablar del Club de los Negocios Raros?

—Parece ser que hay multitud de cosas divertidas de las que nunca hemos oído hablar —dijo el comandante con aire pensativo—. ¿Qué es?

—El Club de los Negocios Raros es una sociedad integrada exclusivamente por personas que han inventado alguna nueva y curiosa manera de hacer dinero. Yo soy uno de los miembros más antiguos.

—Merece usted serlo —dijo Basil cogiendo su enorme sombrero y hablando por última vez aquella noche.

Cuando se hubieron marchado todos, el director de la Agencia de Aventuras sonrió con extraña sonrisa mientras apagaba el fuego y cerraba los cajones de su mesa.

—¡Gran tipo ese comandante! Cuando no se tiene algo de poeta se puede ser a cambio un verdadero poema. Pero ¡a quien se le diga que este hombre, metódico si los hay, ha caído en las redes de una de las historias de Grigsby...!

Y Northover se echó a reír a carcajadas en el silencio.

En el preciso instante en que se extinguía su risa, se oyó un golpe seco en la puerta, y una cabeza de lechuga, con negro bigote, asomó por ella con un aire un tanto absurdo de curiosidad y de súplica.

—¡Cómo! ¿Usted otra vez, comandante? — exclamó Northover sorprendido—. ¿En qué puedo servirle?

El comandante penetró en la estancia con paso febril.

—Es terriblemente absurdo —declaró—; pero algo debe haber surgido dentro de mí que nunca he experimentado. El caso es que puedo jurarle que siento una curiosidad desesperada por conocer el final de todo eso.

—¿El final de qué?

—Sí —dijo el comandante—. Lo de los «chacales», y las escrituras, y lo de «Muerte al comandante Brown».

El agente se puso serio, pero sus ojos reflejaban cierto regocijo.

—Lo siento en el alma, comandante —le dijo—; pero lo que usted desea es imposible. No puede usted figurarse lo que me agradaría complacerle, pero las normas de la Agencia son rigurosísimas. Las aventuras tienen carácter confidencial, y como usted es un extraño, me está vedado revelarle ni una palabra más de lo que sea inevitable. Espero que usted lo comprenderá...

—Nadie puede comprender mejor que yo las reglas de la disciplina —dijo Brown—. Muchísimas gracias. Buenas noches.

Y el pobre hombre se retiró definitivamente.

El comandante se casó más tarde con la señorita Jamerson, la dama del cabello rojizo y el vestido verde. Era una actriz contratada —igual que otras muchas— por la Agencia de Aventuras, y su matrimonio con el relamido veterano produjo cierta sensación entre sus espirituales amistades. Pero ella replicaba siempre con gran compostura, que si bien conocía a muchos que se habían comportado maravillosamente en las intrigas de Northover, sólo había visto a uno que se metiera con decisión en una carbonera en la que suponía que se ocultaba realmente un asesino.

El comandante y ella viven felices como dos

tórtolas en un hotelito absurdo, y el primero se ha decidido ahora a fumar. En todo lo demás no ha cambiado, salvo que alguna que otra vez —aun siendo como es por naturaleza vivaracho y de un desinterés femenino— se queda absorto, sin embargo, en una especie de abstracción. En esos momentos su mujer adivina con disimulado regocijo, por la mirada ciega de sus ojos azules, que está pensando en cuáles serían las escrituras aquellas, y en por qué le estaba vedado mencionar a los chacales. Pero como tantos otros viejos militares, Brown es un hombre religioso y cree que conocerá el resto de su fantástica aventura en un mundo mejor.

EL LAMENTABLE FIN DE UNA GRAN REPUTACIÓN

Basil Grant y yo conversábamos un día en lo que es quizá el sitio más adecuado para el caso: en la imperial de un tranvía pasablemente desierto. Conversar desde lo alto de una montaña es algo magnífico, pero hacerlo desde lo alto de una montaña voladora resulta algo así como un cuento de hadas.

La vasta y yerma región del norte de Londres se deslizaba a nuestros pies. La misma marcha del vehículo nos permitía percibir en toda su tristeza su inmensidad y sordidez. Era, por decirlo así, una desolada infinitud, una inmunda eternidad. Pudimos experimentar entonces el verdadero horror de los distritos pobres de Londres, ese horror en cuya descripción fracasan por completo los escritores sensacionalistas que pretenden representarlo como si consistiera únicamente en callejuelas estrechas, en sórdidas casas, en criminales y maniáticos, en antros de vicio. En un callejón, en un antro del vicio, no cabría esperar la civilización, no cabría esperar el orden. Y el horror de ello estribaba precisamente en el hecho de que se veía la civilización, de que se veía el orden; pero la civilización mostraba tan sólo sus lacras, y el orden su monotonía. A nadie se le

ocurriría decir al atravesar un suburbio criminal: «No se ve ninguna estatua. No se divisa ninguna catedral». Y, sin embargo, allí había edificios públicos, aun cuando en su mayor parte fueran manicomios, y allí había estatuas, aun cuando la mayoría fuesen de ingenieros y filántropos, dos clases de hombres unidos por su desprecio común hacia la gente. Allí había también iglesias de sectas confusas y errantes, los Agapemonistas o los Irvingitas. Allí, sobre todo, había anchas calzadas, tranvías, hospitales y todos los signos verdaderos de la civilización. Pero, aunque en cierto sentido no se sabía nunca lo que podía verse a cada momento, había una cosa que estábamos seguros de no divisar, algo verdaderamente grande, esencial, de primera magnitud, algo que la humanidad había adorado siempre. Y así, con repulsión indescriptible, tuvimos que rememorar esas calles verdaderamente sórdidas, esos auténticos suburbios que rodean el Támesis y la City, y en donde, sin embargo, aun existe la posibilidad de que a la vuelta de cada esquina caiga sobre la calle, como una fulminación, la magna cruz de la grandiosa catedral de Wren.

—Pero no debe usted pasar por alto —me dijo Grant con su eterno aire de abstracción cuando le hube manifestado este parecer— que la misma ruindad de la vida en estos parajes plebeyos atestigua

el triunfo del alma humana. Estoy de acuerdo con usted. Reconozco que estas gentes tienen que vivir sumidas en algo peor que la barbarie, tienen que vivir en una civilización de cuarta categoría, pero estoy completamente seguro de que la mayoría de estos seres son buenos. Y ser bueno es una empresa mucho más ardua y azarosa que dar la vuelta al Mundo en un barco de vela. Además...

—Continúe —le dije. No obtuve respuesta.

—Continúe —repetí alzando la vista. Los grandes ojos azules de Basil Grant parecían salirse de las órbitas, y no me prestaba la menor atención. Estaba mirando atentamente por encima de la barandilla del vehículo.

—¿Qué ocurre? —le pregunté mirando en la misma dirección.

—Es extraño —dijo Grant al fin, sombríamente — que me haya ocurrido esto cuando estaba en una vena de optimismo. Estaba diciendo que todas estas personas eran buenas, y resultaba que por ahí va el hombre más malo de Londres.

—¿Por dónde? —pregunté yo inclinándome un poco más—. ¿Por dónde?

—Pero tenía razón —prosiguió Basil con su extraña voz soñolienta, que tanto irritaba a sus oyentes en los momentos críticos—. Tenía razón al decir que todos estos hombres son buenos. Son

verdaderos héroes, son santos. Alguna que otra vez robarán una cuchara, alguna que otra vez pegarán a sus mujeres, pero de todas formas son santos, son ángeles vestidos con blancas túnicas, tienen alas y relucientes nimbos... al menos en comparación con ese hombre.

—¿Qué hombre? —exclamé de nuevo, y de pronto logré divisar la figura en que estaban fijos los bovinos ojos de Basil.

Era un individuo delgado y escurridizo que se deslizaba con suma celeridad entre los apresurados transeúntes. Pero, aun cuando no había nada en su persona que fuera suficiente para llamar la atención, sí había algo que obligaba a examinarle atentamente una vez que se había reparado en él. Llevaba una chistera negra en la que destacaban en excesivo número aquellas extrañas curvas con que los artistas decadentes del ochenta pretendían convertir el sobrero de copa en algo tan rítmico como un jarrón etrusco. Su cabello, que en gran parte era gris, estaba rizado con el instinto de quien aprecia la belleza de la combinación del gris con la plata. Su rostro era ovalado, y a mi juicio tenía algo de oriental. Dos negros tufos constituían su bigote.

—¿Qué es lo que ha hecho? —pregunté.

—No lo sé en detalle —repuso Grant—; pero tiene la costumbre de intrigar en detrimento ajeno.

Probablemente ha realizado algún tipo de impostura para llevar a cabo sus propósitos.

—¿Qué propósitos? —insistí—. Si sabe usted tanto sobre él, ¿cómo no me ha dicho por qué es el hombre más malo de Inglaterra? ¿Cómo se llama?

Basil Grant se quedó mirándome unos segundos.

—Me parece que no me ha entendido usted —dijo—. Yo no sé cómo se llama. Es la primera vez que le veo.

—¿Que es la primera vez que le ve? —exclamé con cierta irritación—. En ese caso, ¿qué diablos quiere usted decir al afirmar que es el hombre más malo de Inglaterra?

—No quiero decir sino lo que he dicho —contestó Basil Grant con sosiego—. En cuanto he visto a ese hombre, todas estas gentes me han parecido de pronto dotadas de una inocencia sublime, pues he observado que mientras todos los pobres infelices de estos barrios se mostraban como lo que son, él no se mostraba como lo que es. He visto que todos los hombres de estos suburbios, rateros, rufianes, golfos, se esfuerzan, en el más profundo sentido, por ser buenos, en tanto que ese hombre se esfuerza por ser malo.

—Pero si es la primera vez que le ve... —Comencé.

—¡Por Dios santo, fíjese en su cara! —exclamó

Basil con una voz que alarmó al conductor—. Repare en sus cejas. Se lee en ellas ese infernal orgullo que se apoderó de tal manera de Satanás que le llevó a mofarse hasta del cielo, cuando era uno de los ángeles principales. Fíjese en sus bigotes tan crecidos que constituyen un insulto a la Humanidad. ¡Por Dios y por las estrellas, fíjese en su sombrero!

Yo me agité con desasosiego.

—Pero, a pesar de todo —dije—, esto es muy caprichoso... Me parece perfectamente absurdo. Tenga usted en cuenta los simples hechos. Usted no conoce a ese hombre, usted...

—¡Oh, los simples hechos! —exclamó Basil con cierta desesperación—. ¡Los simples hechos! ¿De verdad los admite? ¿Es usted aun tan supersticioso, tan devoto de oscuros y prehistóricos altares, que cree en los hechos? ¿No se fía usted de una impresión inmediata?

—Hombre, las impresiones inmediatas son a mi parecer un poco menos prácticas que los hechos —repuse.

—¡Tonterías! —dijo Basil—. ¿Por qué se guía todo el mundo sino por impresiones inmediatas? ¿Qué hay de práctico? Amigo mío, nuestra filosofía podría buscarse en los hechos, pero todos los asuntos terrestres se rigen por impresiones e influencias espirituales ¿Por qué se rechaza o se admite a un

empleado? ¿Se le mide acaso el cráneo? ¿Se examina su estado fisiológico en un manual? ¿Se repara acaso en algún hecho? Ni mucho menos. Admitimos al empleado que puede salvar nuestros negocios, o rechazamos al que puede robarnos la caja, basándonos por entero en esas místicas impresiones inmediatas, bajo cuyo influjo aseguro yo ahora con toda sinceridad y certidumbre que ese hombre que camina a nuestro lado por esa calle es un farsante y un bribón de una u otra especie.

—Usted se las arregla siempre para tener razón —dije—, pero está claro que una cosa así no puede comprobarse en el acto.

Basil se puso en pie de un salto y se tambaleó con el balanceo del vehículo.

—Vamos a apearnos y a seguirle —dijo—. Le apuesto cinco libras a que resulta ser lo que digo.

Y de unas zancadas y un salto nos plantamos fuera del tranvía.

El hombre del cabello de plata y semblante oriental siguió algún tiempo su camino en línea recta, haciendo balancearse tras él los faldones de su larga y magnífica levita. De repente abandonó la amplia y luminosa avenida y desapareció por un oscuro callejón. Le seguimos en silencio.

—Es raro que se meta por aquí un hombre de esa clase —dije.

—¿Un hombre de qué clase? —preguntó mi amigo.

—¡Vaya! Pues un hombre con ese talante y esas botas. A decir verdad, me parece incluso extraño que le hayamos encontrado por estos andurriales.

—¡Oh, sí! —repuso Basil, y no dijo más. Ambos proseguimos la persecución mirando constantemente delante de nosotros. La silueta de la elegante figura, semejante a la de un cisne negro, se recortaba de cuando en cuando a la luz de los intermitentes faroles, para desaparecer a continuación en la noche. Los faroles estaban bastante distanciados y una espesa niebla iba invadiendo toda la ciudad. En los intervalos de oscuridad caminábamos casi mecánicamente. De pronto, Basil se paró en seco como un caballo frenado. Yo me detuve también; no nos había faltado nada para tropezar con el hombre. Gran parte de la densa oscuridad que teníamos delante estaba integrada por la negrura de su cuerpo.

Supuse de inmediato que se había vuelto para mirarnos, pero aunque apenas nos encontrábamos a un metro de distancia, no reparó en nuestra presencia. Llamó cuatro veces a una puerta mugrienta y muy baja de la lúgubre y sombría calle, la cual, al abrirse lentamente, proyectó en las tinieblas el lívido fulgor de una lámpara de gas. Aguzamos el oído, pero la entrevista no pudo ser más breve, más lacónica ni

más inexplicable. Nuestro exquisito amigo tendió una cosa que parecía un papel o una tarjeta y dijo:

—Enseguida. Coja un coche.

Una voz pesada y profunda contestó desde el interior:

—Perfectamente.

Y con un golpe seco nos hallamos de nuevo en las tinieblas, caminando en pos del extraño individuo a través de un laberinto de callejuelas londinenses pésimamente iluminadas. No eran más que las cinco, pero entre el invierno y la niebla parecía que estábamos en plena noche.

—Verdaderamente es éste un paseo extraordinario para llevar esas botas de cuero — insistí yo.

—No se qué decir —repuso Basil modestamente—. Termina en Berkeley Square.

Según caminábamos, escudriñé la impenetrable atmósfera, esforzándome por comprobar si era ésta la dirección que seguíamos. Durante diez minutos estuve preguntando y titubeando, pero al fin me convencí de que mi amigo tenía razón. Nos aproximábamos a los lóbregos distritos del Londres elegante, más lóbregos aún, es preciso confesarlo, que las lóbregas barriadas de los pobres.

—¡Qué extraordinario es esto! —exclamó Basil Grant cuando desembocamos en Berkeley Square.

—¿Qué es lo extraordinario? —pregunté—. ¿No decía usted antes que era muy natural?

—No me extraña que ese hombre ande por calles sórdidas —contestó Basil—; no me extraña que venga a Berkeley Square, pero lo que sí me extraña es que vaya a casa de un hombre tan bueno.

—¿Quién es ese hombre tan bueno? —pregunté exasperado.

—El transcurso del tiempo influye en la vida de una manera singular —dijo Basil con su imperturbable insensatez—. No diría la verdad si asegurara que he olvidado por completo los años en que era juez y hombre público. Al contrario, los recuerdo perfectísimamente, pero es algo así como si recordara una novela. Hace quince años yo conocía esta plaza tan bien como Lord Rosebery, y muchísimo mejor que ese hombre que sube ahora la escalinata de la casa del viejo Beaumont.

—¿Quién es el viejo Beaumont? —pregunté en tono irritado.

—Una bellísima persona. Lord Beaumont de Foxwood. ¿No le conoce usted? Es un hombre de una sinceridad absoluta, un noble que trabaja más que un gañán, un socialista, un anarquista y no sé cuántas cosas más. De todas formas, es un filósofo y un filántropo. Confieso que tiene el ligero inconveniente de no estar en sus cabales, eso es indiscutible. Tiene

ese verdadero defecto que ha nacido del moderno culto al progreso y a la novedad, y cree que todo cuando sea nuevo y raro constituye forzosamente un avance. Si fuera usted a decirle que se proponía comerse a su abuela, estoy seguro de que lo aprobaría siempre y cuando basara su pretensión en razones de higiene y utilidad pública, como por ejemplo, que eso es más conveniente que la cremación. Mientras lo que uno haga constituya un progreso importante, a él le da lo mismo que dicho proceso conduzca a las estrellas o al infierno. Debido a eso su casa está repleta de una interminable sucesión de modas literarias y políticas: hombres que llevan el pelo largo porque es higiénico, hombres que lo llevan corto porque es higiénico, hombres que andan sobre los pies sólo por ejercitar las manos y hombres que andan sobre las manos por no fatigar los pies. Pero, aunque los que frecuentan sus salones son por lo general tan tontos como él, en su mayor parte son también buenas personas, lo mismo que él. Por eso me extraña tanto que un criminal entre en su casa.

—Mi querido amigo —dije con firmeza, dando una patada en el suelo—, la verdad del caso es bien sencilla. Para usar sus propias y elocuentes palabras, usted tiene también el «ligero inconveniente» de que no está en sus cabales. Ve usted en la vía pública a un individuo totalmente desconocido y se le ocurre

fundar determinadas teorías basándose en la forma de las cejas. Después, porque entra en la casa de un hombre honrado, le trata usted de criminal. ¡Es verdaderamente monstruoso! Confiéselo, Basil, y véngase conmigo a casa. Aunque estas gentes estarán tomando aún el té, dada la distancia que tenemos que recorrer, vamos a llegar tarde para cenar.

Los ojos de Basil resplandecían en la penumbra como linternas.

—Creía haber vencido la vanidad —dijo.

—¿Qué es lo que quiere usted ahora? —exclamé.

—Quiero —repuso— lo que quiere una muchacha cuando ha estrenado un vestido; quiero lo que quiere un muchacho cuando va a lucir sus facultades ante su maestro; quiero demostrar a alguien lo inteligente que soy. Estoy tan seguro de lo que es ese hombre como de que usted lleva sombrero en la cabeza. Usted dice que no puede comprobarse. Yo le digo que sí. Voy a llevarle a ver a mi viejo amigo Beaumont. Da gusto conocerle.

—¿De verdad pretende usted...? —Comencé.

—Le diré que nos disculpe por no ir vestidos para una visita —dijo Basil tranquilamente.

Y encaminándose a través de la niebla que llenaba la amplia plaza, subió la escalinata oscura y llamó al timbre.

Un severo criado vestido de negro y blanco nos

abrió la puerta, y al oír el nombre de mi amigo su actitud de perplejidad se transformó en el acto en respetuosa. Con toda rapidez fuimos introducidos en la casa, y nuestro anfitrión, un hombre de cabello blanco y semblante fogoso, salió en seguida a nuestro encuentro.

—¡Mi querido amigo! —exclamó sacudiendo la mano de Basil una y otra vez—. ¡Cuántos años sin verle! ¿Ha estado usted...?, ¡hum! —dijo con cierto alocamiento—. ¿Ha estado usted en el campo?

—Todo el tiempo no —contestó Basil sonriendo—. Hace ya tiempo, querido Philip, que renuncié a mi cargo oficial, y desde entonces vivo en un retiro voluntario. Espero no haber llegado en un momento inoportuno.

—¿En un momento inoportuno? —exclamó el ardoroso caballero—. Ha llegado usted en el más oportuno de todos los momentos. ¿No sabe quién está aquí?

—No —contestó Grant con seriedad.

Aún no se había apagado su voz, cuando de una sala interior llegó un estrépito de carcajadas.

—¡Basil —dijo Lord Beaumont con solemnidad—, tengo aquí a Wimpole!

—¿Y quién es Wimpole?

—¡Basil! —exclamó el otro—. ¿Viene usted de fuera? ¿Viene usted de las antípodas? ¿Viene usted de

la Luna? ¿Que quién es Wimpole? ¿Quién era Shakespeare?

—En cuanto a quién era Shakespeare —contestó mi amigo sosegadamente—, lo único que sé es que no creo que fuera Bacon. Más fácil sería que fuera la reina María de Escocia. Pero por lo que a Wimpole respecta...

Sus palabras fueron ahogadas por una nueva explosión de risas que llegaban del interior.

—¡Wimpole! —exclamó Lord Beaumont en una especie de éxtasis—. ¿No ha oído usted hablar del gran genio moderno? Mi querido amigo, este hombre ha convertido la conversación, no diré que en un arte, porque eso ya lo era, pero sí en un arte grandioso, como la estatuaria de Miguel Ángel, en un arte magistral. Sus súplicas, mi buen amigo, le dejan a uno aletado. Son definitivas, son...

Una vez más llegaron desde el salón las estrepitosas carcajadas, y casi al mismo tiempo salió al vestíbulo en que nos encontrábamos, un anciano voluminoso, jadeante, apoplético.

—¡Hola, querido amigo! —dijo Lord Beaumont con amabilidad.

—Le digo a usted, Beaumont, que no puedo tolerarlo —exclamó el anciano—. No puedo consentir que se burle de mí un aventurero literario como ése, de tres cuartos. No puedo tolerar que se

me ponga en ridículo. No puedo...

—Vamos, vamos —dijo Beaumont en tono conciliador—. Permítame que le presente. Este señor es la justicia en persona, es decir, el señor Grant. Basil, estoy seguro de que habrá oído hablar de *sir* Walter Cholmondeliagh.

—¿Cómo no? —dijo Grant, inclinándose ante el digno aristócrata, a la vez que le contemplaba con cierta curiosidad.

El hombre estaba acalorado y entorpecido por su ira momentánea, pero incluso así no perdían dignidad los nobles aunque opulentos perfiles de su rostro y de su cuerpo, su hermosa cabellera blanca, su aguileña nariz, su esbelto aunque robusto tronco, su barbilla aristocrática. Era un caballero de una corrección exquisita, hasta el punto de que podía ceder a un acceso de cólera sin perder en absoluto su gravedad, hasta el punto de que incluso sus traspies eran correctos.

—Me duele muchísimo, Beaumont, faltar al respeto a estos señores —dijo con tono huraño—, y me duele más que ocurra en su casa. Pero no tiene nada que ver con usted ni con los demás, sino con ese mequetrefe...

En aquel momento salió de las habitaciones interiores un joven de bigote rojizo y aire sombrío. Tampoco él parecía disfrutar mucho con el banquete

intelectual que se celebraba en el interior.

—Supongo que se acordará usted de mi amigo y secretario, el señor Drummond —dijo Lord Beaumont, volviéndose hacia Grant—, aunque lo habrá conocido cuando era sólo un colegial.

—Ya lo creo —dijo Basil.

Drummond le estrechó la mano con satisfacción y respeto, pero sin que su ceño se aclarara. Volviéndose hacia *sir* Walter Cholmondeliagh, le dijo:

—Me manda *lady* Beaumont a que le exprese a usted su deseo de que no se marche todavía, *sir* Walter. Dice que apenas le ha visto.

El anciano señor, con el rostro enrojecido todavía, se debatió unos momentos en una lucha interna. Al fin triunfaron sus buenos modales y haciendo un gesto de obediencia, a la vez que murmuraba vagamente:

—Sí, *lady* Beaumont... Tratándose de una dama, por supuesto.

Y volvió al salón con el joven.

Apenas había transcurrido medio minuto cuando otra explosión de risas reveló que había sido objeto de alguna nueva burla.

—Hay que excusar al viejo Cholmondeliagh, desde luego —dijo Beaumont mientras nos ayudaba a quitarnos el abrigo—. No posee el espíritu moderno.

—¿Qué es el espíritu moderno? —preguntó Grant.

—¡Oh! Es el hombre ilustrado y progresivo, que afronta los hechos de la vida en serio.

En aquel momento llegó del interior otro rumor de carcajadas.

—Lo preguntaba únicamente —dijo Basil—, porque de los dos últimos amigos suyos que tenían el espíritu moderno, a uno no le gustaba que se comiera pescado y al otro le parecía bien la antropología... Perdón, es por aquí si no recuerdo mal.

—La verdad es —dijo Beaumont con obsequiosidad, mientras trotaba detrás de nosotros hacia el interior— que nunca acabo de comprender de qué lado está usted. Unas veces me parece muy liberal y otras terriblemente reaccionario. ¿Es usted un hombre moderno, Basil?

—No —dijo Grant en voz alta y alegre, al tiempo que penetraba en el atestado salón.

Nuestra llegada produjo revuelo y por primera vez en aquella tarde se apartaron algunos ojos del individuo enjuto de rostro oriental. Dos personas, sin embargo, continuaron mirándole. Una era la hija de los dueños de la casa, Muriel Beaumont, cuyos grandes ojos de color violeta le contemplaban fijamente con la intensa y terrible sed de estímulos y distracciones verbales que experimentan las mujeres

de las clases superiores. La otra era *sir* Walter Cholmondeliagh, que le miraba con ojos en los que se leía de manera inequívoca el lúgubre deseo, a duras penas contenido, de arrojarle por la ventana.

Allí estaba nuestro hombre enroscado, más bien que sentado, en su butaca. Todo él, desde las curvas de sus envidiosos miembros a las sinuosidades de su plateado cabello, sugería los anillos de una serpiente más bien que los rasgos de un hombre. Allí estaba el inconfundible, el magnífico y serpentino caballero que habíamos visto caminar por el norte de Londres, encendidos ahora sus ojos por las constantes victorias.

—Lo que no me explico, señor Wimpole —dijo Muriel Beaumont con afán— es cómo se las arregla usted para hablar con tanta facilidad. Dice usted cosas verdaderamente filosóficas, pero que al mismo tiempo son terriblemente divertidas. Si a mí se me ocurriera una cosa así estoy segura de que no podría contener la risa sólo de pensarlo.

—Estoy de acuerdo, señorita Beaumont —dijo *sir* Walter dando de pronto rienda suelta a su indignación—. Si a mí se me ocurriera una cosa tan trivial me sería difícil conservar la cabeza.

—¿Que le sería difícil conservar la cabeza? —exclamó Wimpole con aire alarmado—. No, por Dios, consérvela, consérvela para el museo.

Todo el mundo se echó a reír estrepitosamente, como siempre que se admite de antemano la gracia de una cosa, y *sir* Walter, enrojecido de pronto, exclamó:

—¿Sabe usted a quién está diciendo sus malditas payasadas?

—Yo no digo nunca payasadas sin conocer primero a mi auditorio —replicó el otro.

Grant atravesó el salón y dio un golpecito en el hombro al secretario del bigote rojizo. Este caballero se hallaba recostado contra la pared contemplando toda la escena con visible malhumor, malhumor que creía ver aumentar cada vez que su ojos se detenían en la joven que con tal arrobamiento escuchaba a Wimpole.

—¿Puedo decirle dos palabras afuera, Drummond? —le dijo Grant—. Es una cuestión de negocios. *Lady* Beaumont nos dispensará un momento.

Yo seguí a mi amigo a instancias suyas, sumamente sorprendido de tan extraña entrevista. De repente nos detuvimos en una habitación contigua al vestíbulo.

—Drummond —dijo Basil bruscamente—, esta tarde se encuentran aquí muchas personas buenas y muchas personas sentadas. Pero desgraciadamente da la casualidad de que todas las personas buenas están

locas, y todas las que hay sensatas son malvadas. Usted es, de todos los presentes, el único que a la vez que honrado tiene algo de sentido común. ¿Qué opina de Wimpole?

El secretario Drummond tenía el rostro pálido y el cabello rojizo, pero al oír la pregunta su semblante enrojeció de pronto tanto como su bigote.

—Yo no puedo juzgarle con justicia —repuso.

—¿Por qué? —preguntó Grant.

—Porque le odio con toda mi alma —dijo el otro con esfuerzo tras una larga pausa.

Ni Grant ni yo necesitábamos preguntar el motivo: las miradas de la señorita Beaumont y del desconocido eran harto elocuentes. Grant le dijo con sosiego:

—Pero antes... antes de que llegara usted a odiarle, ¿qué opinión le merecía?

—Me pone usted en un apuro terrible —dijo el joven con una voz en la que se veía a las claras que era un hombre honrado—. Si hablara de él guiándome por los sentimientos que ahora me inspira, no podría confiar en mis palabras. Por otra parte, aunque quisiera decir que cuando le conocí le encontraba encantador, el hecho es que tampoco eso es cierto. Yo le odio por motivos particulares, desde luego, pero al mismo tiempo desapruero su conducta por causas totalmente ajenas a mis sentimientos

privados. Cuando vino aquí por primera vez confieso que era mucho más recatado, pero de todas formas a mí no me gustaba su presuntuosa moral. Después nos fue presentado el anciano *sir* Walter Cholmondeliegh, y ese hombre, con su ingenio plebeyo, empezó a burlarse del viejo como lo está haciendo ahora. Entonces fue cuando me di cuenta de que debía ser una mala persona, porque no puede ser bueno quien se mofa de los hombres ancianos y bondadosos, y él se mofa del pobre viejo furiosamente, sin cesar, como si odiara la vejez y la bondad. Admita usted, si le parece, el testimonio de un testigo parcial. Yo reconozco que aborrezco a ese hombre porque cierta persona le admira, pero creo que aparte de esto le aborrecería porque aborrece al viejo *sir* Walter.

Estas palabras me inspiraron estima y lástima a la vez por el joven; lástima a causa de la pasión, a todas luces infructífera, que sentía por la señorita Beaumont, y estima por la nobleza y rectitud con que nos había descrito la historia de Wimpole. Sin embargo, yo no podía menos que lamentar que manifestara una hostilidad tan tenaz hacia aquel hombre, y no dejaba de atribuirle al influjo de sus sentimientos personales, por mucha nobleza que pusiera en evitarlo.

A la mitad de estas manifestaciones, Grant me susurró al oído algo que constituía la más

sorprendente de las interrupciones:

—¡Por amor de Dios, vámonos a la calle!

Jamás he podido precisar con exactitud de qué extraña manera influía sobre mí el extraño juez. Lo único que sé es que de uno u otro modo ejercía sobre mí tal influjo que a los pocos minutos me encontraba con él en la calle.

—Este asunto es estúpido, pero muy divertido — me dijo.

—¿El qué? —pregunté yo perplejo.

—Este asunto. Escúcheme, viejo amigo, Lord y *Lady* Beaumont acaban de invitarnos a usted y a mí a una gran cena que van a dar esta misma noche y en la que el señor Wimpole va a brillar en todo su esplendor. No hay en ello nada de extraordinario, ¿verdad? Lo extraordinario del caso es que no vamos a ir.

—La verdad es —dije yo— que ya son cerca de las seis y dudo que nos dé tiempo a ir a casa a vestirnos. Por consiguiente, no veo nada de extraordinario en el hecho de que no vayamos.

—¿De verdad? —dijo Grant—. Apuesto a que verá usted algo extraordinario en lo que vamos a hacer a cambio. Le miré atónito.

—¿Lo que vamos a hacer a cambio? —pregunté—. ¿Qué es lo que vamos a hacer?

—¡Anda! —exclamó él—. Pues esperar una o

dos horas junto a esta casa en una noche de invierno. Tendrá usted que disculparme, pero está en juego mi amor propio. Sólo quiero demostrarle que tengo razón. ¿Podrá usted, con la ayuda de este cigarro, esperar aquí conmigo hasta que *sir* Walter Cholmondeliagh y el místico Wimpole abandonen esta casa?

—Sin duda —repuse—. Pero no sé quién saldrá primero. ¿Tiene usted idea?

—No. Puede ocurrir que salga primero *sir* Walter en un acceso de furor. Y también puede que salga primero el señor Wimpole creyendo que su último chiste ha de tener prolongadas repercusiones, en cuyo caso *sir* Walter podrá quedarse aún un rato analizando la figura del señor Wimpole. Pero ambos saldrán dentro de poco, porque tienen que ir a vestirse para volver a la hora de cenar.

No bien había hablado, sonaron dos silbidos en el pórtico de la egregia mansión, y un coche oscuro se aproximó al oscuro zaguán. Entonces ocurrió una cosa que no esperábamos: el señor Wimpole y *sir* Walter Cholmondeliagh salieron de la casa al mismo tiempo.

Los dos se detuvieron un instante, uno frente a otro, con la natural vacilación; pero después de cierta genialidad, que acaso fuera una esencial característica de ambos, *sir* Walter sonrió a la vez

que añadía:

—Hay mucha niebla. Suba usted a mi coche.

Antes de que yo hubiera contado veinte, el carruaje comenzó a rodar calle arriba llevándose a los dos, y antes de que contara veintitrés, Basil Grant me susurraba al oído:

—¡Corra detrás del coche! ¡Corra como si huyera de un perro rabioso...! ¡Corra!

Así pues, echamos a correr sin perder de vista el coche a través de un laberinto de calles tenebrosas. Sólo Dios sabría, pensaba yo, por qué corríamos, pero el hecho es que corríamos con ganas. Afortunadamente la carrera no duró mucho tiempo. El coche se detuvo en la bifurcación de dos calles y *Sir* Walter pagó al auriga, que se alejó con su vehículo muy alborozado por haber conocido, sin duda, al más generoso de los ricos. Entonces los dos hombres se pusieron a hablar como hablan los hombres después de dirigir y recibir grandes insultos, entablando una de esas conversaciones que conducen al perdón o al duelo... Así al menos lo parecía desde donde vigilábamos nosotros, a diez metros de distancia. De pronto los dos hombres se estrecharon la mano efusivamente y uno se marchó por una calle y el otro por la otra.

Basil, en uno de sus raros gestos, extendió los brazos hacia adelante.

—¡Corramos tras ese bribón! —exclamó—. ¡Vamos a cogerle ahora!

—Nos precipitamos a través del espacio abierto y llegamos a la bifurcación de las dos calles.

—¡Espere! —le grité furiosamente a Grant—. ¡No es por ahí!

Pero él siguió corriendo.

—¡Idiota! —vociferé—. El que va por ahí es *sir* Walter. Wimpole se nos ha escabullido. Ya nos habrá sacado medio kilómetro de ventaja por la otra calle. ¡Que no es por ahí...! ¿Está usted sordo? ¡Que no es por ahí!

—Yo creo que sí —balbució Basil sin dejar de correr.

—¡Pero si le he visto! —exclamé—. Mire ahí delante. ¿Es ése Wimpole? ¡Ése es el viejo...! Pero ¿qué va usted a hacer? ¿Qué vamos a hacer?

—Siga corriendo —dijo Grant.

No tardamos en divisar las anchas espaldas del pomposo aristócrata, cuyas blancas patillas brillaban como plata a la débil luz de los faroles. Yo estaba completamente desorientado y no comprendía nada.

—¡Charlie! —me dijo Basil con voz ronca—, ¿puede usted creer en mi sentido común sólo durante cuatro minutos?

—Desde luego —dije yo jadeando.

—Pues entonces ayúdeme a atrapar a ese hombre

que va delante y a derribarle al suelo. Hágalo cuando yo diga: «¡Ahora!».

—... ¡Ahora!

Basil y yo nos precipitamos sobre *sir* Walter Cholmondiegh y tumbamos de espaldas al majestuoso anciano. Éste se defendió con loable valor, pero logramos reducirle, aun cuando yo no tenía la más remota idea del por qué. El viejo poseía un vigor extraordinario. Cuando vio que no podía dar puñetazos, empezó a puntapiés, por lo que tuvimos que atarle, y cuando vio que no podía dar puntapiés, se puso a gritar hasta que le amordazamos. Entonces, siguiendo las instrucciones de Basil, le arrastramos hasta un lugar discreto y nos pusimos a esperar. Como ya he dicho antes, no tenía la menor idea de los motivos de nuestros actos.

—Siento mucho causarle esta molestia —me dijo Basil con calma entre la oscuridad—, pero tengo una cita aquí.

—¿Una cita? —exclamé atónito.

—Sí —contestó él mirando tranquilamente al aristócrata amordazado en el suelo, cuyos ojos se le salían de las órbitas de impotente furia—. Tengo una cita aquí con un excelente muchacho. Un viejo amigo. Se llama Jasper Drummond... Puede que le haya visto esta tarde en casa de los Beaumont. Pero no podrá venir hasta que haya terminado allí la cena.

Ignoro cuántas horas permanecemos esperando tranquilamente en la oscuridad. Ya al tocar la espera a su fin había ocurrido lo mismo que ocurrió hace años en cierto estrado de un Tribunal británico de Justicia: Basil Grant se había vuelto loco. Ninguna otra explicación podía dar a los hechos, a la vista del rollizo y congestionado anciano que yacía imposibilitado en el suelo como un haz de leña.

Al cabo de unas cuatro horas llegó corriendo al lugar donde nos encontrábamos una delgada figura vestida de etiqueta. La luz de un farol iluminó un momento el rojizo bigote y el pálido semblante de Jasper Drummond.

—Señor Grant, es increíble —dijo perplejo—. Tenía usted razón. Pero ¿qué quería decir? En la reunión de esta noche a la que habían acudido duques, duquesas y directores de revistas con el exclusivo objeto de escucharle, el extraordinario Wimpole no ha despegado los labios. No ha dicho nada gracioso. No ha dicho absolutamente nada. ¿Cómo se explica eso?

—Ahí tiene usted cómo se explica.

Drummond, al ver un gordo personaje tendido tranquilamente en tierra, retrocedió de un salto como si hubiera visto un ratón.

—¡Cómo! —dijo débilmente—. ¿Cómo?

Basil se inclinó de pronto, metió la mano en el

bolsillo superior de la americana de *sir* Walter y tiró de un papel, que el aristócrata, a pesar de sus ligaduras, se esforzó por retener.

Se trataba de un trozo grande de papel blanco que el señor Jasper Drummond leyó con los ojos extraviados y no disimulado asombro. Por lo que pudo colegir, consistía en una serie de preguntas y respuestas, o cuando menos de indicaciones y réplicas, dispuestas como un cuestionario. La mayor parte del documento había quedado destruido en la lucha, pero el final estaba intacto. Decía así:

Ch. Dice... Conservar la cabeza.

W. Conservarle... Museo.

Ch. No sabe a quien dice... absurdos.

W. Nunca digo absurdos sin...

—¿Qué es esto? —exclamó Drummond arrojando al suelo el papel, en el colmo de la ira.

—¿Qué es eso? —repuso Grant alzando la voz en una especie de cántico magnífico—. ¿Qué es eso? Pues una nueva profesión. Un nuevo negocio. Reconozco que es un tanto inmoral, pero de todas formas tiene su grandeza, lo mismo que la piratería.

—¿Una nueva profesión? —dijo sin acabar de comprender el joven del bigote rojizo—. ¿Un nuevo

negocio?

—¡Un nuevo negocio! —repitió Grant con extraña exaltación—. ¡Una nueva profesión! ¡Lástima que sea inmoral!

—Pero ¿de qué diablos se trata? —exclamó Drummond conteniendo a duras penas su exasperación.

—Es la grande y novísima profesión —contestó Grant tranquilamente— del Organizador de la Réplica Inteligente. Este señor gordo que yace en el suelo, pasa ante sus ojos, no me cabe duda, por un hombre muy rico y muy estúpido; pero lo cierto es que este hombre es, igual que nosotros, muy inteligente y económicamente necesitado. Tampoco es en realidad tan gordo como parece (toda su gordura es falsa), no es particularmente viejo, ni se llama siquiera Cholmondeliagh. Es un estafador, pero un estafador de una nueva y delicadísima clase. Se alquila en las reuniones de sociedad para dar motivo a las agudezas de otras gentes. Con arreglo a un plan concebido de antemano (que puede usted encontrar en ese trozo de papel), dice las cosas estúpidas que se ha preparado para sí mismo, y su cliente las frases ingeniosas que ha preparado para él. En resumen: que se deja poner en ridículo a cambio de una guinea por noche.

—Y ese tal Wimpole —prosiguió Basil Grant

sonriendo— no será en lo sucesivo un gran rival en los medios intelectuales. Tenía algunas cosas buenas, como la elegancia, el pelo plateado, y demás; pero el que poseía la inteligencia era este amigo que está en el suelo.

—¡Este hombre —exclamó Drummond enfurecido—, este hombre debería estar en la cárcel!

—De ningún modo —dijo Basil con indulgencia—. Donde debe estar es en el Club de los Negocios Raros.

LA VERDADERA CAUSA DE LA VISITA DEL VICARIO

La rebelión de la Materia contra el Hombre (en cuya existencia creo) ha quedado reducida actualmente a una condición singular. Ahora son las cosas pequeñas, más que las grandes, las que nos hacen la guerra e incluso las que nos derrotan. Los huesos del último mamut han pasado a la historia hace ya muchísimo tiempo como una gigantesca reliquia. Las tempestades no devoran ya nuestros navíos, ni las ígneas montañas arrasaban nuestras ciudades con el fuego del infierno. Pero, en cambio, nos hallamos empeñados en una guerra implacable y eterna con las pequeñas cosas, en particular con los microbios y los pasadores de las camisas. Me hacía estas reflexiones mientras me debatía en una lucha feroz por ajustarme el cuello, cuando sonó en mi puerta un fuerte golpe.

Lo primero que se me ocurrió pensar fue que sería Basil Grant, que venía a buscarme. Ambos íbamos a asistir a la misma cena (para lo cual me estaba vistiendo), y era posible que se le hubiera metido en la cabeza venir a buscarme a mi casa aun cuando habíamos convenido en ir cada cual por su lado. Se trataba de una reunión íntima y confidencial a la mesa de una dama honorable, aunque nada

convencional, y entre ella y Basil existía una vieja amistad. Esta señora nos había invitado para que conociéramos a un tercer contertulio, el capitán Fraser, un hombre de cierto prestigio, que era una autoridad en materia de chimpancés. Como Basil era un antiguo amigo de la señora y yo no la conocía, supuse que acaso habría decidido (con su ordinario tacto social) acompañarme a la casa con objeto de romper el hielo. La teoría, como todas mis teorías, era completa; pero los hechos probaron que no se trataba de Basil.

En la tarjeta de visita que me entregaron se leía: «Reverendo Ellis Shorter». Y debajo, escrito a lápiz, pero con una letra en la que a pesar de la premura no dejaba de advertirse una gran distinción: «Ruega a usted le conceda unos instantes de atención acerca de un asunto urgentísimo».

Yo había conseguido al fin domeñar el pasador de la camisa, con lo que quedaba plenamente demostrada la supremacía de la imagen de Dios sobre todas las materias (verdad estimable), así que me eché encima el chaleco y el frac y salí corriendo a la sala. El visitante se levantó a mi entrada aleteando como una gaviota. Todo en él aleteaba: la bufanda a cuadros que llevaba en el brazo derecho, los patéticos guantes negros que tenía en la mano, en fin, toda su indumentaria. Creo poder decir sin

exageración que hasta aleteaban sus párpados al tiempo que se ponía en pie. Era un viejo clérigo de los más gesticulantes que se puedan dar, calvo por arriba, con pelo blanco a los lados y patillas blancas.

—Lo siento mucho —me dijo—. Lo siento muchísimo. Lo siento en el alma. Lo único que puedo decir en mi defensa, es que si he venido ha sido porque me trae un asunto importantísimo. Le ruego que me disculpe.

Yo le dije que estaba disculpado y esperé.

—Lo que tengo que decirle —agregó hablando a saltos— es terrible... horroroso... Yo llevaba una vida tranquila...

Yo estaba deseando marcharme, porque ya era dudoso que llegara a tiempo a la cena, pero había algo en la sincera inquietud del viejo que parecía anunciar mayores y más trágicas dificultades que las mías.

—Continúe —le dije afablemente.

No obstante, el anciano clérigo, tan correcto como viejo, advirtió mi secreta impaciencia, y ello pareció acrecentar más aún su timidez.

—Lo siento en el alma —repitió débilmente—. No habría venido... a no ser... porque su viejo amigo el comandante Brown me aconsejó que viniera aquí.

—¡El comandante Brown! —exclamé con cierto

interés.

—Sí —contestó el reverendo Shorter agitando febrilmente su bufanda a cuadros—. Me dijo que usted le había ayudado en un gran apuro... ¡Y el apuro en que yo estoy...! ¡Ah, querido señor, es cuestión de vida o muerte!

—¿Nos llevará mucho tiempo, señor Shorter? —pregunté—. Tengo que marcharme ahora mismo a una cita.

El clérigo se levantó también, temblando de pies a cabeza; pero a pesar de su entorpecimiento moral, supo conservar la dignidad de su edad y de su cargo.

—Yo no tengo derecho, señor Swinburne, yo no tengo ningún derecho a retenerle —dijo—. Si tiene usted que salir, ni que decir tiene que está usted en su derecho, en su perfectísimo derecho... Pero cuando vuelva usted... habrá muerto un hombre.

Y se desplomó en la silla temblando como un azogado.

En aquellos dos minutos había quedado ahogado en mi espíritu el trivial atractivo de la cena. Ahora no sentía el menor deseo de ir a ver a la viuda de un político y a un capitán que coleccionaba monos. Lo que quería era saber qué podría haber acarreado tan inmediatos peligros a aquel simpático viejo, a aquel tembloroso vicario.

—¿Quiere usted un cigarro? —Le dije.

—No, muchas gracias —contestó con un azoramiento indescriptible, como si no fumar cigarros fuera un crimen social.

—¿Una copa de vino? —insistí.

—No, gracias, muchísimas gracias. Ahora no — repitió con esa histérica insistencia con que las gentes que no beben nada pretenden dar a entender a veces que en cualquier otro día de la semana se pasarían toda la noche bebiendo ponches de ron—. Ahora no, muchas gracias.

—¿No puedo obsequiarle de alguna otra manera? —Dije yo sinceramente compadecido del viejo vicario—. ¿Una taza de té?

En los ojos del clérigo descubrí una lucha interna y logré triunfar. Cuando llegó la taza de té, se la bebió como un dipsómano se bebe el aguardiente. Después se recostó en la silla y dijo:

—¡Si viera usted lo que he pasado, señor Swinburne! No estoy acostumbrado a estas excitaciones. Como vicario de Chuntsey, en Essex — agregó con un orgullo indescriptible—, nunca había visto una cosa semejante.

—¿De qué se trata? —pregunté.

El vicario se incorporó con repentina dignidad.

—Como vicario de Chuntsey, en Essex —agregó —, nunca me había visto obligado a vestirme de vieja y a tomar parte en un crimen con ese disfraz.

Nunca. Mi experiencia podrá ser pequeña, podrá ser insuficiente, pero eso no me había ocurrido nunca hasta ahora.

—Jamás he creído —dije yo— que eso formara parte de las obligaciones de un eclesiástico, pero yo no estoy muy al tanto de las cuestiones religiosas. Dispénsame si no le he entendido bien. ¿De qué dice usted que le han vestido?

—¡De vieja! —dijo el vicario solemnemente—. ¡De vieja!

En mi fuero interno pensaba que no hacía falta gran cosa para transformarle en una vieja, pero evidentemente la cosa tenía más de trágica que de cómica, por lo que le dije respetuosamente:

—¿Puedo saber cómo ha sido eso?

—Empezaré por el principio —dijo el señor Shorter— y le referiré mi historia con la mayor exactitud posible. Esta mañana, a las once y diecisiete minutos salí de la vicaría para atender ciertos compromisos y hacer ciertas visitas en el pueblo. Al primero que visité fue al señor Jervis, tesorero de nuestra Liga de Recreos Cristianos, con el cual resolví algunos asuntos referentes a la reclamación presentada por el jardinero Parkes acerca del allanamiento del campo de tenis. Después fui a visitar a la señora Arnett, una mujer piadosísima que no puede moverse del lecho. Es autora de varias

obritas de devoción y de un libro de versos titulado, si la memoria no me es infiel: «Englantina».

El vicario exponía todos estos detalles no ya deliberadamente, sino con una deliberación apasionada, si cabe tan contradictoria expresión. Me imagino que se acordaba vagamente de los detectives de las novelas policíacas, que exigen siempre con toda seriedad que no se olvide ningún pormenor.

—Después —prosiguió con la misma enloquecedora minuciosidad— pasé a visitar al señor Carr (no a James, desde luego, sino a Robert), que es provisionalmente el ayudante de nuestro organista y consulté con él sobre el caso de un muchacho del coro, al que se le acusa, aún no sé si con justicia o no, de haber agujereado los cañones del órgano. Finalmente, me presenté en una reunión de la sociedad Dorcas, que se celebraba en casa de la señorita Brett. Las reuniones de la sociedad Dorcas suelen celebrarse en la vicaría, pero como mi mujer se hallaba indispuesta, la señorita Brett, recién llegada al pueblo, pero muy diligente en el cumplimiento de los deberes religiosos, había ofrecido bondadosamente su casa. La sociedad Dorcas está dirigida por mi esposa, y aparte de la señorita Brett, que como ya he dicho es muy diligente, no conozco apenas a ninguno de sus miembros. Sin embargo había prometido asistir a su

reunión, y así lo hice. Cuando llegué allí sólo había otras cuatro solteronas con la señorita Brett, pero todas ellas estaban cosiendo afanosamente. Desde luego, por mucho que se comprenda la necesidad de hacer en estos casos una minuciosa y exacta exposición de los hechos, resulta en extremo difícil recordar y repetir los pormenores de una conversación que, aunque inspirada por un celo admirable y digno hacia las buenas obras, era de tal naturaleza que no impresionó gran cosa al oyente en aquel entonces, porque giraba mayormente acerca de... ¡hum!... acerca de las medias. Sin embargo, recuerdo perfectamente que una de las solteronas (era una mujer delgada, con una toquilla de lana, que parecía sentir el frío y estoy seguro de que se llamaba señorita James), hizo notar que el tiempo estaba muy variable. Después, la señorita Brett me ofreció una taza de té que yo agradecí no recuerdo con qué palabras. La señorita Brett es una mujer gruesa y bajita, con el pelo blanco. Aparte de ella, la única de las mujeres presentes que llamó mi atención fue la señorita Mowbray, una mujer pequeñita y delicada, de modales aristocráticos, con el pelo de plata, la voz bien timbrada y subidos colores. Era el miembro más llamativo de la reunión y las opiniones que expresó acerca de la cuestión de los adelantos, aun cuando lo hiciera con la natural deferencia a mi

persona, no dejaban de ser enérgicas y audaces. A su lado (aunque las cinco mujeres vestían simplemente de negro), no podía negarse que las otras parecían hasta cierto punto, lo que ustedes, los hombres de mundo, llamarían zafias. Después de diez minutos de conversación, me levanté para marcharme, pero al hacerlo oí algo que... no puedo describirlo... algo que parecía... nada, que no sé cómo decirlo...

—¿Qué oyó usted? —pregunté con cierta impaciencia.

—Oí —dijo el vicario solemnemente—, oí que la señorita Mowbray (la mujer del pelo de plata), le decía a la señorita James (la de la toquilla de lana), las siguientes extraordinarias palabras... Al oírlas procuré retenerlas en la memoria, y en cuanto me fue posible hacerlo las anoté en un trozo de papel. Creo que lo tengo aquí.

El vicario se rebuscó en el bolsillo y puso de manifiesto una serie de pequeñas cosas: cuadernos de apuntes, prospectos de conciertos pueblerinos...

—Oí que la señorita Mowbray le decía a la señorita James las siguientes palabras: «¡Ahora es la tuya, Bill!».

Después de hacer esta declaración, el vicario se me quedó mirando unos momentos con seriedad y decisión, como si estuviera seguro de que en lo referente a este punto no le cabía la menor duda.

Luego, acercando más su calva al fuego, prosiguió:

—Esto me llamó la atención. No acababa de comprenderlo. Lo que más me chocaba, es que una solterona llamara «Bill» a otra. Como ya he dicho anteriormente, mi experiencia podrá ser incompleta, es posible que las solteronas tengan en su intimidad costumbres más libres de lo que yo me imagino, pero aquello era por demás extraño, y podría jurar (si no toma usted la frase en mal sentido) que aquellas palabras: «¡Ahora es la tuya, Bill!», no fueron pronunciadas en modo alguno con la aristocrática entonación que había caracterizado hasta entonces la conversación de la señorita Mowbray. En realidad, las palabras: «¡Ahora es la tuya, Bill!», habrían resultado impropias proferidas con esa aristocrática entonación.

El viejo vicario continuó:

—Repito que la frase aquella me dejó muy sorprendido, pero más sorprendido aún me quedé cuando al mirar desconcertado a mi alrededor, con el sombrero y el paraguas en la mano, observé que la flaca señora de la toquilla se había atravesado en la puerta por donde yo tenía que salir. La mujer seguía haciendo calceta, y supuse que su postura en aquel sitio no sería más que una excentricidad de solterona y un olvido de mi inminente partida. Con gran delicadeza exclamé:

»—Siento molestarla, señorita James, pero no tengo más remedio que marcharme. Tengo... que...

»Aquí me interrumpí, porque las palabras con que ella me contestó, aunque singularmente concisas y proferidas en un tono en extremo cortés, eran de tal naturaleza que hacían, creo yo, natural y excusable mi interrupción. También he anotado estas palabras. No tengo la menor idea de lo que pueden significar, por lo que no he hecho más que transcribirlas según me sonaron. Aquella mujer me contestó —y el señor Shorter escudriñó sus papeles con ojos de miope—, me contestó: "¡A callar, cabezota!" Y agregó algo así como: «¡Estás aviado!»». Y entonces fue cuando saltó de pronto la última cuerda de mi lucidez, o de la lucidez del Universo. Mi estimada amiga y colaboradora, la señorita Brett, que se hallaba de pie junto a la chimenea, exclamó:

»—En vez de rajar tanto, métele la cabeza en un saco, Sam, y átale fuerte. Vosotros sí que os vais a ver aviados uno de estos días con esa manera de hacer las cosas.

»Al oír aquello me empezó a dar vueltas la cabeza. ¿Sería cierto, como se me había ocurrido de pronto momentos antes, que las solteras tuvieran una terrible ansiedad revolucionaria de la que hubieran excluido a todas las demás mujeres? Yo recordaba confusamente de mis tiempos de estudios

clásicos (pues también yo he sido erudito en pequeño, aunque por desgracia ya he perdido la costumbre), recordaba, digo, los misterios de Bona Dea y de su extraña masonería femenina. Recordaba los *sabbath* de las brujas. Presa de este absurdo delirio, me esforzaba por recordar ciertos versos acerca de las ninfas de Diana, cuando la señorita Mowbray me atenzó por detrás con el brazo. En cuanto lo vi, comprendí que no era el brazo de una mujer. La señorita Brett (o la persona a quien yo había llamado así) se encontraba delante de mí con un revólver monstruoso en la mano y el rostro contraído en una mueca siniestra. La señorita James continuaba recostada contra la puerta, pero había adoptado una postura tan absolutamente nueva y tan poco femenina que era para escandalizarse. Tenía cruzados los pies, las manos en los bolsillos y la cofia ladeada: aquella mujer era un hombre. Quiero decir, que era una mu..., no, es decir, que observé que en vez de ser una mujer, ella... digo él, era un hombre.

El señor Shorter se agitó y aleteó de una manera indescriptible en sus esfuerzos por arreglar aquella cuestión de los géneros, y su bufanda a cuadros aleteó de igual manera. Con una curiosidad que aumentaba por momentos prosiguió:

—En cuanto a la señorita Mowbray, ella, digo él,

me tenía sujeto en un aro de hierro. El brazo de ella, digo de él, oprimía su cuello... digo mi cuello... y yo no podía gritar. La señorita Brett..., es decir, el señor Brett o como se llamara, me apuntaba con el revólver. Las otras dos mujeres..., es decir los otros dos hombres, estaban rebuscando en un saco que se encontraba en último término. La cosa estaba clara al fin: ¡eran unos criminales que se habían disfrazado de mujeres para secuestrarme! ¡Para secuestrar al vicario de Chuntsey, de Essex! Pero ¿por qué? ¿Serían acaso no conformistas? El barbero que estaba recostado en la puerta, gritó sin miramientos:

»—¡Date prisa, Harry! Enséñale al carcamal la faena y vámonos.

»—¡Vete al cuerno! —dijo la señorita Brett, quiero decir, el hombre del revólver—, ¿por qué vamos a enseñarle la faena?

»—Si seguís mi consejo, no lo pasaréis mal —dijo el hombre de la puerta, al que llamaban Bill—. El hombre que sabe lo que hace, vale diez veces más que el que no lo sabe, aun cuando sea un viejo cura.

»—Bill tiene razón —dijo la voz áspera del hombre que me sujetaba, el que había pasado por la señora Mowbray—. Trae el retrato, Harry.

»El hombre del revólver se dirigió a través de la estancia hasta donde se encontraban las otras mujeres..., es decir los otros hombres removiendo

unos bagajes y les pidió algo que ellos le dieron. Entonces volvió hacia mí y puso delante de mis ojos lo que le habían dado. Junto a la sorpresa que la vista de aquello me causó, se desvanecieron de súbito todas las demás sorpresas que me había reparado ese horrible día: era un retrato mío. El hecho de que semejante retrato se hallara en poder de aquellos granujas bastaba para producir una leve sorpresa, pero nada más.

»Sin embargo, la sorpresa que yo experimentaba, no era nada leve. El parecido era verdaderamente notable, y en su obtención parecían haberse utilizado todos los recursos del estudio fotográfico convencional. Yo aparecía retratado con la cabeza apoyada en la mano, y el fondo de la fotografía lo constituía un panorama de árboles. Era evidente que no se trataba de una instantánea. Era notorio que yo había tenido que posar ante el retratista. Y la verdad era que yo no había posado nunca para semejante retrato. Era, pues, un retrato que a mí no se me había hecho nunca. Lo examiné fijamente una y otra vez. Me parecía que estaba bastante retocado. Se hallaba instalado en un marco con su correspondiente cristal, y éste enturbiaba algunos detalles. Pero no cabía la menor duda de que allí estaba mi cara, con mis ojos, mi nariz y mi boca, mi cabeza y mi mano, en la actitud y la expresión requerida por un retratista

profesional. ¡Y sin embargo yo no había posado nunca así para ningún retratista!

»—¡Atienda al prodigioso milagro! —dijo el hombre del revólver con inoportuno humorismo—. ¡Sacerdote, dispóngase a reunirse con su Dios!

»Y, diciendo esto, apartó el cristal del retrato. Al ser retirado el cristal observé que parte del retrato estaba pintado con óxido de cinc, en particular un par de patillas blancas y un cuello de clérigo blanco. Debajo aparecía retratada una anciana, vestida con un severo traje negro, y con una mano apoyada en la otra, y su efigie resaltaba sobre el paisaje de fondo. La anciana señora se parecía a mí como una gota de agua a otra. Habían bastado las patillas y el cuello para que se me pareciera en todo.

»—¿Tiene gracia, verdad? —dijo el llamado Harry, volviendo a introducir el cristal en su sitio—. ¡Chocante parecido, señor cura! Grato para la señora, grato para usted y, sobre todo, grato para nosotros, porque seguramente nos permitirá dar un buen golpe. Usted conoce al coronel Hawker, ese hombre que ha venido a vivir a la comarca, ¿verdad?

»Yo asentí con la cabeza.

»—Pues bien —dijo el llamado Harry, señalando el cuadro—, ésta es su madre. Ésta, la buena señora que siempre le ha mimado.

»Y con un amplio gesto señaló el retrato de la

anciana mujer, que tanto se parecía a mí.

»—Vamos a decirle al viejo lo que tiene que hacer y acabemos de una vez —dijo Bill desde la puerta—. Mire, reverendo Shorter, no vamos a hacerle ningún daño. Si quiere, incluso le daremos una libra por la molestia. En cuanto al vestido de la vieja, ¡ya verá usted qué bien le sienta!

»—No te das mucha maña para explicar las cosas, Bill —dijo el que estaba detrás de mí—. Señor Shorter, se trata de lo siguiente: esta noche vamos a ir a ver al coronel Hawker. Puede ocurrirnos que al vernos se le suba el vino a la cabeza y le dé por besarnos a todos. También puede ocurrir que no. Es posible que cuando nos marchemos él esté muerto. Es posible que no. Pero el caso es que vamos a ir a verle. Ahora bien, como usted sabe, ese hombre se encierra en su casa y nunca abre la puerta a nadie. Sólo que usted no sabe por qué y nosotros sí lo sabemos. La única persona que puede acercarse a él es su madre. Pues bien, es una coincidencia preciosísima —declaró recalcando esto último—, es una suerte que pocas veces se encuentra, pero usted va a ser su madre.

»—En cuanto vi el retrato —dijo el llamado Bill meneando la cabeza como un rumiante—, en cuanto lo vi exclamé: ¡el viejo Shorter!

»—¿Qué es lo que pretenden ustedes, insensatas

criaturas? —balbuceé—. ¿Qué es lo que quieren que haga?

»—Es muy sencillo, paternidad —dijo jovialmente el hombre del revólver—. Tiene usted que ponerse otros vestidos.

»Y ahora señaló la cofia y un montón de ropas femeninas que se hallaban en un rincón del aposento. No he de extenderme, señor Swinburne, en los detalles de lo que siguió. Yo no tenía por dónde escapar. No podía pelearme con cinco hombres, por no hablar de su pistola cargada. En cinco minutos, señor mío, el vicario de Chuntsey acabó vestido de mujer, convirtiéndose, con su permiso, en la madre de alguna otra persona, y fue sacado a rastras de la casa para tomar parte en un crimen. La tarde estaba muy avanzada y en invierno la noche se echa encima enseguida. Por un camino oscuro, bajo el soplo del viento, nos encaminamos hacia la solitaria casa del coronel Hawker formando el más estrambótico cortejo que pueda darse. A los ojos de los humanos éramos por todos los detalles exteriores seis respetabilísimas señoras de humilde condición, ataviadas con negros vestidos y finas aunque anticuadas cofias; pero en realidad éramos cinco criminales y un clérigo. Voy a abreviar la larga historia. Mientras caminábamos, yo me devanaba los sesos tratando de descubrir alguna manera de

escapar. Mientras nos encontráramos lejos de las viviendas, habría sido suicida gritar, porque aquellos rufianes podrían degollarme o amordazarme en un instante. Por otra parte, intentar detener a los viandantes y explicarles la situación era imposible a causa de lo desatinado de la situación misma. Mucho antes de que hubiera conseguido convencer de tan absurda historia al cartero o a cualquier otro con quien pudiéramos cruzarnos, mis acompañantes se habrían escapado, y con toda seguridad me habrían llevado con ellos haciendo creer a la gente que era una amiga suya que había tenido la desgracia de volverse loca o de emborracharse. Esta última idea, sin embargo, fue una verdadera inspiración, aunque una inspiración terrible. ¿Se trataba quizá de que el vicario de Chuntsey tenía que fingir que estaba loco o borracho? Pues sí, señor, de eso se trataba. Seguí caminando con los demás por el desierto camino esforzándome en lo posible por seguir su paso, que era rápido, sin dejar de ser femenino, hasta que al fin divisé un farol bajo el cual se encontraba un guardia. Había tomado ya una decisión.

Hasta que no llegamos junto a él anduvimos todos con la misma discreción y la misma silenciosa presteza. Pero cuando pasamos por su lado yo me arrojé de pronto contra la empalizada del camino y me puse a gritar:

»—¡Hurra! ¡Hurra! ¡Hurra! ¡*Rule Britannia!* ¡A cortarle el pelo! ¡Hala! ¡Oh! ¡Oh!

»La cosa, a decir verdad, era sorprendente para un hombre de mi cargo. El policía me iluminó en el acto con su linterna creyendo encontrarse, dado mi disfraz, ante una vieja borracha.

»—Vamos, vamos, señora —dijo ásperamente.

»—Ande usted con ojo si no quiere que le saque las entrañas —me dijo Sam al oído con voz ronca—. ¡Cállese, o le desuello!

»Era horrible oír aquellas palabras en labios de la vieja solterona que las pronunciaba, pero yo seguí alborotando cada vez más fuerte. No tenía otra salvación.

»Con voz penetrante me puse a cantar canciones burlescas que había oído con gran pesar en los conciertos del pueblo a los mozalbetes vulgares. Me tambaleé de un lado a otro como si fuera a caerme.

»—Si no pueden apaciguar a su amiga, señoras —dijo el policía—, tendré que llevármela. Está demasiado borracha y alborotadora.

»Yo redoblé mis esfuerzos. Ciertamente no estaba preparado para una cosa semejante, pero creo que me superé. De mis labios brotaron como por ensalmo palabras que yo no creía haber oído nunca.

»—Cuando salgamos de aquí —me susurró Bill —, va usted a chillar de verdad. Ya verá cómo chilla

cuando le arranquemos el pellejo.

»Aterrorizado, me puse a cantar horrendas canciones de orgía. No había en todas las pesadillas que hubieran podido obsesionar nunca a los hombres nada tan horroroso y aterrador como las caras que aquellos cinco hombres mostraban bajo sus femeninas cofias. Parecían demonios. Y ni siquiera puedo imaginarme que haya en el infierno nada tan aterrador. Durante un instante de angustia creí que la intervención de mis acompañantes y la perfecta respetabilidad de nuestros vestidos acabarían por ablandar al guardia y le inducirían a dejarnos marchar. El hombre titubeó un momento, y entonces yo me precipité de golpe sobre él y le di un cabezazo en el pecho a la vez que gritaba, si mal no recuerdo:

»—¡Bravo! ¡Bravo! ¡Bill!

»En aquél momento fue cuando más me acordé de que era el vicario de Chuntsey, en Essex. Este gesto desesperado me salvó. El policía me cogió fuertemente por la nuca.

»—Ahora va usted a venir conmigo —exclamó.

»Pero Bill intercedió imitando perfectamente la voz frágil de una mujer.

»—Por favor, buen hombre, no tome usted en serio a nuestra pobre amiga. Nosotros nos la llevaremos tranquilamente a casa. Le gusta un poco la bebida, pero es una buena mujer. Un poco rara.

»—Me ha dado un cabezazo en la boca del estómago —dijo el agente secamente.

»—Son rarezas que tiene —dijo Sam con solicitud.

»—Permítame que la lleve yo a su casa —insistió Bill asumiendo de nuevo la personalidad de la señorita James—. Necesita que cuiden de ella.

»—Ya lo creo —dijo el agente—, pero yo me encargaré de eso.

»—No servirá de nada —insistió Bill desesperadamente—. Necesita la ayuda de sus amigas. Le hace falta cierta medicina que nosotras tenemos.

»—Sí —aseguró la señorita Mowbray, acalorada—. Ninguna otra medicina le hace efecto, agente. Su enfermedad es muy rara.

»—¡Estoy muy bien! ¡Aha, aha, uh! —exclamó entonces, para su eterna vergüenza, el vicario de Chuntsey.

»—Escuchen, señoras —dijo el policía con severidad—, a mí no me gustan nada las rarezas de su amiga ni me gustan sus coplas ni sus cabezazos. Y ahora que me fijo, tampoco me gusta el aspecto de ustedes. He visto a muchas personas tan bien vestidas como ustedes que no eran lo que parecían. ¿Quiénes son ustedes?

»—Aquí no llevamos la tarjeta —dijo la señorita

Mowbray con gran dignidad—. Además no podemos consentir que nos ofenda un pelagatos cualquiera que se mete con las mujeres cuando le pagan para que las defienda. Si quiere usted aprovecharse de la debilidad de nuestra amiga, está claro que tiene derecho a llevársela, pero si cree usted que tiene derecho a amenazarnos, se equivoca de medio a medio.

»La franqueza y dignidad con que fueron pronunciadas estas palabras hicieron titubear un instante al policía. Aprovechándose de esta ventaja, mis cinco perseguidores me miraron un segundo con sus miserables rostros y huyeron rápidamente en las tinieblas. Cuando el policía les había enfocado la primera vez con su linterna, yo había observado la mirada telegráfica que se habían dirigido entre sí, diciéndose que ya no se podía pensar sino en la retirada. En aquellos momentos yo me iba desplomando poco a poco en el suelo, absorto en profundas reflexiones. Mientras los rufianes habían estado a mi lado, no me había atrevido a abandonar un momento mi fingida embriaguez, porque si hubiera empezado a hablar razonadamente y a explicar la verdad del caso, el policía habría creído simplemente que me había repuesto un poco y me habría puesto en manos de mis acompañantes. Sin embargo, ahora ya podía decirle la verdad sin

peligro, si quería; pero confieso que no tenía ninguna gana de hacerlo. Hay muchas maneras de salvar la vida, y en el estrecho sendero del deber una de ellas puede ser indudablemente que un clérigo de la Iglesia anglicana se haga pasar a veces por una vieja embriagada. Sin embargo, creo que semejante necesidad es lo bastante rara para que a muchos les pareciera improbable. ¿Y si corría la noticia de que me había fingido borracho? ¿Y si a la gente le daba por pensar que la borrachera no era fingida...? Así pues, dejándome ayudar por el agente, me incorporé y anduve a su lado unos cien metros callado y desfallecido. El agente suponía, sin duda, que estaba demasiado débil y tenía demasiado sueño para escaparme, por lo cual me llevaba muy poco sujeto. Así pasamos una esquina, dos, tres, cuatro, mientras el guardián del orden tiraba de mi persona inerte, ruin, repulsiva. Al llegar a la cuarta esquina me solté de repente de su mano y eché a correr por la calle abajo como un ciervo enloquecido. El agente estaba desprevenido, y además de que era poco ágil, reinaba una profunda oscuridad. Corrí y corrí como un desesperado, y a los cinco minutos de carrera comprendí que le había sacado ventaja. Media hora después me encontraba a campo raso bajo las santas y benditas estrellas, en donde me despojé de mis malditas vestiduras y las sepulté bajo la purificadora

tierra...

El anciano vicario había terminado su narración y se reclinó en su silla. Tanto el fondo como la forma de su relato me habían impresionado en su favor a medida que le escuchaba. Era un pedante y un viejo pelma, pero a pesar de todo se veía que era un hombre de sanos instintos y un verdadero caballero, que había demostrado su valor y energía en horas de desesperación. Había referido su historia con grandes y enojosas formalidades de dicción, pero al mismo tiempo lo había hecho con un realismo verdaderamente convincente.

—Y ahora... —Comencé yo.

—Y ahora —dijo Shorter incorporándose de nuevo con cierta energía servil—, y ahora, señor Swinburne, ¿qué ocurrirá con ese pobre Hawker? Yo no puedo asegurar lo que se propondrían aquellos hombres, ni sé hasta qué punto sería cierto lo que dijeron. Pero no cabe duda de que existe un peligro. Yo no puedo avisar a la policía por las razones que usted comprenderá. Entre otras cosas, no me creerían. ¿Qué se puede hacer?

Saqué mi reloj. Ya eran las doce y media.

—Lo mejor que podemos hacer es ir a ver a mi amigo Basil Grant —le dije—. Él y yo teníamos que

haber ido esta noche a la misma reunión, y en estos momentos debe estar ya de vuelta. ¿No le parece mal que cojamos un coche?

—De ningún modo —repuso el vicario, levantándose cortésmente y envolviéndose en su absurda bufanda.

Después de una buena carrera en un simón, nos hallamos bajo las sombrías casas de vecindad del barrio de Lambeth, en donde habitaba Grant. Franqueando la interminable escalera de madera llegamos a su buhardilla. Cuando penetré en el desalineado interior, el blanco resplandor de la pechera de Basil y el brillo de su abrigo de pieles, que se hallaba extendido en un asiento de madera, me produjo un extraño contraste. Basil estaba bebiendo una copa de vino antes de retirarse a descansar. No me había equivocado: acababa de regresar de la reunión.

Mi amigo escuchó la repetición de la historia del reverendo Ellis Shorter con una sincera modestia y el respeto que nunca dejaba de manifestar al tratar con un ser humano. Cuando el vicario hubo terminado, se limitó a preguntarle:

—¿Conoce usted a un hombre llamado capitán Fraser?

Yo me quedé tan sorprendido al oír esta alusión totalmente desatinada al digno coleccionista de

chimpancés, en cuya compañía debía de haber cenado aquella noche, que me volví bruscamente a mirar a mi amigo. El resultado fue que no miré al señor Shorter y sólo le oí contestar con su tono más nervioso:

—No.

Sin embargo, Basil parecía encontrar algo gracioso en su respuesta o en su comportamiento en general, porque no apartaba sus enormes ojos azules del viejo clérigo, y aun cuando en su expresión no había nada anormal, el hecho es que sus ojos sobresalían cada vez más de sus órbitas.

—¿Está usted seguro, señor Shorter —insistió—, de que no conoce al capitán Fraser?

—Totalmente —contestó el vicario.

A decir verdad, a mí me intrigó observar en su voz que volvía a la extraordinaria timidez, por no decir a la desmoralización, que manifestó al comienzo de su entrevista conmigo.

Basil se puso en pie con energía.

—En ese caso no hay más que hablar —dijo—. Aún no ha empezado usted siquiera las investigaciones, mi querido Shorter. Lo primero que tenemos que hacer es ir juntos a ver al capitán Fraser.

—¿Cuándo? —preguntó el clérigo con voz balbuciente.

—Ahora —dijo Basil metiendo el brazo en una

manga del abrigo.

El viejo clérigo se levantó temblando de pies a cabeza.

—La verdad es que no creo que sea necesario —dijo.

Basil sacó el brazo del abrigo, lo arrojó de nuevo sobre la silla y se metió las manos en los bolsillos.

—¡Ah! —dijo con énfasis—. ¡Ah...! ¿No lo cree usted necesario? Entonces —agregó pronunciando las palabras con toda claridad y premeditación—, entonces, señor Ellis Shorter, sólo me queda decirle que me gustaría verle sin esas patillas.

Al oír estas palabras también yo me puse en pie, pues creía llegada la gran tragedia de mi vida. A pesar de lo espléndida y emocionante que era la existencia viviendo en continuo contacto con una inteligencia como la de Basil, siempre me había parecido que este esplendor y estas emociones se hallaban en los límites de la cordura. Basil vivía continuamente en esa proximidad a la razón de las cosas que hace perder la suya a los hombres. Y yo pensaba en su posible demencia como se piensa en la posible muerte de un amigo que padece una afección cardíaca. Esta demencia podía sorprender en cualquier parte: en el campo, en un coche de alquiler, cuando estuviera contemplando la puesta del sol, mientras fumara un cigarrillo. ¡Y había emergido

ahora! ¡En el preciso instante en que había de emitir su juicio para salvar a un semejante, Basil Grant se había vuelto loco!

—¡Sus patillas! —exclamó, avanzando con ojos llameantes—. ¡Déme sus patillas! ¡Y esa calva también!

Como es natural, el viejo vicario retrocedió uno o dos pasos. Yo me interpuse entre ambos.

—Siéntese, Basil —imploré—. Está usted un poco excitado. Termine el vino.

—¡Las patillas! —replicó con tenacidad—. ¡Las patillas!

Y al mismo tiempo se precipitó hacia el viejo, que trató de huir hacia la puerta, pero Basil le cortó el paso. Entonces, antes de que yo acabara de darme cuenta de dónde me encontraba, aquellos dos hombres convirtieron la tranquila habitación en un pandemónium o en una pantomima. Las sillas rodaron por el suelo con estrépito, las mesas fueron volcadas con el fragor del trueno, los biombos fueron destrozados, los cacharros volaron hechos añicos, en tanto que Basil Grant saltaba entre bramidos en persecución del Reverendo Ellis Shorter.

Y en aquellos momentos empecé a observar otra cosa que asestó el golpe de gracia a mi desconcierto. El reverendo Ellis Shorter, de Chuntsey, en Essex, no se comportaba en modo alguno como lo había hecho

hasta entonces o como cabía esperar que se comportara dada su edad y su empleo. El hombre esquivaba, brincaba y peleaba con una agilidad que habría asombrado en un mozalbete y que en aquel viejo vicario resultaba una farsa bufa. Por otra parte, no parecía figurado. Había incluso, en sus ojos, una expresión rayana en el regocijo, expresión que igualmente se advertía en los ojos de Basil. En fin, preciso es confesar la increíble verdad: los dos se estaban riendo.

Al fin, el reverendo Ellis Shorter se vio acorralado.

—¡Vamos, vamos, señor Grant! —dijo jadeando—. No puede usted hacerme nada. La cosa es perfectamente lícita. Además, no hace el menor daño a nadie. No es más que una farsa social. Un resultado de nuestra compleja sociedad, señor Grant.

—No le censuro a usted, amigo mío —repuso Basil fríamente—, pero necesito sus patillas. Y su calva. ¿Pertenece acaso al capitán Fraser?

—No —contestó Shorter echándose a reír—. Nos las procuramos nosotros. No pertenecen al capitán Fraser.

—¿Qué diablos significa todo esto? —vociferé yo—. ¿Son ustedes víctimas de una pesadilla infernal? ¿Por qué la calva del señor Shorter iba a pertenecer al capitán Fraser? ¿Cómo sería posible?

¿Qué diablos tiene que ver el capitán Fraser en este asunto? ¿Qué pinta él en esto? ¿No ha cenado usted con él, Basil?

—No —contestó Grant—. Nada de eso.

—¿No ha ido usted a la reunión de la señora Thornton? —exclamé atónito—. ¿Por qué?

—Pues verá usted —dijo Basil con una breve y singular sonrisa—, porque se da el caso de que he sido entretenido por cierto visitante. Si he de decir la verdad, lo tengo en mi dormitorio.

—¿En su dormitorio? —exclamé, aunque mi imaginación había llegado a tal extremo que lo mismo me habría dado que dijera que lo tenía en la carbonera o en el bolsillo del chaleco.

Grant se dirigió a la puerta de una habitación interior, la abrió de par en par y desapareció dentro. Al poco rato volvió a salir con el último de los prodigios de aquella memorable noche. Cogido del cuello, introdujo en la estancia con ademán de disculpa a un clérigo inerte que tenía la cabeza calva, blancas patillas y una bufanda a cuadros.

—Siéntense, señores —dijo Grant frotándose las manos—. Siéntense todos y tomen una copa de vino. Como usted ha dicho, no hay ningún mal en ello, y si el capitán Fraser me hubiera hecho simplemente la menor insinuación, podría haberse ahorrado una bonita suma. Claro que eso no les habría gustado a

ustedes ¿eh? Los dos ilustres clérigos, que degustaban su borgoña con la misma mueca, se echaron a reír francamente al oír esto, y uno de ellos se despojó con desenvoltura de las patillas y las depositó encima de la mesa.

—Basil —dije yo—, si es usted mi amigo, socórrame. ¿Qué significa todo esto?

Basil Grant se echó a reír de nuevo.

—No es más que una nueva adición, amigo «Querubín», a nuestra famosa colección de negocios raros. Estos dos señores, a cuya salud tengo el gusto de beber, son Retenedores Profesionales.

—¿Y qué diablos es eso? —pregunté.

—Es muy sencillo, señor Swinburne —comenzó el que se había hecho pasar por el Reverendo Ellis Shorter, de Chuntsey, en Essex, produciéndome una emoción indescriptible el ver que aquella figura pomposa y familiar, ya no hablaba con su voz familiar y pomposa, sino con la aguda entonación de un joven de la urbe—. En realidad, la cosa no tiene gran importancia. Nosotros nos ofrecemos para retener con nuestra conversación, sirviéndonos de un pretexto inofensivo, a personas de cuya presencia quieren librarse nuestros clientes por unas cuantas horas. Y el capitán Fraser... —Y aquí titubeó y sonrió.

Basil sonrió también e intervino:

—El hecho es que el capitán Fraser, que es uno de mis mejores amigos, tenía gran interés en desembarazarse de nosotros. Esta misma noche se embarca para el África Oriental, y la dama con quien íbamos a haber cenado es... ¡hum!... lo que suele decirse «la ilusión de la vida». Quería pasar dos horas a solas con ella y ha empleado a estos dos reverendos señores para que nos retuvieran en casa con el objeto de tener el campo libre.

—Y naturalmente —me dijo el exvicario Shorter en tono de disculpa—, como tenía que retener en su casa a un caballero que estaba citado con una dama, me era forzoso presentarme con algo apasionante y fuerte, con algo apremiante. No habría resultado bien cualquier cosa, o un argumento débil.

—¡Oh! —Dije yo—. No es ése su flaco.

—Muchas gracias, caballero —dijo el hombre respetuosamente—, siempre se agradece un cumplido.

El otro sujeto echó hacia atrás con indolencia su calva artificial, poniendo al descubierto una rapada cabellera rubia, y habló con aire soñador, quizá bajo el influjo del admirable borgoña de Basil.

—Es maravilloso cómo se está popularizando esto, señores. Nuestra agencia está ocupada desde la mañana hasta la noche. Estoy seguro de que ya han tropezado con nosotros en otras ocasiones. No tienen

más que fijarse. Siempre que algún solterón viene a darles la lata con historias de caza, cuando arden ustedes en deseos de ser presentados a cierta persona, es que viene mandado por nuestra agencia. Si una señora les visita con pretextos piadosos y se entretiene horas y horas cuando ustedes pensaban marcharse a alguna fiesta, pueden estar seguros de que procede de nuestra agencia. Claro que en principio nadie lo diría.

—Lo que no comprendo es una cosa —dije yo—. ¿Por qué han venido los dos de vicarios?

Una ligera sombra oscureció el ceño del circunstancial beneficiado de Chuntsey, de Essex.

—Eso puede haber sido una equivocación, caballero —repuso—; pero no ha sido culpa nuestra. Se ha debido únicamente a la esplendidez del capitán Fraser. Exigió que se utilizaran los servicios más caros de la tarifa para retenerles a ustedes, y los servicios más caros de nuestra agencia son los de quienes nos hacemos pasar por vicarios, porque es el cargo más respetable y el que más esfuerzo exige. Nosotros cobramos cinco guineas por visita. Hemos tenido la buena fortuna de satisfacer a la empresa con nuestro trabajo, y ahora somos vicarios permanentes. Antes hemos trabajado dos años como coroneles, que es la categoría inferior inmediata. Los coroneles cobran cuatro guineas.

LA SINGULAR ESPECIFICACIÓN DEL AGENTE DE FINCAS

En cuanto el teniente Drummond Keith abandonó la sala, la conversación acerca de su persona estalló como una tormenta. Esto se debía a múltiples y diversas características singulares. Era un hombre ligero y airoso que se vestía con ropas airosas y ligeras, blancas por lo general, como si estuviera en los trópicos. Era enjuto y agraciado como una pantera, y tenía los ojos negros, de expresión inquieta.

Vivía en la mayor estrechez y tenía uno de los hábitos de los pobres en tan desmedido e inconmensurable grado que podría eclipsar al más miserable de los parias: me refiero a la costumbre de cambiar continuamente de vivienda. Existen dentro de Londres lugares donde, en el corazón mismo de la civilización artificial, la Humanidad ha vuelto una vez más a la vida nómada. Sin embargo, en estos inquietos lugares, no había un vagabundo más inquieto que el elegante oficial de los airosos trajes blancos. A juzgar por su conversación, este hombre había cazado en sus tiempos innumerables cosas, desde perdices hasta elefantes, pero sus escépticas

amistades opinaban que «la Luna» no se había hallado pocas veces entre las víctimas de su victorioso rifle. La frase era acertadísima, y sugería una mística y fabulosa caza nocturna.

El teniente llevaba de casa en casa y de parroquia en parroquia un equipaje integrado prácticamente por cinco artículos: dos extrañas lanzas de ancha hoja, armas procedentes, supongo yo, de alguna tribu salvaje; un paraguas verde; un ejemplar enorme y destrozado de los *Papeles del Club Pickwick*, una gran escopeta de caza, y algún profano vino oriental. Estos objetos le acompañaban siempre a toda nueva vivienda, aunque sólo fuera por una noche, y eran llevados de un lado a otro absolutamente al descubierto, atados con manojos de cuerdas o de paja, lo cual hacía la delicia de los poéticos chiquillos de las grises callejuelas.

Me olvidaba hacer constar que también llevaba siempre consigo su vieja espada de reglamento, pero esto planteaba otra extraña cuestión acerca de su persona. Aun cuando era animado y ágil, no era, sin embargo, nada joven. A decir verdad, tenía el cabello completamente gris, aunque su bigote, un tanto fiero, de italiano, conservara su negrura, y en su semblante se percibían los estragos de las inquietudes bajo su casi italiana alegría. Encontrar un hombre de edad madura que ha abandonado el ejército en la primitiva

graduación de teniente es algo desacostumbrado y que no mueve a admiración. Entre las personas más sensatas y cautelosas, este hecho, al igual que su inacabable vagabundeo, no hacía ningún bien al misterioso personaje. Por último, era un hombre que contaba esa clase de aventuras que conquistan la admiración ajena, pero no el respeto. Tenían por escenario extraños lugares en los que no era fácil que se hubiera encontrado nunca un hombre vulgar, como fumaderos de opio y garitos infernales. Abrasaban con el calor de las guaridas de ladrones o desprendían un extraño hedor de ceremonias caníbales. Esta clase de historias desacreditan siempre a una persona, sean creídas o no. Si los relatos de Keith eran falsos, se trataba de un embustero, y si eran verídicos, no le había faltado mucho para ser un granuja.

El teniente Keith acababa de abandonar la estancia en donde yo me encontraba en compañía de Basil Grant y de su hermano Rupert, el voluble detective particular, y como ya he dicho que sucedía invariablemente, todos nos habíamos puesto a hablar de él. Rupert Grant era un hombre joven e inteligente, pero tenía la propensión que tan a menudo producen la juventud y la inteligencia al combinarse en fuertes dosis, de dejarse dominar por un escepticismo un tanto extravagante. Veía por doquier delitos y

motivos de duda, cosa que constituía para él un verdadero sustento. A mí me irritaba muchas veces su pueril incredulidad, pero en este caso concreto tengo que confesar que encontraba tan acertado su criterio como me asombraba que Basil le contradijera, aun cuando lo hiciese entre burlas.

Yo era capaz de tragarme muchas cosas, siendo como soy sencillo y natural, pero no podía tragarme la autobiografía del teniente Keith.

—No pretenderá usted, en serio, Basil —dije yo—, que admita que ese hombre ha ido realmente de polizón con Nansen, y que se ha hecho pasar por el Mad Mullah, y...

—Tiene un solo defecto —dijo Basil con aire pensativo—, o una virtud, según como se quiera mirar, y es que dice la verdad de una manera exacta y escueta, es decir, que es demasiado veraz.

—¡Vamos! Si quieres soltar paradojas —le dijo Rupert desdeñosamente— procura hacerlo con algo más de gracia. Di, por ejemplo, que ha vivido toda su vida en una mansión ancestral.

—No, le gusta muchísimo cambiar de decoración y vivir en lugares extraños —contestó Basil desapasionadamente—. Eso no impide que su característica esencial sea la exactitud verbal. Lo que no comprende la gente, es que cuando se cuenta una cosa brutalmente y sin adornos, tal como ha sucedido,

resulta terriblemente extraña. Las cosas que Keith nos refiere no son las que contaría un hombre para cubrirse de gloria, porque son demasiado absurdas; pero sí son las que puede contar un hombre que posea la sinceridad y el desparpajo suficientes.

—Ahora resulta que las paradojas parecen dar paso a los estribillos vulgares —dijo su hermano con cierta sorna—. ¿Crees tú también que la verdad es más extraña que la ficción?

—La verdad tiene que ser forzosamente más extraña que la ficción —contestó Basil sosegadamente—, porque la ficción es una creación del espíritu humano, afín por consiguiente a él.

—Bueno, pues la verdad de tu teniente, si es que es verdad, es más extraña que todo cuanto he oído en mi vida —dijo Rupert adoptando un aire petulante—. ¿Crees tú de verdad todo eso del tiburón y la máquina fotográfica?

—Creo las palabras de Keith —contestó Basil—. Es un hombre honrado.

—Me gustaría preguntárselo a su regimiento de patronas —dijo Rupert cínicamente.

—A mi parecer —dije yo de nuevo—, no creo que pueda considerársele como un hombre intachable. Su modo de vida...

Antes de que pudiera terminar la frase se abrió de par en par la puerta y Drummond Keith apareció de

nuevo en el umbral con su blanco panamá en la cabeza.

—Oiga, Grant —dijo desprendiendo la ceniza del cigarrillo contra la puerta—, me encuentro sin un céntimo hasta el próximo abril. ¿Podría usted prestarme cien libras? ¡Una bagatela!

Rupert y yo nos miramos en un silencio irónico. Basil, que estaba sentado junto a su mesa, hizo girar la silla indolentemente sobre el pivote y echó mano a una pluma de ave.

—¿Lo cruzo? —preguntó abriendo un talonario de cheques.

—Pues claro —dijo Rupert con una energía algo nerviosa—, ya que el teniente Keith ha tenido a bien hacer esta indicación a Basil en presencia de su familia, yo...

—Aquí tiene usted —dijo Basil agitando el cheque en dirección al desenvuelto oficial—. ¿Le corre mucha prisa?

—Sí —repuso Keith con cierta brusquedad—. En realidad me hace falta ahora mismo. Tengo que ir a ver a mi... a mi agente de negocios.

Rupert le contemplaba sarcásticamente, y yo adivinaba que le estaban entrando deseos de decirle: «¿Algún depositario de artículos robados, quizá?». Pero lo que dijo fue:

—¿Un Agente de negocios? La descripción me

parece un tanto vaga, teniente Keith.

Keith se volvió a mirarle con viveza y dijo con cierto mal humor:

—Es un pobre diablo, un agente de fincas. Ahora voy a verle.

—¡Ah! ¿Va a ver a un agente de fincas, dice usted? —dijo Rupert Grant frunciendo el ceño—. ¿Sabe usted, señor Keith, que tendría mucho gusto en acompañarle?

Basil se estremeció sacudido por una risa silenciosa. El teniente Keith se sobresaltó un poco y su ceño se ensombreció bruscamente.

—Perdone usted —dijo—, ¿qué ha dicho?

La feroz ironía que se reflejaba en el semblante de Rupert había ido incesantemente en aumento.

—Decía —contestó—, que quisiera saber si no le importaría que nosotros le acompañáramos a casa de ese agente de fincas.

El visitante agitó el bastón en el aire con súbita y extraordinaria violencia.

—¡Por Dios santo! ¡Vengan, pues, a casa de mi agente de fincas! ¡Vengan a mi cuarto! ¡Miren debajo de mi cama! ¡Examinen mi baúl! ¡Vamos!

Y con una energía furibunda que nos dejó sin aliento, salió enojadísimo de la estancia.

Rupert Grant, cuyos inquietos ojos azules bailaban de entusiasmo detectivesco, no tardó en

hallarse a su lado y se puso a hablarle con esa franca camaradería que él creía el adecuado trato del policía disfrazado al disfrazado criminal. Su interpretación de los hechos se veía sin duda corroborada por un detalle singular, esto es, por la inquietud, la nerviosidad y el enojo inequívocos del hombre con quien caminaba. Basil y yo corríamos detrás, y no fue necesario que dijéramos que ambos habíamos reparado en aquello.

El teniente Drummond Keith nos condujo por barriadas sumamente extraordinarias y poco prometedoras en busca de su pintoresco agente de fincas. Los hermanos Grant no dejaron de advertir este hecho. A medida que las calles se tornaban más angostas y tortuosas, y los tejados eran más bajos y más lodo obstruía los arroyos, más honda era la curiosidad que oscurecía el ceño de Basil, en tanto la figura de Rupert, vista por detrás, parecía llenar la calle con la creciente ostentación de su triunfo. Por fin, al extremo de la cuarta o quinta callejuela gris de aquel sórdido barrio, hicimos algo de repente, y el misterioso oficial miró una vez más a su alrededor con una especie de sombría desesperación. Encima de unas cuantas ventanas y de una puerta, todo ello de un aspecto de indescriptible pobreza y de unas dimensiones apenas suficientes para un mísero tenducho, se veía la siguiente inscripción:

P. MONTMORENCY
AGENTE DE FINCAS

—Ésta es la agencia de la que hablaba —dijo Keith con voz cortante—. ¿Quieren ustedes esperar aquí un momento, o acaso su extraña curiosidad por mi persona les induce a querer enterarse de todo cuanto tengo que decir a mi consejero comercial?

El semblante de Rupert estaba pálido y nublado de emoción. Por nada del mundo habría abandonado ahora su presa.

—Con perdón de usted —dijo juntando las manos en la espalda—, yo creo que está justificado que...

—¡Oh! ¡Vamos adentro! —exclamó el teniente.

Y haciendo el mismo gesto que antes de furiosa rendición, se precipitó en la agencia seguido de todos nosotros.

P. Montmorency era un solitario anciano que estaba sentado detrás de un desnudo mostrador de color oscuro. Tenía la cabeza en forma de huevo, las mandíbulas de rana, y una aureola de pelos grises en torno a la parte inferior de su rostro, todo ello combinado con una nariz rojiza y aguileña. Llevaba una levita negra deshilachada y una corbata oscura raída y ladeada, y tenía, generalmente hablando, tantas trazas de agente de fincas, como un hombre

anuncio o un montañés de Escocia.

Nosotros permanecemos junto a la puerta unos cuarenta segundos sin que el extraño viejecillo alzara la vista para mirarnos, pero a decir verdad, a pesar de lo raro que era, tampoco nosotros le mirábamos a él. Nuestros ojos se hallaban fijos en donde estaban fijos los suyos, en algo que se arrastraba por encima del mostrador: era un hurón.

El silencio fue interrumpido por Rupert Grant, el cual habló con aquella voz insinuante y acerada que reservaba para las grandes ocasiones, y que ejercitaba durante horas enteras en su cuarto.

—¿El señor Montmorency, supongo? —dijo.

El anciano caballero se sobrecogió, alzó la vista con medroso desconcierto y cogió por el cuello al hurón y se lo metió vivo en el bolsillo del pantalón. Después sonrió como disculpándose y dijo:

—¿Caballero?

—¿Usted es agente de fincas, verdad? —preguntó Rupert.

Con gran deleite de este investigador criminal, las miradas del señor Montmorency erraron con inquietud hacia el teniente Keith, único de los presentes a quien conocía.

—¿Agente de fincas? —exclamó Rupert de nuevo, profiriendo el término como si quisiera decir «salteador».

—Sí... claro; sí —repuso el hombre con una sonrisa nerviosa y casi coquetona—. Soy agente de fincas... sí, claro...

—Bien, es que tengo entendido —dijo Rupert con irónica suavidad— que el teniente Keith desea hablarle. Nosotros hemos venido a instancias suyas.

El teniente Keith estaba cada vez más ceñudo y al fin exclamó:

—He venido, señor Montmorency, a propósito de esa casa mía...

—Muy bien, caballero —dijo Montmorency extendiendo los dedos sobre el liso mostrador—. Pues ya está lista, señor, he atendido todas las instrucciones... acerca... del... ha...

—Perfectamente —exclamó Keith cortándole la palabra con la alarmante sequedad de una detonación—. No hay por qué hablar de ello. Si ha hecho usted todo lo que le dije, está bien.

Y se volvió con viveza hacia la puerta.

El señor Montmorency, agente de fincas, parecía la viva imagen del desconcierto. Después de titubear unos momentos, exclamó:

—Perdone... señor Keith... Hay otro asunto... sobre el que no estaba muy seguro. He procurado instalar la mejor calefacción posible en tales circunstancias... pero en el invierno... a esa altura...

—¿No puede esperarse gran cosa, eh? —dijo el

teniente interrumpiéndole otra vez con la misma brusquedad—. No, claro que no. Es lo mismo, Montmorency. Ya no puede haber más dificultades.

Y el teniente puso la mano en el picaporte.

—Me parece —dijo Rupert con satánica suavidad— que el señor Montmorency tiene algo más que decirle, teniente.

—Sólo una cosa —dijo el agente de fincas con gran desesperación—. ¿Y los pájaros, señor Keith?

—Perdón, no comprendo —dijo Rupert, atónito.

—¿Y los pájaros? —repitió el agente con obstinación.

Basil, que había seguido los acontecimientos con una calma napoleónica o, mejor dicho, con una napoleónica estupidez, alzó de pronto su leonina cabeza.

—Antes de marcharse, teniente Keith —dijo—, venga un momento. Es verdad, ¿y los pájaros?

—Yo me encargaré de ellos —dijo el teniente Keith vuelto todavía de espaldas—. No sufrirán nada.

—Gracias, caballero, muchas gracias —exclamó el incomprensible agente de fincas con aire extasiado—. Perdone usted mi interés, señor. Ya sabe que me desvivo por los animales salvajes. En ese punto soy tan salvaje como ellos. Muchas gracias, señor... Pero hay otra cosa...

Según se hallaba vuelto de espaldas, el teniente soltó una carcajada indescriptible y, girando en redondo, se nos quedó mirando. Su risa parecía tener un significado concreto y esencial, pero que no podía expresarse con exactitud. Si algo quería decir, era, traducido en palabras: «Bueno, si habéis de estropearlo, hacedlo. Pero no sabréis lo que estropeáis».

—Hay otra cosa —prosiguió con voz débil el señor Montmorency—. Claro que si no quiere usted que le visiten, se pintará la casa de color verde, pero...

—¡Verde! —exclamó Keith—. ¡Verde! Tiene que ser de color verde o nada. No quiero una casa de otro color. ¡Verde!

Y antes de que hubiéramos tenido tiempo de comprender nada, la puerta se abrió y cerró de golpe entre la calle y nosotros.

Rupert Grant pareció reflexionar un momento, pero antes de que se extinguieran los ecos del portazo dijo:

—Su cliente, el teniente Keith, parece un poco excitado. ¿Qué le ocurre? ¿Está enfermo?

—¡Oh! No lo creo —dijo el señor Montmorency con alguna confusión—. Las negociaciones han sido un tanto difíciles... la casa es algo...

—¿Verde? —dijo Rupert con calma—. Ése

parece ser un detalle importantísimo. Tiene que ser verde... ¿Y puedo preguntarle, señor Montmorency, antes de reunirme en la calle con mi amigo, si en su negocio es costumbre encargar las casas por el color? ¿Le escriben los clientes a un agente de fincas pidiéndole una casa rosa o una casa azul? ¿O, para poner otro ejemplo, una casa verde?

—Sólo es —dijo Montmorency temblando—, sólo es... para no llamar la atención.

Rupert le contempló con su más despiadada sonrisa.

—¿Puede usted indicarme algún punto de la tierra en donde una casa verde no llame la atención?

El agente de fincas rebuscaba nerviosamente en su bolsillo. Lentamente sacó un par de lagartijas, y dejándolas correr por encima del mostrador, dijo:

—No, no sé.

—¿No puede usted sugerir alguna explicación?

—No —repuso el señor Montmorency, levantándose lentamente, aunque de modo que parecía anunciar una situación violenta—. No puedo. Y teniendo ocupaciones que atender, les ruego que me disculpen, señores, que les diga si tienen algo que decirme en relación a mi negocio. ¿Qué clase de casa desea usted que le proporcione, caballero?

Y dirigió la mirada de sus absortos ojos azules hacia Rupert, que pareció vacilar un segundo. Sin

embargo, se rehizo con perfecto sentido común y contestó:

—Dispense usted, señor Montmorency. La fascinación de sus indicaciones nos ha impedido salir a reunimos con nuestro amigo a su debido tiempo. Le ruego que disculpe mi aparente impertinencia.

—No hay de qué, caballero —contestó el agente de fincas sacando con desenvoltura del bolsillo del chaleco una araña sudamericana y dejándola deslizarse por su mesa—. No hay de qué. Espero que volverán ustedes a honrarme con su visita.

Rupert Grant se precipitó furibundo a la calle, deseoso de encararse con el teniente Keith, pero éste había desaparecido. A la luz de las estrellas se veía desierta la tétrica calle.

—¿Qué dices ahora? —le preguntó Rupert a su hermano.

Pero ahora su hermano no dijo nada. Echamos a andar en silencio calle abajo; Rupert, enfebrecido; yo, desconcertado; Basil, según todas las apariencias, únicamente entontecido. Caminamos a través de callejuelas grises, volviendo esquinas, cruzando plazas, sin tropezarnos nunca con nadie, a no ser con racimos de dos o tres borrachos.

Sin embargo, en una callejuela, los racimos de dos o tres empezaron a convertirse bruscamente en racimos de cinco o seis, y después en densos grupos

que acabaron por formar una muchedumbre. Esta muchedumbre apenas se movía, pero todo aquel que tiene alguna experiencia del eterno populacho, sabe que cuando las últimas filas de un grupo de curiosos se agitan algo, por poco que sea, quiere decirse que en el núcleo central de la multitud impera la locura. No tardó en ponerse de manifiesto que en el seno de aquella muchedumbre había sucedido algo verdaderamente importante. Con la destreza sólo conocida por los polizontes, nos abrimos camino entre la gente y pronto supimos la naturaleza del suceso. Había tenido lugar una refriega entre cinco individuos, uno de los cuales yacía medio muerto sobre el empedrado. En cuanto a los otros cuatro, todas sus incidencias interesantes quedaron eclipsadas a nuestros ojos por un hecho formidable: uno de los cuatro supervivientes de la bárbara y acaso fatal contienda era el immaculado teniente Keith, que aparecía con el traje hecho jirones, los ojos fulgurantes y los nudillos ensangrentados. Otro detalle, sin embargo, empeoraba todavía más su situación: de su elegante bastón había extraído una corta espada o un largo puñal que yacía delante de él sobre el pavimento. Verdad es que no parecía ensangrentado.

La policía había logrado ya penetrar en el centro de la muchedumbre con su irresistible omnipotencia

y, al mismo tiempo, Rupert Grant se acercó de un salto con su intolerable secreto.

—¡Ése es el culpable, agente! —gritó señalando al maltrecho teniente—. Es un hombre sospechoso. Él es el asesino.

—No ha habido ningún asesinato, caballero —dijo el policía con su mecánica urbanidad—. Ese pobre hombre sólo está lesionado. Lo único que puedo hacer es tomar las señas de los que han tomado parte en la riña y encargarse que no se les pierda de vista.

—No pierda usted de vista a ése —dijo Rupert, completamente lívido, señalando al enfurecido Keith.

—Está bien, caballero —repuso el agente sin emocionarse.

A continuación fue apuntando las señas de los individuos presentes. Cuando hubo terminado su tarea, la noche se había echado encima y la mayor parte de las personas que no estaban relacionadas con el suceso se habían marchado. Sin embargo, todavía continuaba allí un extraño, espiando con avidez el desarrollo del asunto: era Rupert Grant.

—Oiga usted, agente —dijo al fin—, tengo particularísimos motivos para hacerle una pregunta. ¿Podría usted decirme si ese militar que ha pegado a los otros con su bastón-estoque le ha dado o no sus señas?

—Sí, señor —contestó el agente, después de reflexionar un momento—. Sí, me ha dado sus señas.

—Yo me llamo Rupert Grant —dijo el otro con ostentación—. En más de una ocasión he ayudado a la policía. ¿Podría usted decirme, como un favor especial, qué señas le ha dado?

El guardia se le quedó mirando.

—Sí, si usted lo desea —respondió lentamente—. Sus señas son: «Los Olmos. Buxton Common. Alrededores de Purley, Surrey».

—Muchas gracias —dijo Rupert.

Y echó a correr hacía su casa en la noche con toda la rapidez que le permitían sus piernas, repitiéndose sin cesar las señas del teniente.

Por regla general Rupert Grant llegaba al desayuno con un retraso señoril. Yo no sé cómo se las arreglaba siempre para asumir la actitud de benjamín consentido. A la mañana siguiente, sin embargo, cuando bajamos Basil y yo, le encontramos ya dispuesto.

—Vamos a ver —le dijo bruscamente a su hermano sin esperar siquiera a que nos sentáramos a desayunar—, ¿qué piensas ahora de Drummond Keith?

—¿Que qué pienso de él? —dijo Basil lentamente—. No pienso absolutamente nada.

—Me alegro de saberlo —dijo Rupert, untando

de manteca su tostada con exaltada energía—. Ya sabía yo que acabarías por darme la razón, pero lo que me extraña es que no te dieras cuenta desde un principio. Ese hombre es, a todas luces, un embustero y un granuja.

—Me parece que no me he expresado con claridad —dijo Basil con la misma monotonía de antes—. Cuando he dicho que no pensaba nada de él, no daba a mis palabras sino un estricto sentido gramatical. Quería decir que no pensaba en él, que no ocupaba mis pensamientos. En cambio, tú pareces que no piensas en él, puesto que crees que es un granuja.

—A veces me parece que te gusta decir paradojas por puro capricho —dijo Rupert partiendo un huevo con innecesaria brusquedad—. ¿Qué sentido tienen tus tonterías? Nos encontramos en presencia de un hombre de dudoso origen, según nuestro unánime criterio. Es un vagabundo, un charlatán, un hombre que no oculta su familiaridad con las más negras y sangrientas escenas de la tierra. Nos tomamos la molestia de seguirle a una de sus misteriosas citas y le vemos entregarse con ese inverosímil agente de fincas a las mayores intrigas y a los mayores embustes que se hayan visto. Le seguimos a su casa y la misma noche le descubrimos en el fragor de una riña fatal o casi fatal, en la que es el único armado.

La verdad es que si eso es ser de una bondad resplandeciente, debo confesar que a mí no me deslumbra semejante resplandor.

Basil le escuchaba impertérrito.

—Reconozco que su bondad moral es de cierta índole, de una índole acaso singular y poco común. Es muy aficionado a la variación y a las más diversas experiencias, pero todos los alegatos que con tanto ingenio presentas en su contra, no son más que simples coincidencias o argumentos capciosos. Es cierto que no quiso hablar de los asuntos de su casa en nuestra presencia, pero nadie lo haría. Es cierto que llevaba un bastón-estoque; pero cualquiera podría llevarlo. Es cierto que intervino en una riña callejera, pero eso puede sucederle a cualquiera. En todo eso no hay, en realidad, nada sospechoso. Nada hay que confirme...

Según hablaba, llamaron a la puerta.

—Con su permiso, señor —dijo la patrona con aire alarmado—, ahí hay un policía que desea verle.

—Que pase —dijo Basil en el profundo silencio.

El robusto y bondadoso agente que apareció en la puerta se puso a hablar en cuanto entró.

—Creo que uno de ustedes —dijo concisamente pero con respeto— presenció lo que ocurrió ayer en Copper Street y me llamó la atención con mucho interés acerca de determinado individuo.

Rupert se incorporó en su silla con los ojos como diamantes, pero el agente prosiguió con calma, consultando un papel.

—Era un hombre joven con el pelo gris. Iba muy bien vestido, con un traje ligero de color gris que le habían desgarrado en la lucha. Dijo que se llamaba Drummond Keith.

—Eso tiene gracia —dijo Basil riéndose—. Precisamente estaba yo en este momento defendiendo a ese pobre oficial de acusaciones un tanto caprichosas. ¿Qué ocurre con él?

—Mire usted, caballero —dijo el agente—, yo tomé las señas de todos los individuos para que se les vigilara. La cosa no era tan grave para hacer otra cosa. Pues bien: todas las demás señas estaban bien dadas, pero ese señor Keith ha dado una dirección falsa. El lugar que indicó no existe.

La mesa del desayuno estuvo a punto de rodar cuando Rupert se puso en pie de un salto, dándose una palmada en los muslos.

—¡Magnífico! —exclamó—. Esto es un aviso del cielo.

—Verdaderamente es muy extraordinario —dijo Basil tranquilamente, enarcando las cejas—. Es extraño que el hombre haya dado una dirección falsa si se tiene en cuenta que era absolutamente inocente en...

—¡Vamos! ¡Tú sí que eres inocente! —exclamó Rupert, arrebatado—. No me extraña que no hayas podido ser juez. Te crees que todo el mundo es tan bueno como tú. ¿Es que no está ya la cosa bastante clara? Una amistad dudosa, una serie de historias rufianescas, una conversación de lo más sospechosa, una excursión por calles tortuosas, un puñal escondido, un hombre medio muerto, y por último, una dirección falsa: ¡a eso llamas tú una bondad resplandeciente!

—Es verdaderamente extraordinario —repitió Basil, poniéndose a pasear pensativamente por la estancia—. ¿Está usted seguro, agente, de que no hay ningún error? ¿Tomó usted bien las señas y la policía ha ido allí efectivamente y ha visto que era un engaño?

—La cosa era bien sencilla, caballero —dijo el agente sonriéndose—. El lugar que ese hombre indicó era un suburbio de Londres, y nuestros agentes han estado allí esta mañana antes de que se hubiera despertado ninguno de ustedes. En seguida han visto que no existe tal casa. En realidad, apenas hay alguna vivienda por allí. Aunque está tan cerca de Londres, aquello es un erial con cuatro o cinco árboles y sin rastro de cristiano. No lo dude, caballero, las señas son absolutamente falsas. Se ve que era un redomado granuja, porque escogió uno de esos sitios perdidos

de los que nadie sabe nada. De antemano nadie habría podido suponer que no existiera allí alguna casa perdida entre los matorrales, pero el hecho es que no existe.

Durante este sensato discurso el semblante de Basil se había ido oscureciendo sin cesar, como bajo el esfuerzo de una meditación desesperada. Por primera vez quizá desde que le conocía se veía acorralado, y, a decir verdad, a mí me maravillaba un tanto la pueril obstinación con que se aferraba a su primitivo juicio en favor del tan sospechoso teniente. Al fin exclamó:

—¿Han examinado ustedes bien el lugar? ¿No conocía nadie las señas en la comarca...? A propósito, ¿cuáles eran las señas?

El agente eligió una de sus notas y la consultó, pero antes de que pudiera hablar, Rupert Grant, que estaba apoyado contra la ventana en la perfecta actitud del detective triunfante, intervino con la aguda y meliflua voz que tanto le complacía emplear.

—Yo te lo diré, Basil —dijo benévola­mente al tiempo que deshojaba con indolencia una planta de la ventana—. Anoche tuve la precaución de pedir al agente las señas de ese hombre.

—¿Y cuáles eran? —preguntó su hermano malhumorado.

—El agente me rectificará si me equivoco —dijo

Rupert mirando dulcemente al techo—. Las señas eran: «Los Olmos. Buxton Common. Alrededores de Purley, Surrey».

—Eso es caballero —dijo el agente echándose a reír y guardando sus papeles.

Se hizo una pausa, y la mirada de los azules ojos de Basil se perdió unos instantes en el vacío. Después dejó caer la cabeza en el respaldo de la silla tan bruscamente que yo me sobresalté temiendo que se hubiera puesto enfermo. Pero antes de que pudiera hacer ningún movimiento, se separaron sus labios (no puedo emplear otra expresión) y un torrente de gigantescas carcajadas hendieron el aire y repercutieron en el techo, carcajadas que fueron seguidas de otras nuevas, multiplicadas, incontenibles, carcajadas a las cuales no había manera de poner término.

Transcurrieron dos largos minutos, y aquello no había terminado aún. Basil estaba malo de tanto reír, pero seguía en sus trece. Los demás, en cambio, estábamos medio muertos de terror.

—Perdonadme —dijo la insensata criatura poniéndose al fin en pie—. Lo siento en el alma. Esto es de una tremenda incorrección. Y al mismo tiempo estúpido. Y además poco práctico, porque no tenemos mucho tiempo que perder si queremos ir a ese sitio. El servicio ferroviario es una verdadera

calamidad, lo sé por experiencia. Sus deficiencias están en absoluta desproporción con la distancia, relativamente pequeña.

—¿A qué sitio vamos a ir? —pregunté yo perplejo.

—Ya no me acuerdo cómo se llama —dijo Basil despreocupadamente, metiéndose las manos en los bolsillos—. Algo así como Buxton, cerca de Purley. ¿Tiene alguien un horario?

—No dirás en serio —exclamó Rupert, que se había quedado con los ojos desencajados, presa de toda una suerte, de emociones—, ¿no dirás en serio que vas a ir a Buxton Common, no? ¡No es posible!

—¿Por qué no he de ir a Buxton Common? —dijo Basil sonriendo.

—¿Para qué vas a ir? —preguntó su hermano, asiéndose otra vez con crueldad a la planta de la ventana y mirando fijamente a Basil.

—Pues para ver a nuestro amigo, el teniente, desde luego —dijo Basil Grant—. Yo creía que querías encontrarle.

Rupert arrancó brutalmente una rama de la planta y la arrojó furioso contra el suelo.

—¡Y para encontrarle —dijo— no se te ocurre nada más genial que ir al único lugar de la tierra en donde no puede estar!

El policía y yo no pudimos contener una

carcajada de aprobación, y Rupert, que tenía también su elocuencia, se sintió animado para proseguir con enfáticos ademanes.

—Puede encontrarse en el palacio de Buckingham, puede estar sentado a horcajadas en la cruz de la iglesia de San Pablo, puede estar en la cárcel (que a mí me parece lo más probable), puede estar en mi despensa, puede estar metido en tu armario, pero entre todos los innumerables puntos del espacio, sólo hay uno en el que ha sido buscado sistemáticamente y en el que sabemos que no puede encontrarse... ¿Y precisamente a ese sitio, si no te entiendo mal, es donde tú quieres que vayamos?

—Exacto —dijo Basil con calma, poniéndose su amplio abrigo—. Yo creía que os interesaría acompañarme, pero si no queréis, podéis quedaros aquí hasta que vuelva.

Está dentro de la naturaleza humana seguir a las cosas que se nos escapan y estimarlas cuando realmente nos van a dejar. Todos, pues, seguimos a Basil, aunque no sabría decir por qué, salvo que era una sombra que se nos escapaba, que desaparecía positivamente con su enorme abrigo y su bastón. Rupert corrió tras él haciendo un considerable derroche de sensatez.

—Pero criatura —gritó—, ¿te parece verdaderamente sensato ir a ese ridículo paraje, en

donde no hay más que sendas perdidas y unos cuantos árboles contrahechos, simplemente porque ha sido el primer sitio que se le ocurrió a ese rufianesco teniente cuando se vio obligado a inventar unas señas fantásticas en un apuro?

—Pues claro —dijo Basil sacando el reloj—. Lo malo es que hemos perdido el tren.

Reflexionó un momento y añadió:

—Pensándolo bien, creo que lo mismo dará que vayamos un poco más tarde. Yo tengo que escribir algo y me parece que tú me habías dicho, Rupert, que pensabas ir a la Dulwich Gallery. He obrado con alguna precipitación. Lo más probable es que no estuviera en casa. Pero si vamos en el tren de las cinco y cuarto, que llega a Purley a eso de las seis, creo que llegaremos con el tiempo justo para pillarle.

—¿Para pillarle? —exclamó su hermano en el colmo de la ira—. ¡Ojalá nos fuera posible! ¿En dónde diablos le vamos a pillar ahora?

—Sigo sin acordarme del nombre de ese arrabal —dijo Basil mientras se abrochaba el abrigo—. Los Olmos... ¿Qué más? Buxton Common. Cerca de Purley. Ahí es donde podremos encontrarle.

—Pero ¡si no existe tal lugar! —bramó Rupert.

Sin embargo, siguió a su hermano escaleras abajo. Y yo le seguí también. Cogimos los sombreros y los bastones del perchero y le seguimos, sin que

supiéramos ni sepamos aún por qué. El caso es que siempre le seguíamos, fuera cual fuera el significado del hecho, fuera cual fuera la índole de su poder. Pero lo más extraño es que le seguíamos con tanta mayor sumisión cuanto más disparatado parecía lo que decía. En el fondo, creo que si se hubiera levantado de la mesa y hubiese dicho: «Me voy en busca del Cerdo sagrado de las diez colas», le habríamos seguido hasta el fin del mundo.

No sé si estos místicos sentimientos que Basil me inspiraba en la presente ocasión, se hallarían influidos por el tenebroso y tétrico colorido, por así decir, de la extraña excursión que hicimos aquella misma tarde. Ya empezaba a anochecer cuando salimos andando de Purley con dirección al Sur. Los suburbios y las casas de los límites de Londres serán a veces perfectamente vulgares y hasta confortables, pero cuando por rara casualidad están verdaderamente desiertos, resultan más desolados e inhóspitos para el espíritu humano que los páramos de Yorkshire o las montañas de las sierras, porque la brusquedad con que el viajero se hunde en su silencio, tiene algo de endemoniado y sobrenatural. Parece tropezarse entonces con uno de los míseros suburbios del cosmos, olvidados de Dios. Un paraje semejante era Buxton Common, en los alrededores de Purley.

Sin duda, el panorama presentaba de por sí una gris esterilidad, pero ésta resultaba prodigiosamente acrecentada por la gris esterilidad que nosotros atribuíamos a nuestra expedición. Las franjas de pardusca hierba parecían estériles, y estériles parecían los raros árboles que el viento azotaba; pero más estériles éramos nosotros, seres humanos. Éramos unos dementes en consonancia con el lunático paisaje, puesto que íbamos en busca de lo imposible. Éramos tres hombres atolondrados que, acaudillados por un loco, íbamos a buscar a un hombre que no estaba allí, en una casa que no existía. Un lívido ocaso parecía contemplarnos con una sonrisa enfermiza antes de extinguirse en el horizonte.

Basil caminaba delante con el cuello del abrigo subido, y su silueta semejaba en la penumbra un Napoleón grotesco. Atravesamos uno y otro cerro del aireado arrabal bajo una oscuridad creciente y en un silencio absoluto. De pronto Basil se detuvo y se volvió hacia nosotros con las manos en los bolsillos. A través de la oscuridad pude advertir en su rostro un amplio gesto de satisfacción.

—¡Bueno! —exclamó sacando de los bolsillos las enguantadas manos y dando una palmada—. Por fin hemos llegado.

El viento gemía tristemente por encima de la inhospitalaria maleza. Dos olmos desolados se

elevaban hacia el cielo sobre nosotros como nubes informes de color gris. En todo el lúgubre círculo del horizonte no se divisaba ningún vestigio de hombres o animales, y en medio de aquella desolación, Basil Grant se hallaba parado frotándose las manos junto a los olmos.

—¡Cómo gusta volver a la civilización! — exclamó—. Eso de que la civilización no tiene nada de poético es una falacia del hombre civilizado. No tiene uno más que esperar verse realmente perdido en plena Naturaleza entre los bosques endemoniados y las crueles flores. Entonces es cuando uno se da cuenta de que no hay ninguna estrella como la estrella roja que enciende el hombre en su hogar, ni río ninguno como el rojo río del hombre, ese buen vino rojo que usted, señor Rupert Grant, si no le conozco mal, estará degustando de aquí a dos o tres minutos en prodigiosas cantidades.

Rupert y yo cruzamos miradas de espanto. Mientras tanto, Basil prosiguió cordialmente mientras el viento azotaba los tétricos árboles:

—Ya veréis cómo nuestro huésped es un hombre mucho más sencillo en su propia casa. Yo lo vi al visitarle cuando vivía en la cabaña de Yarmouth, y después en el desván de un almacén de la ciudad. Podréis creer que es una bellísima persona. Pero la mayor de sus virtudes sigue siendo la que yo dije

desde el primer momento.

—¿Qué quiere usted decir? —pregunté al observar que su discurso derivaba en cierto modo hacia la cordura—. ¿Cuál es la mayor de sus virtudes?

—La mayor de sus virtudes —contestó Basil— es que siempre dice la estricta verdad.

—Bueno —exclamó Rupert pataleando de frío y de rabia y dándose manotazos como un cochero—, la verdad es que en este caso no parece haber dicho la estricta verdad... ni tú tampoco. ¿Se puede saber por qué diablos nos has traído a este desierto infernal?

—Confieso que ha sido demasiado veraz —dijo Basil recostándose contra el árbol—. Ha dicho la verdad con demasiada franqueza, con demasiada exactitud. Debería haberse permitido un poco más de imaginación, alguna sugestión novelesca. Pero venid. Ya es hora de que entremos. Vamos a llegar tarde para la cena.

Rupert me susurró al oído con el rostro lívido:

—¿Debe sufrir una alucinación, verdad? ¿Se imaginará realmente que ve una casa?

—Eso supongo —dije yo.

—¡Vamos, vamos, Basil, querido amigo! ¿Adonde quiere usted que vayamos?

—¡Anda! ¡Pues ahí arriba! —exclamó Basil, y de un salto y un balanceo se halló sobre nuestras

cabezas trepando por la columna grisácea del gigantesco árbol.

—¡Vamos, subid! —gritó desde la oscuridad con la voz de un colegial—. ¡Subid! Vais a llegar tarde a la cena.

Los dos corpulentos olmos crecían tan juntos que por ningún sitio les separaba más de un metro, y en algunos puntos ni siguiera un palmo. Debido a esto sus ramas y sus protuberancias formaban una serie de peldaños que casi constituían una tosca escalera natural. Parecía un capricho de la Naturaleza, un caso siamés de la vegetación.

Por qué lo hicimos, no podría decirlo. Tal vez, como ya he dicho, el misterio del erial y las tinieblas prestaba un influjo completamente místico a la supremacía de Basil. Pero el hecho es que no supimos más sino que había una escalera gigantesca que conducía a alguna parte, acaso a las estrellas, y que la voz victoriosa nos llamaba desde los cielos. Así, pues, trepamos detrás de él.

A mitad del camino una fría ráfaga de aire nocturno me azotó el rostro volviéndome de pronto a la razón. La fascinación del loco que trepaba sobre nosotros me abandonó de súbito, y entonces me aparecieron todas nuestras necias acciones con tanta claridad como si las viera impresas en un mapa. Ví tres hombres modernos vestidos de etiqueta que

habían comenzado por recelar, con cierta razón, de un sospechoso aventurero, y que habían terminado, sabe Dios cómo, por subirse al árbol desnudo de un desnudo erial, bien lejos de aquel aventurero y de todas sus hazañas, quien seguramente se estaría riendo de nosotros en aquel preciso instante en algún inmundo restaurante del Soho. Ya tenía sobrados motivos para reírse de nosotros, y no cabe duda de que se reiría con todas sus ganas, pero cuando pensé en cómo se reiría si estuviera viéndonos en la presente situación, estuve a punto de caerme del árbol.

—Swinburne —dijo de pronto Rupert encima de mí—, ¿qué es lo que estamos haciendo? Vamos a bajar.

Por el sonido de su voz comprendí que también él volvía a la realidad.

—No podemos abandonar al pobre Basil —dije—. ¿No puede usted llamarle o cogerle por una pierna?

—Está ya muy arriba —contestó Rupert—. Casi está en la copa de esta monstruosidad. Supongo que estará buscando al teniente Keith en los nidos de los cuervos.

En aquellos momentos también nosotros habíamos avanzado bastante en nuestra expedición vertical. Los corpulentos troncos comenzaban a

balancearse y a estremecerse ligeramente bajo el influjo del viento. De pronto miré hacia abajo y observé algo que me convenció de que nos hallábamos lejos del mundo en un sentido, y en tal medida, que resulta difícil describir. Observé que las líneas paralelas que formaban los dos altísimos olmos se estrechaban un poco en perspectiva hacia abajo. Yo estaba acostumbrado a observar este fenómeno mirando hacia el cielo, pero advertirlo al mirar hacia la tierra me hizo sentirme perdido en el espacio, como una estrella errante.

—¿No puede hacerse nada por detener a Basil?
—exclamé.

—No —contestó mi compañero de fatigas—. Está muy arriba. Estará llegando a la copa, y cuando no encuentre nada más que hojas y viento puede que vuelva en sus cabales. ¡Escuche usted! ¡Se le oye hablar solo!

—Quizá nos hable a nosotros —dije yo.

—No —dijo Rupert—, habría gritado. Hasta ahora nunca le había oído hablar solo. Temo que esta noche esté mal de verdad. Ésa es una señal inequívoca de desequilibrio mental.

—Sí —dije yo tristemente, prestando atención.

En efecto, la voz de Basil sonaba por encima de nuestras cabezas, y no por cierto con la entonación jovial y alborotadora con que nos había llamado

anteriormente. Hablaba sosegadamente y riéndose de vez en cuando, allá arriba, entre las hojas y las estrellas.

Después de un breve silencio, interrumpido tan sólo por aquel murmullo, Rupert Grant exclamó de repente, con voz violenta:

—¡Dios mío!

—¿Qué ocurre...? ¿Se ha hecho usted daño? — exclamé alarmado.

—No. Escuche a Basil —dijo el otro con voz muy extraña—. No está hablando solo.

—Entonces es que nos habla a nosotros — contesté.

—No —dijo Rupert simplemente—. Está hablando a alguna otra persona.

Una brusca ráfaga agitó a nuestro alrededor las ramas repletas de hojas, pero cuando el ruido se extinguió pude oír aún sobre nosotros el rumor de una conversación. Se oían dos voces.

De pronto llegó desde arriba la voz de Basil, que gritaba con el mismo tono alborozado de antes:

—¡Vamos, hombre! ¡Subid! Aquí está el teniente Keith.

Y un segundo después se oyó la voz de acento americano que habíamos oído en nuestras habitaciones más de una vez y que decía:

—Encantado de verles, señores. Hagan el favor

de entrar.

A través de un orificio abierto en una monstruosa cosa de forma ovalada y color oscuro que colgaba de las ramas como un nido de avispas, se veía asomar el pálido semblante y el bigote feroz del teniente, cuyos dientes relucían con aquel brillo meridional que le caracterizaba.

Atónitos y sin habla, Rupert y yo nos introdujimos pesadamente por la abertura y nos encontramos bajo el fulgor de una lámpara que iluminaba una minúscula habitación llena de almohadones, con una pared circular repleta de libros y una mesa redonda rodeada por un diván. A esta mesa estaban sentados tres hombres. Uno era Basil, que en cuanto había llegado había asumido una actitud de marmórea desenvoltura, como si hubiera vivido allí desde la infancia, y que saboreaba con deleite un magnífico cigarro. El segundo era el teniente Drummond Keith, que también parecía satisfecho, aunque al lado de su granítico visitante resultaba inquieto y febril. Y el tercero era el viejo agente de fincas que decía llamarse Montmorency. Las lanzas, el paraguas verde y la espada militar colgaban paralelas de la pared. El jarrón sellado de exótico vino se hallaba encima de la chimenea, y la enorme escopeta en un rincón. En el centro de la mesa había una botella grande de champaña, y ya estaban preparados nuestros vasos.

El viento de la noche rugía bajo nuestros pies como un océano al pie de un faro. La habitación se estremecía ligeramente como el camarote de un barco en mar tranquila.

Se llenaron los vasos, pero nosotros permanecemos aún deslumbrados. Al fin, Basil habló:

—Todavía pareces un poco incrédulo, Rupert. Sin embargo, no creo que pueda ponerse en duda la absoluta veracidad de nuestro calumniado huésped.

—No acabo de comprender —dijo Rupert parpadeando aún bajo los efectos de la repentina luz—. El teniente Keith dijo que vivía...

—No hay error posible, caballero —dijo Keith con una franca sonrisa—. El agente me preguntó dónde vivía, y yo le dije, con toda exactitud, que vivía en los olmos de Buxton Common, cerca de Purley. Es la verdad. Este caballero, señor Montmorency, al que creo que ya conoce usted, es un agente que proporciona casas de esta naturaleza. Está especializado en la construcción de fincas arbóreas. Por el momento no tiene mucho trabajo, porque la gente no acepta este tipo de casas, no quiere que se hagan demasiado populares. Pero un hombre como yo, que anda recorriendo todos los rincones extraños de Londres, no tenía más remedio que tropezar con esto.

—¿De verdad es usted constructor de fincas

arbóreas? —preguntó Rupert con interés, familiarizándose de nuevo con la novelesca realidad.

En su azoramiento, el señor Montmorency se metió los dedos en un bolsillo y extrajo con nerviosidad una pequeña serpiente que comenzó a arrastrarse por encima de la mesa.

—Pues... sí, señor —repuso—. El hecho es... que mi familia tenía mucho interés en que me hiciera agente de fincas, pero yo no me he interesado nunca nada más que por la historia natural, la botánica y cosas por el estilo. Hace algunos años murieron mis padres y... naturalmente, he querido respetar sus deseos. Entonces se me ocurrió pensar que si ponía una agencia de fincas arbóreas podía ser una cosa intermedia entre botánico y constructor.

Rupert no pudo por menos que reírse.

—¿Tiene usted muchos clientes? —preguntó.

—No muchos —contestó el señor Montmorency, volviéndose a mirar a Keith, que debía de ser (estoy seguro) su único cliente—, pero los que tengo... son muy distinguidos.

—Mis queridos amigos —dijo Basil echando una bocanada de humo—, no olviden nunca dos hechos esenciales. El primero es que así como cuando se hacen conjeturas acerca de un hombre cuerdo, la cosa más cuerda es la probable, cuando se hacen conjeturas sobre un hombre que, como nuestro

huésped, no está en su juicio, la cosa más probable es la más disparatada. El segundo es que no hay que olvidar nunca que la verdad literal parece siempre fantástica. Si Keith hubiera adquirido una casita de ladrillo en Clapham, sin otra cosa que una verja en la fachada y hubiera escrito encima «Los Olmos», no habríais encontrado en ello nada de fantástico. Pero por el mero hecho de que se trataba de una palmaria, de una tremenda mentira, os lo habríais creído.

—Apuren sus copas, señores —dijo Keith, echándose a reír—, porque este maldito viento va a tirarlas.

Bebimos, y al mismo tiempo que lo hacíamos, aun cuando la casa colgante, merced a un ingenioso mecanismo sólo oscilaba levemente, comprendimos que la gigantesca copa de olmo se balanceaba en el cielo como una espiga acariciada por la brisa.

LA PINTORESCA CONDUCTA DEL PROFESOR CHADD

Basil Grant tenía relativamente pocos amigos aparte de mí. Sin embargo, era el reverso del hombre insociable. Se ponía a hablar con cualquiera en cualquier sitio, y no sólo bien, sino que lo hacía con sincero interés y entusiasmo por los asuntos de esa persona. Marchaba a través del mundo, por decirlo así, como si siempre se hallara en la imperial de un ómnibus o en espera de algún tren. La mayor parte de estas amistades casuales se desvanecían, claro está, como habían llegado, pero aquí y allá quedaban unas cuantas ancladas a él, por así decir, y se convertían en amistades íntimas y duraderas. No obstante, todas ellas ofrecían cierto aspecto fortuito, como si fueran cosas llovidas del cielo, ejemplares cogidos al azar, artículos desprendidos de un tren de mercancías o sorpresas halladas en un roscón. Uno era, pongamos por caso, un veterinario con todo el aspecto de tratante de caballos; otro, un melifluo canónigo de barba blanca y difusas opiniones; otro, un joven capitán de Lanceros exactamente parecido a otro capitán de Lanceros; otro, un pequeño dentista de Fulham, que en nada se distinguía de cualquier otro dentista de Fulham. El comandante Brown, pequeño,

seco y presuntuoso, formaba parte de estas amistades. Basil le había conocido con motivo de una discusión que sostuvieron en el guardarropa de un hotel a propósito del sombrero más adecuado, discusión que estuvo a punto de producir al pequeño comandante un ataque de histeria masculina, resultado de la mezcla de egoísmo de un solterón con la melindrería de una solterona. Después se habían ido a su casa en el mismo coche y a partir de entonces cenaron juntos dos veces por semana hasta el término de sus días. También yo era otro de esos amigos suyos. Había conocido a Grant cuando ejercía aún la judicatura, en la terraza del Casino Liberal, en donde crucé con él unas cuantas palabras acerca del tiempo. Después estuvimos hablando media hora de cuestiones políticas y religiosas, pues los hombres hablan siempre de las cosas más importantes con las personas que les son totalmente desconocidas. Se debe esto a que en los extraños descubrimos al hombre en sí, o a que la imagen de Dios no se nos aparece encubierta por la familiaridad del parentesco o por las dudas que inspire la sabiduría de un bigote.

Una de las más interesantes, de las más abigarradas amistades de Basil era el profesor Chadd. Éste era considerado en el mundo etnológico (que es un mundo interesantísimo aunque muy distanciado del nuestro) como la segunda autoridad,

si no la mayor, en lo referente al problema de las relaciones del lenguaje con el salvajismo. En la vecindad de Hart Street (Bloomsbury) era conocido como un hombre calvo y barbudo, con anteojos y cara de paciencia, la cara de un inconformista inverosímil que hubiera olvidado cómo encolerizarse. Iba y venía entre el British Museum y una selección de intachables salones de té con un paquete de libros y un pobre pero honrado paraguas, y hasta se decía (por los funcionarios ingeniosos de la sala de manuscritos persas) que se acostaba con ellos en su casita de ladrillo, situada en las inmediaciones de Shepherd's Bush. Allí vivía con tres hermanas, señoras de una bondad a toda prueba, pero de siniestro continente. Su vida transcurría feliz, como la de casi todos los investigadores metódicos, pero no podría decirse que fuera divertida. El único momento en que el profesor Chadd se divertía era cuando su amigo Basil Grant llegaba a la casa, bien avanzada la noche, con el huracán de su conversación.

Aunque rayaba en los sesenta, Basil tenía momentos de turbulenta puerilidad, momentos que por una u otra razón parecían sorprenderle, sobre todo, en casa de su estudioso y casi oscuro amigo. Recuerdo vivamente (pues yo conocía a los dos y muchas veces cenaba con ellos) la noche en que le

sobrevino al profesor la más extraña de las calamidades. El profesor Chadd era, como la mayoría de los hombre de su naturaleza (esto es, los que pertenecen a la vez a la clase académica y a la clase media), un radical de tipo solemne y anticuado. Grant era también radical, pero era de esos radicales más característicos y no poco comunes que se pasan la vida combatiendo al partido radical. El profesor Chadd acababa precisamente de publicar en una revista un artículo titulado: «Los intereses de los zulúes y la nueva frontera de Makango», en el cual, además de hacer un riguroso estudio científico de las costumbres del pueblo de T'Chaka, protestaba de forma vehemente contra determinadas injerencias de los ingleses y los alemanes en dichas costumbres. El profesor estaba sentado con la revista delante, las lentes centelleantes bajo la luz y una arruga en la frente, no de cólera, sino de perplejidad, en tanto que Basil Grant se paseaba de un lado a otro haciendo estremecer la estancia con su voz, jovialidad y su sólido paso.

—Lo que inspira mis objeciones no son sus opiniones, mi estimado Chadd —decía—, sino usted. Usted hace muy bien en defender a los zulúes, pero, a pesar de todo, no simpatiza con ellos. No cabe duda de que usted conoce la manera que tienen los zulúes de guisar los tomates y la oración que rezan antes de

abrirle la cabeza a uno; pero, a pesar de todo, no los comprende tan bien como yo, que no distingo un cocodrilo de un caimán. Usted está más instruido, Chadd, pero yo soy más zulú. ¿Por qué será que los pintorescos salvajes de la tierra son defendidos siempre por gentes que constituyen su antítesis? ¿Por qué? Usted es un hombre sagaz, usted es un hombre benévolo, usted es un hombre enterado; pero, amigo Chadd, no es usted un salvaje. No viva usted más tiempo bajo esa ilusión. Mírese al espejo. Pregunte a sus hermanas. Consulte al bibliotecario del British Museum. Contemple este paraguas —y Basil alzó en el aire el triste aunque respetable objeto—. Contémplo. Durante diez mortales años le he visto yo con este objeto bajo el brazo y no me cabe la menor duda de que ya lo llevaba usted a la edad de ocho meses. Sin embargo, nunca se le ha ocurrido lanzar un alarido salvaje y dispararlo como una jabalina... así...

Y Basil arrojó por el aire el paraguas, que pasó rozando la calva del profesor y cayó con estrépito sobre un montón de libros, haciendo tambalearse un jarrón. El profesor Chadd no dio muestras de la menor emoción y continuó con la cara vuelta hacia la luz y con la frente arrugada.

—Sus procesos mentales —contestó— van siempre un poco de prisa y son formulados sin

método. No existe ninguna inconsecuencia —y sería imposible describir el tiempo que tardó en terminar la palabra— entre reconocer el derecho de los aborígenes a mantenerse en la fase actual de su desarrollo evolutivo, en tanto que así lo consideren necesario y oportuno; no existe, repito, inconsecuencia alguna entre la concesión que acabo de formular y el criterio de que la fase evolutiva en cuestión puede considerarse, en la medida en que nos es posible establecer una escala de valores en la diversidad de los procesos cósmicos, como una fase evolutiva en cierto modo inferior.

Mientras hablaba, no se habían movido nada más que sus labios, y sus anteojos seguían resplandeciendo como dos pálidas lunas.

Grant le contemplaba estremeciéndose de risa.

—Cierto —replicó—; no hay ninguna inconsecuencia, hijo mío de la roja lanza. Pero sí existe entre ambas cosas una gran incompatibilidad de temperamento. Yo disto mucho de creer que el zulú se encuentre en una fase evolutiva inferior, sea lo que sea lo que se entienda por eso. No creo que haya nada de estúpido o de ignorante en aullar a la luna o en asustarse de los demonios en la oscuridad. A mí me parece perfectamente filosófico. ¿Por qué ha de considerarse como un idiota a un hombre que siente el misterio y el peligro de la existencia?

Suponga usted, mi querido Chadd, suponga que fuéramos nosotros los idiotas porque no nos asustamos de los demonios en la oscuridad...

El profesor Chadd abrió una página de la revista con un cortapapeles de hueso, poniendo en el acto la intensa veneración del bibliófilo.

—No cabe duda —dijo— que es una hipótesis defendible. Me refiero a la hipótesis que veo que sostiene usted de que nuestra civilización no constituye o puede no constituir un avance, e incluso, si no le entiendo mal, puede constituir un retroceso de estados idénticos o análogos al de los zulúes. Por otra parte, me inclino a conceder que semejante proposición tiene el carácter, al menos hasta cierto punto, de una proposición primaria, y no puede ser razonada adecuadamente, de la misma manera, entiendo yo, que no puede razonarse adecuadamente la proposición primaria del pesimismo o la de la inexistencia de la materia. Pero no concibo que pueda usted imaginarse que ha demostrado acerca de esta proposición otra cosa sino que es defendible, lo cual, después de todo, equivale a poco más que asegurar que no se trata de una contradicción en los términos.

Basil le tiró un libro a la cabeza y sacó un cigarro.

—No me comprende usted —dijo—; pero, por

otra parte y a modo de compensación, no le importaría a usted que se fume. Por qué no se opone usted a este rito desagradablemente bárbaro, es algo que no acierto a explicar. Por mi parte, lo que puedo decir es que comencé a ejercitarlo cuando empecé a ser zulú, hacia la edad de diez años. Lo que yo sostenía es que aunque usted supiera más sobre los zulúes en el sentido de que es usted un sabio, yo sé más que usted sobre ellos en el sentido de que soy un salvaje. Por ejemplo, esa tontería suya sobre el origen del lenguaje, según la cual procede del secreto lenguaje formulado por alguna criatura individual. Aunque me dejara usted sorprendido con los hechos y la erudición que alegó en su favor, no acaba, sin embargo, de convencerme, porque tengo la impresión de que no es así como ocurren esas cosas. Si me pregunta usted por qué pienso así, sólo puedo contestarle que porque soy un zulú, y si me pregunta usted (como así lo espero) cuál es mi definición de zulú, también le puedo contestar: es un tipo que ha trepado a los manzanos de Sussex a los siete años y que ha tenido miedo de los fantasmas en una callejuela de Inglaterra.

—Sus procesos ideativos... —Comenzó el incommovible Chadd, pero su discurso fue interrumpido bruscamente.

Una de sus hermanas, con esa masculinidad que

en tales familias se concentra siempre en las mujeres, abrió de par en par la puerta con el brazo rígido y exclamó:

—James, el señor Bingham, del British Museum, desea verte otra vez.

El filósofo se levantó con una expresión aturdida, que en estos hombres revela siempre el hecho de que consideran la filosofía como una cosa familiar, pero la vida práctica como una visión enervante y fantástica, y salió de la estancia con paso torpe.

—Espero que no le importará a usted que lo sepa, señorita Chadd —dijo Basil Grant—, pero he oído decir que el British Museum ha reconocido a uno de los hombres que merecen la estima de la comunidad. ¿Es cierto que el profesor Chadd va a ser nombrado archivero de los manuscritos asiáticos?

El huraño semblante de la solterona reflejó una inmensa satisfacción, a la vez que inquietud.

—Me parece que sí —contestó—. Si llega a confirmarse, no sólo constituirá un gran honor, cosa que las mujeres, puede usted creerlo, estimamos grandemente, sino también un gran alivio, cosa que aún se agradece más, pues nos veremos libres de muchísimas preocupaciones. La salud de James ha dejado siempre que desear, y como somos pobres, ha tenido que recurrir al periodismo y a la enseñanza, sin abandonar por ello sus tremendos estudios y

descubrimientos, que son para él lo más querido que hay en el mundo. Muchas veces me ha asaltado el temor de que si sobrevenía algo de esta naturaleza tendríamos que preocuparnos en serio de su equilibrio mental, pero creo que la cosa está prácticamente resuelta.

—Me alegro mucho —dijo Basil, aunque su semblante denotaba cierta inquietud—, pero estas negociaciones burocráticas son tan terriblemente azarosas que no le aconsejo a usted que se haga grandes ilusiones para evitarse la amargura de un desengaño. Yo he conocido hombres, tan buenos como su hermano, que han llegado mucho más cerca que él y luego se han visto defraudados. Claro que si es un hecho...

—Si es un hecho —dijo la mujer con orgullo—, querrá decir que unas personas que no han vivido nunca podrán intentar vivir.

Aún no había terminado de hablar, cuando volvió a entrar en la estancia el profesor con la misma expresión de aturdimiento que al salir.

—¿Es cierto? —preguntó Basil con los ojos ardientes.

—Ni mucho menos —contestó Chadd tras un momento de desconcierto—. Su argumentación era falsa en tres puntos.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Grant.

—Está claro —dijo el profesor lentamente—; al decir que usted poseía un conocimiento de la esencia de la vida zulú distinto de...

—¡Oh! ¡Al diablo la vida zulú! —exclamó Grant soltando una carcajada—. Quiero decir que si le han dado el cargo.

—¿Se refiere usted al careo de archivero de los manuscritos asiáticos? —dijo Chadd abriendo los ojos con asombro pueril—. ¡Ah! Sí, me lo han dado. Pero la verdadera objeción a sus argumentos, que no se me ha ocurrido, lo confieso, hasta que salí de la habitación, es que no sólo presuponen la existencia de una verdad zulú independiente de los hechos, sino que implican que el descubrimiento de esa verdad se halla imposibilitado totalmente por ellos.

—Me ha apabullado usted —dijo Basil, sentándose entre carcajadas, mientras la hermana del profesor se retiraba a sus habitaciones, no sé si para reírse también o no.

Era muy tarde cuando salimos de casa de los Chadd, y hay una caminata sumamente larga y fatigosa desde Shepherd's Bush hasta Lambeth. Sirva esto de excusa al hecho de que Basil y yo (pues yo pasé la noche en su casa) bajáramos a desayunar al día siguiente a una hora verdaderamente intolerable, en realidad, muy cerca del mediodía. A pesar de lo avanzado de la hora, nos sentamos a la mesa

haciéndonos los remolones. Grant, sobre todo, parecía tan soñoliento que apenas reparó en el montón de cartas que tenía junto al plato, y dudo que hubiera abierto alguna si encima de ellas no se hubiese encontrado el único objeto entre la incuria moderna que ha logrado imponerse como algo verdaderamente urgente y coercitivo: un telegrama. Basil lo abrió con la misma distracción indolente con que rompía su huevo y absorbía su té. Cuando lo hubo leído no se le estremeció un cabello ni dijo una palabra, pero algo que no puedo precisar me dijo que los nervios del aquel imprevisible personaje se habían disparado. Aun cuando no dijo nada ni se conmovió, comprendí que instantáneamente había vuelto a la realidad, como si recibiera encima un jarro de agua fría. Por tanto, apenas me sorprendí cuando se incorporó y se desplomó sucesivamente en la silla, arrojó luego ésta lejos de sí de un puntapié como si fuera un perro sarnoso y se plantó a mi lado en dos zancadas.

—¿Qué le parece esto? —dijo, pasándome el telegrama.

—Este decía: «Venga enseguida. Estado mental de James peligroso. Chadd».

—¿Qué querrá decir la mujer? —Dije con irritación, después de reflexionar un momento—. Esas mujeres vienen diciendo que el pobre profesor

está loco casi desde que nació.

—Está usted en un error —dijo Grant sosegadamente—. Es cierto que las mujeres sensatas tienen por locos a los hombres estudiosos. Bien miradas las cosas, es cierto que todas las mujeres, de cualquier clase que sean, tienen por locos a todo género de hombres. Pero no lo dicen en telegramas, del mismo modo que no le telegrafían a uno diciendo que la hierba es verde o que Dios es misericordioso. Estas cosas son perogrulladas, y la mayor parte de las veces asuntos privados. Si la señorita Chadd ha escrito bajo la mirada de una mujer extraña en una oficina de telégrafos que su hermano ha perdido la cabeza, puede usted asegurar que lo ha hecho porque se trataba de una cuestión de vida o muerte, y no se le ocurre otra manera de obligarnos a ir a su casa con rapidez.

—No cabe duda que nos obliga —dije yo sonriendo.

—Por supuesto —contestó Basil—. Aquí cerca hay una parada de coches.

Basil apenas dijo una palabra mientras el carruaje nos conducía por el puente de Westminster, a través de Trafalgar Square, a lo largo de Piccadilly y por la avenida de Uxbridge. Hasta que no estuvimos ante la puerta del profesor Chadd no abrió la boca.

—Me parece que puedo darle mi palabra, amigo

mío —dijo—, de que nos hallamos ante uno de los casos más extraños, más pasmosos y más complicados que han acaecido jamás en Londres, ni a decir verdad en ninguna civilización elevada.

—Con todo respeto y condolencia, debo confesar que no pienso lo mismo —dije yo—. ¿Es tan extraordinario y complicado que un viejo sonámbulo que ha andado siempre rondando los límites de lo inconcebible se haya vuelto loco de la emoción producida por una gran alegría? ¿Es tan extraordinario que un hombre que tiene un rábano por cabeza y una telaraña por alma no tenga suficientes energías para resistir un inesperado cambio de fortuna? ¿Es, en fin, tan extraordinario que James Chadd haya perdido el juicio por la emoción?

—No sería nada extraordinario —contestó Basil con tranquilidad—, no sería nada extraordinario, repito, si el profesor se hubiera vuelto loco. No es ésa la extraordinaria circunstancia a la que yo me refería.

—¡Cómo! —exclamé dando una patada en el suelo—. ¿Pues cuál es esa circunstancia extraordinaria?

—Esa extraordinaria circunstancia —dijo Basil llamando al timbre— es que no se ha vuelto loco de la emoción.

La alta y elevada figura de la mayor de las

hermanas del profesor obstruyó la entrada al abrirse la puerta. Las otras dos hermanas parecían obstruir, asimismo, el estrecho pasillo y el reducido recibidor. Todo daba a entender que pretendían ocultar algo a la vista. Parecían tres damas enlutadas de algún extraño drama de Maeterlinck que ocultaran la catástrofe al auditorio, al estilo del coro griego.

—Siéntense, hagan el favor —dijo una de ellas con la voz algo tensa por el dolor—. Creo que será conveniente que se enteren primero de lo que ha pasado.

Después, con un frío semblante vuelto incomprensiblemente hacia la ventana, prosiguió con voz mecánica e inalterable:

—Será mejor que lo cuente todo tal y como ha sucedido. Esta mañana estaba yo retirando las cosas del desayuno. Mis hermanas se encontraban algo indispuestas y no se habían levantado aún. Mi hermano acababa de salir de su cuarto, creo yo, en busca de un libro. Sin embargo, volvió poco después sin él, y se quedó un instante contemplando fijamente la apagada chimenea. Entonces le dije: «¿Buscas algo que yo te pueda traer?». No me contestó, cosa que ocurre constantemente porque siempre está muy abstraído. Le repetí la pregunta y siguió sin contestarme. A veces está tan absorto en sus meditaciones que hay que tocarle el hombro para que

se dé cuenta de que le hablan, por lo cual di la vuelta a la mesa para acercarme a él. Les aseguro que no se cómo describir la sensación que entonces experimenté. Parece simplemente estúpido, pero era para perder la cabeza. El hecho es que James se sostenía sobre una sola pierna.

Grant sonrió lentamente y se frotó las manos con cierta fruición.

—¿Sobre una sola pierna? —repitió.

—Sí —contestó la mujer, sin una inflexión que revelara que sentía todo lo que su afirmación tenía de fantástico—. Se sostenía sobre la pierna izquierda y tenía levantada la derecha en ángulo agudo, con la punta del pie dirigida al suelo. Yo le pregunté si le dolía la pierna, pero por toda respuesta la estiró hasta formar un ángulo recto con la otra, como si señalase a la pared con el pie. A todo esto no dejaba de mirar atentamente a la chimenea. Entonces, verdaderamente asustada, exclamé: «¿James, qué te pasa?». Mi hermano dio tres patadas en el aire con la pierna derecha, alzó luego la otra, dio otras tres patadas con ella y giró después en redondo como una peonza. «¿Estás loco? —exclamé—. ¿Por qué no me contestas?». Ahora se había plantado al natural y me miraba como lo hace siempre, con las cejas enarcadas y los ojos muy abiertos detrás de los anteojos. Cuando terminé de hablar, se quedó unos

instantes inmóvil, y después, por toda respuesta, levantó poco a poco el pie izquierdo y se puso a describir varios círculos en el aire. Yo me precipité a la puerta y llamé a voces a mi hermana Christine. No quiero extenderme sobre las terribles horas que se sucedieron. Tanto mis hermanas como yo le imploramos que nos contestara con súplicas que habrían resucitado a un muerto, pero él no ha hecho más que saltar, danzar y patalear en un silencio absoluto y solemne. Parece como si las piernas no le pertenecieran o las tuviera endemoniadas. Hasta el presente no nos ha hablado una palabra.

—¿Dónde está ahora? —Dije yo levantándome con alguna agitación—. No debemos dejarle solo.

—El doctor Colman está con él —dijo tranquilamente la señorita Chadd—. Están los dos en el jardín. El doctor Colman dice que el aire le sentará bien, y no está en condiciones de salir a la calle.

Basil y yo nos acercamos rápidamente a la ventana que daba al jardín. Era un jardincito suburbano de aspecto cuidado. Los macizos de flores resultaban quizá demasiado primorosos, como si estuvieran bordados en un tapiz de colores. Pero en aquel espléndido día de verano hasta aquellas flores tenían la exuberancia de algo natural, casi diría de algo tropical. En el centro de una reluciente y verde

pradera, desgraciadamente de una forma circular perfecta, se encontraban de pie dos figuras: una era un hombrecillo de aire vivaracho, con negras patillas y un sombrero muy reluciente (supongo que el doctor Colman), el cual hablaba con todo sosiego y claridad, pero sin que dejara por ello de advertirse en su semblante una contracción nerviosa; la otra era nuestro viejo amigo, que escuchaba con su eterna expresión indulgente y con los ojos de lechuza, en tanto que los fuertes rayos del sol arrancaban destellos de sus anteojos, como lo había hecho la luz de la lámpara la noche anterior, cuando el bullicioso Basil se había burlado de su rigor científico. De no ser por un solo detalle, la figura de ahora habría sido idéntica a la de la noche precedente, y este único detalle era que mientras su cabeza escuchaba con sosiego, sus piernas se agitaban tan laboriosamente como las de una marioneta. Las primorosas flores y el resplandor del jardín bajo el sol acrecentaban hasta lo inverosímil el prodigio, aquel prodigio de una cabeza de ermitaño sobre unas piernas de arlequín, pues los milagros deberían acaecer siempre a la luz del día: la noche los hace creíbles, y por lo tanto vulgares.

Mientras tanto había entrado en la habitación la segunda hermana, que se acercó con cierto pavor a la ventana.

—¿No sabes, Adelaide —dijo—, que el señor Bingham, el representante del British Museum, va a volver a las tres?

—Ya lo se —contestó con amargura Adelaide Chadd—. Me parece que tendremos que explicarle todo esto. Ya sabía yo que la suerte no nos sonreiría tan fácilmente.

Grant se volvió bruscamente.

—¿Qué dice usted? —exclamó—. ¿Qué es lo que va a explicar al señor Bingham?

—Bien sabe usted lo que hay que decirle —contestó la hermana del profesor con altanería—. No creo que sea necesario llamarlo por su desdichado nombre. ¿Cree usted que van a consentir que el archivero de los manuscritos asiáticos desempeñe sus funciones en ese estado?

Y señaló un instante a la figura del jardín, al rostro atento y reluciente y a los pies desazonados.

Basil Grant sacó el reloj con un movimiento brusco.

—¿Cuándo dijo usted que iba a venir el hombre del British Museum? —preguntó.

—A las tres —respondió concisamente la señorita Chadd.

—En ese caso tengo una hora por delante —dijo Basil.

Y sin proferir otra palabra, abrió la ventana y

saltó al jardín. No se dirigió directamente al doctor y al lunático, sino que bordeó el sendero y se fue acercando a ellos con disimulada cautela. Cuando se encontró a dos pasos de distancia, se detuvo y fingió ponerse a contar unas monedas que sacó del bolsillo del pantalón, pero pude observar que miraba constantemente hacia arriba bajo las anchas alas de su sombrero.

De pronto le dio al profesor Chadd en el codo y su voz fuerte y familiar le dijo:

—¿Qué, amigo mío? ¿Todavía cree usted que los zulúes son inferiores a nosotros?

El doctor enarcó las cejas y se mostró preocupado, como si fuera a decir algo. El profesor volvió su calva y plácida cabeza hacia Grant con gesto amistoso, pero no contestó una palabra, limitándose a agitar en el aire la pierna izquierda.

—¿Ha convertido usted a sus opiniones al doctor Colman? —agregó Basil con el mismo tono de cordura.

Chadd no hizo más que restregar un pie en el suelo y dar varias patadas con la otra pierna, sin abandonar su expresión benévola e inquisitiva. El doctor intervino de repente.

—¿Vamos dentro, profesor? —dijo—. Ya me ha enseñado usted el jardín. Es muy hermoso. Es hermosísimo. Vamos dentro.

Y diciendo esto trató de arrastrar por el codo al saltarín etnólogo, a la vez que le decía a Grant en voz baja:

—Le ruego que no le inquiete con preguntas. Es peligrosísimo. Hay que calmarle.

En el mismo tono, pero con frialdad, Basil le contestó:

—Indudablemente, doctor, sus indicaciones deben ser respetadas. Yo me esforzaré por seguirlas, pero creo que no faltaré a ellas si me deja usted sólo una hora con mi pobre amigo en el jardín. Deseo vigilarle. Le aseguro, doctor Colman, que he de hablarle muy poco, y que lo poco que le diga será tan calmante como... un bálsamo.

El doctor se limpió los anteojos con aire pensativo.

—Es algo peligroso para él —contestó— permanecer mucho tiempo sin sombrero bajo este fuerte sol, estando tan calvo como está.

—Eso se arregla en seguida —dijo Basil sin inmutarse, quitándose su enorme sombrero y plantándose al profesor en su cráneo de huevo.

Sin darse por enterado, el etnólogo se alejó bailando un poco con los ojos fijos en el horizonte. El doctor se volvió a poner los anteojos, miró a los dos unos instantes con severidad, ladeando la cabeza como un pájaro, y diciendo secamente: «¡Está bien!»,

se alejó hacia la casa, en donde se hallaban las tres señoritas Chadd mirando al jardín por la ventana del recibidor. Durante una hora permanecieron allí sin moverse, y en ese tiempo tuvieron que presenciar un espectáculo mucho más extraordinario que la locura misma.

Basil Grant dirigió unas cuantas preguntas al loco sin lograr que le contestara de otro modo que haciendo piruetas, pero después sacó del bolsillo un cuaderno de color rojo y un largo lapicero de otro, y se puso a garrapatear apuntes a toda prisa.

Cuando el lunático se alejaba dando saltos, Basil corría unos cuantos metros en su persecución y luego se paraba y se ponía a tomar notas de nuevo. Así estuvieron persiguiéndose alrededor del círculo de hierba, el uno manejando el lápiz con la expresión de un hombre que estudia un problema, y el otro saltando y jugueteando como un chiquillo.

Al cabo de tres cuartos de hora de tan imbécil escena, Grant se guardó el lápiz, pero se quedó con el cuaderno abierto en la mano y se plantó delante de él.

Entonces sucedió algo que ni siquiera los que nos habíamos habituado ya a las fantásticas escenas de aquella mañana podíamos imaginar ni sospechar. Al ver a Basil delante, el profesor se le quedó mirando unos instantes con benevolencia, y después alzó la

pierna izquierda y la dejó colgar en la actitud, que según nos había dicho su hermana, fue la primera de todas sus cabriolas. Pero no bien había hecho esto, Basil Grant levantó también la pierna izquierda y la mantuvo rígida ante sí, presentando a Chadd la suela de su zapato. El profesor dejó caer la pierna izquierda, apoyó en ella todo el peso de su cuerpo y disparó la otra hacia atrás, como si estuviera nadando.

Basil cruzó entonces las suyas, y volviendo a separarlas después, dio un salto en el aire. Acto seguido, antes de que ninguno de los espectadores pudiera decir una palabra ni formular un pensamiento sobre el caso, ambos hombres se pusieron a bailar una especie de jiga o danza marinera uno frente a otro. Y el sol que antes había iluminado a un loco, a partir de este momento iluminó a dos.

Tan ciegos y ensordecidos se hallaban bajo el influjo de su monomanía que no vieron a la mayor de las hermanas Chadd salir nerviosamente al jardín con gesto de súplica, seguida de un caballero. El profesor Chadd se encontraba en la más fantástica de sus posturas, y Basil Grant parecía en disposición de hacer girar una cuerda, cuando se quedaron helados en sus respectivas actitudes al oír la acerada voz de Adelaide Chadd que decía:

—El señor Bingham, del British Museum.

El señor Bingham era un hombre delgado y bien vestido, con una puntiaguda barba gris ligeramente afeminada y modales formalistas, pero agradables. Era el prototipo del pedante supercivilizado. Su ceremoniosidad afable le sirvió bastante en las presentes circunstancias. El hombre tenía una vasta experiencia en los libros y un no menor conocimiento del diletantismo de los salones elegantes, pero ninguna rama de la ciencia humana le había habituado al espectáculo de dos señores de edad madura y cabeza canosa, vestidos a la moderna, que saltaban como acróbatas a la hora de la siesta.

El profesor continuó con sus cabriolas sin inmutarse en lo más mínimo, pero Grant se detuvo bruscamente. El doctor había vuelto a aparecer en escena y sus relucientes ojos negros danzaban con inquietud de uno a otro, bajo su brillante sombrero.

—Doctor Colman —dijo Basil volviéndose hacia él—, ¿quiere usted entretener otro rato al profesor Chadd? Estoy seguro de que le necesita... Señor Bingham ¿podría tener el gusto de hablar con usted unos momentos en privado? Me llamo Grant.

El señor Bingham, del British Museum, se inclinó respetuosamente, aunque sin poder disimular cierto desconcierto.

—La señorita Chadd me disculpará —agregó Basil con desenvoltura— que le enseñe a usted el

camino.

Y diciendo esto condujo rápidamente al aturdido bibliotecario por la puerta trasera hasta el recibidor.

—Señor Bingham —dijo Basil acercándole una silla—. Supongo que la señorita Chadd le habrá puesto al corriente del desdichado suceso.

—En efecto, señor Grant —dijo Bingham mirando a la mesa con cierto nerviosismo de conmiseración—. No podría expresar cuánto me aflige esta horrenda calamidad. Es verdaderamente desolador que la cosa haya ocurrido en el preciso momento en que habíamos decidido otorgar a su eminente amigo un cargo que está muy por debajo de sus méritos. Claro está que ahora... la verdad, ya no se lo que debo decir. Es posible, por supuesto, y sinceramente lo deseo, que el profesor Chadd conserve su valiosa y extraordinaria inteligencia, pero me temo, lo temo muy de veras, que no pueda ejercer el cargo de archivero de los manuscritos asiáticos... así... bailando de un lado a otro.

—Tengo que hacerle a usted una proposición —dijo Basil sentándose en una silla y acercándola a la mesa.

—Le oiré con sumo gusto, ni que decir tiene —dijo el representante del British Museum, tosiendo y aproximando también su silla.

El tictac del reloj de la chimenea sólo se oyó

durante los breves segundos que precisó Basil para aclararse la voz y reconcentrar sus ideas, después de lo cual dijo:

—Mi proposición es la siguiente. No creo que en el sentido estricto de la palabra pueda llamarse un pacto, pero tiene algo de ese carácter. Mi proposición consiste en que el Gobierno (por mediación, presupongo, del British Museum) abone al profesor Chadd la cantidad de ochocientas libras anuales hasta que deje de bailar.

—¡Ochocientas libras anuales! —exclamó el señor Bingham, que por primera vez alzó sus mansos ojos azules para mirar a su interlocutor, aunque sin perder su mansedumbre—. Me parece que no le he entendido bien. ¿Ha dicho usted en serio que el profesor Chadd debe ser empleado en su actual estado en el departamento de manuscritos asiáticos con el sueldo de ochocientas libras anuales?

Grant meneó la cabeza decididamente.

—No, señor —contestó con firmeza—. No he dicho eso. Chadd es mi amigo y yo sería capaz de decir por él todo lo que fuera, pero no diré, no puedo decir, que deba ser empleado en los manuscritos asiáticos. No llegaré a tanto. Lo único que digo es que hasta que deje de bailar se le paguen ochocientas libras. Seguramente tendrán ustedes algún fondo especial para la dotación de las investigaciones.

El señor Bingham pareció desconcertado.

—No acabo de comprender lo que usted dice —respondió parpadeando—. ¿Pretende usted que le demos a ese lunático declarado cerca de mil libras anuales mientras viva?

—Nada de eso —exclamó Basil sagazmente triunfante—. No he dicho mientras viva. Nada de eso.

—¿Cómo entonces? —preguntó el melifluo Bingham reprimiendo el deseo de mesarse los cabellos—. ¿Cuánto va a durar la dotación? ¿Hasta su muerte, no? ¿Hasta el día del juicio?

—No —dijo Basil radiante—, sólo hasta cuando yo he dicho: hasta que haya dejado de bailar.

Y se reclinó con satisfacción en la silla metiéndose las manos en los bolsillos. Ahora Bingham había clavado sus ojos en Basil y no los movía de allí.

—Vamos, señor Grant —dijo—. ¿Debo entender en serio que usted pretende que el Gobierno le pague al profesor Chadd un cuantiosísimo sueldo por el simple hecho (perdóneme la frase) de que se ha vuelto loco? ¿Que debe pagársele más que a cuatro buenos funcionarios sólo porque se le ocurre agitar las piernas por el aire en su jardín?

—Exactamente —dijo Grant sin inmutarse.

—¿Y que ese absurdo sueldo no sólo hay que dárselo por su absurdo baile, sino que de hecho ha de

cesar con él?

—Alguna vez tiene que cesar, por supuesto — dijo Grant.

Bingham se puso en pie y recogió su pulcro bastón y sus impecables guantes.

—No hay que hablar una palabra más, señor Grant —dijo fríamente—. Lo que trata usted de exponerme puede ser una broma, no muy oportuna por cierto. Puede ser también su sincero criterio, en cuyo caso le pido perdón por la suposición precedente; pero de todas formas me parece un desatino que yo no tengo por qué oír. La anomalía cerebral, el desastre mental del profesor Chadd constituye para mí algo tan doloroso que ni siquiera puedo hablar de ello, pero es indudable que todas las cosas tienen su límite. Y si el mismo Arcángel San Gabriel se volviera loco, perdería en el acto, aunque me duela decirlo, toda relación con la Biblioteca del British Museum.

El señor Bingham se dirigía hacia la puerta, pero la mano de Grant, tendida en un dramático gesto de advertencia, le detuvo.

—¡Espere! —exclamó Basil severamente—. Espere mientras estemos a tiempo. ¿Quiere usted colaborar en una obra grandiosa, señor Bingham? ¿Quiere usted contribuir a la gloria de Europa, a la gloria de la ciencia? ¿Quiere usted poder erguir la

cabeza cuando la tenga calva o blanca, por el honor que le cupo de contribuir a un gran descubrimiento? ¿Quiere usted...?

—¿Y si quisiera todo eso, señor Grant...? —le interrumpió Bingham secamente.

—En ese caso —contestó Basil—, su tarea es muy sencilla. Haga que le entreguen a Chadd ochocientas libras anuales hasta que deje de bailar.

Haciendo resonar sus guantes con un golpe furioso, Bingham se encaminó hacia la puerta, pero al ir a franquearla la encontró obstruida: entraba el doctor Colman.

—Perdonen ustedes, señores —dijo en tono nervioso y confidencial—, pero el caso es, señor Grant, que... vamos, que he hecho un descubrimiento de lo más desconcertante acerca del señor Chadd.

Bingham le miró con expresión severa.

—Ya me lo temía yo —dijo—. ¿Ha bebido, supongo?

—¡Beber! —dijo Colman como si eso fuera mucho menos grave—. ¡Oh, no! No es que haya bebido.

El señor Bingham se mostró un tanto agitado, y su voz se hizo presurosa y vaga.

—¿Manía homicida...? —Comenzó.

—No, no —dijo el médico con impaciencia.

—¿Se imagina que es de cristal? —prosiguió

Bingham febrilmente—. ¿O dice que es Dios...? ¿O...?

—No —dijo el doctor Colman con voz cortante—. El caso es, señor Grant, que mi descubrimiento es de muy distinta naturaleza. Lo tremendo del caso es...

—¡Acabe, por Dios, caballero! —exclamó Bingham con angustia.

—Lo tremendo del caso es —repitió Colman pausadamente— que el señor Chadd no está loco.

—¿Que no está loco?

—Existen comprobaciones físicas conocidísimas para probar la demencia —dijo concisamente el doctor—, y no ha respondido a ninguna de ellas.

—Pero ¿por qué baila? —exclamó Bingham en el colmo de la desesperación—. ¿Por qué no nos contesta? ¿Por qué no ha hablado a su familia?

—Cualquiera sabe —dijo fríamente el doctor Colman—. A mí me pagan por juzgar a los dementes, pero no a los tontos. Ese hombre no está loco.

—¿Qué diablos quiere decir eso? ¿No podemos hacer que nos escuche? —dijo el señor Bingham—. ¿No hay manera de entenderse con él?

La voz de Grant resonó entonces con la claridad de una campana de acero.

—Yo tendré mucho gusto —dijo— en transmitirle cualquier mensaje que se le quiera comunicar.

Los otros dos se le quedaron mirando atónitos.

—¿Transmitirle un mensaje? —Exclamaron simultáneamente—. ¿Cómo va usted a transmitirle un mensaje?

Basil sonrió con su flema habitual.

—Si de verdad quieren saber ustedes cómo puedo transmitirle su mensaje... —Comenzó.

—¡Claro, claro! —le interrumpió Bingham en una especie de frenesí.

—¡Pues así! —dijo Basil.

Y de repente alzó una pierna en el aire, dirigió el pie hacia abajo haciendo crujir el zapato y se quedó a la pata coja. En su semblante se reflejaba una gran seriedad, pero ésta quedaba un poco malparada por el hecho de que su pie describía en el aire fantásticos círculos.

—Me obligan ustedes a ello —dijo—. Me obligan ustedes a traicionar a mi amigo. Pero lo haré por su propio bien.

El sensitivo semblante de Bingham adoptó una expresión todavía mayor de angustia, como si esperara un desenlace funesto.

—Algo doloroso, por supuesto... —Comenzó.

Basil dejó caer el pie sobre la alfombra con un crujido que dejó a los otros rielados en sus medrosas aptitudes.

—¡Idiotas! —exclamó—. ¿Se han fijado ustedes

en ese hombre? ¿Han estado ustedes viendo a James Chadd andando tristemente de acá para allá, de su oscura casa a la miserable biblioteca, siempre con sus inútiles libros y su maldito paraguas, y no han visto ustedes nunca que tenía los ojos de un fanático? ¿No han observado nunca, detrás de sus anteojos y encima de su raído cuello, el semblante de un hombre que habría quemado herejes o muerto por la piedra filosofal? En cierto modo sólo ha sido culpa mía: yo he sido el que ha prendido fuego a la dinamita de su terrible fe. He discutido con él su famosa teoría sobre el lenguaje, esa teoría de que el lenguaje era una creación completa de determinados individuos, a los cuales imitaban los demás después de contemplarlos. También le he tomado el pelo, porque a mi parecer no entendía las cosas tal como son en la práctica cotidiana. Y, ¿qué es lo que ha hecho ese fanático glorioso? Pues me ha contestado. Ha elaborado todo un sistema de lenguaje propio (el cual sería prolijo explicar), ha creado, repito, un lenguaje propio. Y ha jurado que hasta que la gente lo comprenda, hasta que pueda hablarnos en este lenguaje, no ha de expresarse en ningún otro. Y que hará lo que dice. Yo le he comprendido ya, observándole con detenimiento, y estoy seguro de que de igual manera llegarán a comprenderle los demás. El esfuerzo no será baldío. El profesor terminará su

experimento y es necesario que perciba por algún lado ochocientas libras anuales hasta que deje de bailar. Hacerle abandonar ahora sería una guerra infame contra una gran idea. Constituiría una persecución religiosa.

El señor Bingham le tendió la mano cordialmente.

—Le estoy muy agradecido, señor Grant —dijo—. Y espero poder darle una respuesta satisfactoria sobre la procedencia de las ochocientas libras. ¿Quiere usted acompañarme en mi coche?

—No, muchísimas gracias, señor Bingham —contestó Grant efusivamente—. Voy a salir al jardín a charlar un rato con el profesor.

La conversación entablada entre el profesor Chadd y Basil pareció desarrollarse en términos en extremo cordiales. Todavía seguían bailando cuando yo me marché.

LA EXTRAÑA RECLUSIÓN DE LA ANCIANA SEÑORA

La conversación de Rupert Grant encerraba dos elementos de interés: el primero, la fantasía detectivesca que le dominaba, y el segundo, su sincera y romántica afición por la vida de Londres. Su hermano Basil decía de él: «Su modo de razonar se distingue por su frialdad y su clarividencia, pero siempre le induce a error. En cambio, la vena poética que se le manifiesta bruscamente le permite acertar a menudo». Fuera o no cierta esta regla general, el caso es que resulta corroborada de singular manera por la historia que sobre él voy a referir.

En cierta ocasión, caminábamos los dos por un lugar solitario. La calle aparecía inundada por esa media luz que reina hacia las ocho y media en el verano, y que en un principio no parece tanto el anuncio de las inminentes tinieblas como el resurgimiento de una nueva iluminación de matiz azulado, como si la tierra fuera alumbrada de pronto por un sol zafiro. En la fría neblina comenzaba ya a brillar el fulgor amarillento de los faroles, cuyas débiles llamas iban surgiendo una tras otra en la penumbra según pasábamos, mientras Rupert hablaba con excitación. Tal excitación se debía que se

esforzaba por demostrarme la exactitud de la última de sus innumerables teorías detectivescas. Rupert marchaba siempre por Londres de un lado a otro con esa absurda lógica en la cabeza, viendo una conspiración en un accidente de coche y un suceso providencial en la caída de un cohete. Sus sospechas en la presente circunstancia habían recaído sobre un infeliz lechero que caminaba delante de nosotros. Tan absorbentes fueron los incidentes que nos sobrevinieron después que temo haber olvidado en qué consistía, en líneas generales, el crimen cometido por el lechero. Creo que guardaba cierta relación con el hecho de que sólo llevaba en la mano una pequeña jarra, y a pesar de ello la había dejado destaparse, por lo cual, como andaba muy deprisa, la leche salpicaba en el pavimento. Esto demostraba que no iba pensando en su ligera carga, lo cual demostraba, a su vez, que no eran asuntos lácteos los que contaba encontrar al final de su viaje, cosa que (relacionada con no sé qué sobre las botas manchadas de barro) demostraba algo más que he olvidado por completo. Creo recordar que me burlé despiadadamente de tan minuciosa revelación, y creo también que Rupert Grant —que aunque era un muchacho excelente tenía en buena medida la suspicacia de temperamento artístico— tomó mis burlas algo a pecho, y aun cuando se esforzó por chupar su cigarro con una

calma que creía característica de su profesión, estaría por asegurar que lo atravesó de parte a parte con los dientes.

—Mi querido amigo —me dijo con acritud—, le apuesto media corona a que en el lugar al que se dirige ese lechero descubro algo interesante.

—Mis recursos me permiten correr el riesgo —contesté, echándome a reír—. Hecho.

Durante un cuarto de hora caminamos en silencio detrás del misterioso lechero. Éste marchaba cada vez más deprisa, y no nos costó poco trabajo seguir su paso. De vez en cuando dejaba en el suelo una mancha de leche, que relucía como plata a la luz de los faroles. De pronto, sin que apenas tuviéramos tiempo de darnos cuenta, desapareció por una escalinata que se hundía en la tierra y que daba acceso a una casa. Yo creo que Rupert pensaba de verdad que el lechero era un ente mágico, porque de pronto pareció admitir que se había desvanecido. Pero después, diciéndome algo que no hizo mella en mi espíritu, se precipitó tras el misterioso lechero y desapareció por el mismo sitio.

Yo estuve esperando al menos cinco minutos recostado contra un farol de la calle solitaria. Después observé que el lechero subía la escalinata balanceándose y sin la vasija, y echaba a correr calle abajo. Transcurrieron dos o tres minutos más, al cabo

de los cuales subió también Rupert, a saltos, con el semblante pálido a la vez que risueño, contradicción no desacostumbrada en él cuando estaba excitado.

—Amigo mío —dijo frotándose las manos—, se ha lucido usted con su escepticismo, se ha lucido usted con su filistea ignorancia de las posibilidades de una ciudad romántica. Su prosaico buen natural tendrá que manifestarse ahora, mi buen amigo, regalándome dos chelines y medio.

—¿Cómo? —Dije yo incrédulamente—. ¿Quiere usted decir que ha descubierto algo extraño acerca del pobre lechero?

Rupert se quedó desconcertado.

—¡Oh, el lechero! —exclamó fingiendo no dar importancia a mis palabras—. No... Precisamente sobre el lechero... no he descubierto nada... pero...

—¿Qué es lo que ha hecho y dicho el lechero? —Dije yo con inexorable rigor.

—Hombre, a decir verdad —dijo Rupert apoyándose tan pronto en un pie como en otro— el lechero parece que se ha limitado a decir: «La leche, señorita», y ha tendido la jarra. Eso no quiere decir, por supuesto, que no haya hecho alguna seña secreta o algún...

Yo solté una violenta carcajada.

—¡Idiota! —exclamé—. ¿Por qué no confiesa usted su error y acabamos de una vez? ¿Por qué había

de hacer ese hombre una seña secreta? Usted ha visto que no ha hecho ni dicho nada digno de mención. ¿No es verdad?

Rupert se puso serio.

—Bueno, puesto que insiste usted, debo reconocerlo. Es posible que el lechero no se haya traicionado. Hasta es posible que yo me haya equivocado acerca de él.

—Entonces acabe de una vez —dije yo con fingida cólera— y confiese que me debe usted media corona.

—En cuanto a eso, discrepo de su parecer —dijo Rupert fríamente—. Es posible que las palabras del lechero hayan sido absolutamente inocentes, y hasta es posible que él mismo lo sea, pero a pesar de todo no le debo a usted media corona, porque la apuesta consistía, si mal no recuerdo, en que yo tendría que descubrir algo interesante donde se detuviera ese lechero.

—¿Y qué? —Dije yo.

—Pues que lo he descubierto —contestó—. Venga usted conmigo.

Y antes de que pudiera replicarle, se volvió y se sumió en la penumbra azul hasta acercarse al sótano de la casa. Yo le seguí sin esperar a tomar ninguna decisión.

Cuando nos encontramos abajo, me di perfecta

cuenta de la tontería que habíamos hecho. Allí no había nada más que una puerta cerrada, varias ventanas con los postigos echados, los escalones por donde habíamos bajado, la ridícula cavidad en que nos hallábamos, y el hombre ridículo que me había llevado allí y que estaba de pie a mi lado con los ojos alborotados.

Ya iba a dar media vuelta cuando Rupert me cogió por el codo.

—Escuche esto —me dijo.

Y sujetándome la manga con la mano derecha golpeó con los nudillos de la izquierda en los postigos de una de las ventanas. Manifestaba tanto aplomo que yo me detuve y hasta incliné unos momentos la cabeza: en el interior se oía el rumor inequívoco de una voz humana.

—¿Ha hablado usted con alguien de dentro? —pregunté, volviéndome hacia Rupert.

—No —me contestó con gesto risueño—, pero no me disgustaría hacerlo. ¿Sabe usted lo que dice alguien ahí?

—No, claro que no —repuse.

—Pues entonces le aconsejo que escuche —dijo Rupert vivamente.

En el profundo silencio de la aristocrática calle presté atención unos momentos. A través de los postigos de madera, en los que se veía una larga y

fina rendija, llegaba un rumor incesante y quejumbroso del cual se distinguían las siguientes palabras: «¿Cuándo saldré de aquí? ¿Cuándo saldré de aquí? ¿Me dejarán salir algún día?», o algo parecido.

—¿Sabe usted algo de esto? —pregunté, volviéndome bruscamente hacia Rupert.

—A lo mejor se imagina usted que soy yo el criminal —replicó con sorna—, en vez de ser, aunque modestamente, el detective. Yo he llegado aquí hace dos o tres minutos después de haberle dicho a usted que sabía que pasaba algo divertido, y me he encontrado con que esa mujer que está detrás de la ventana (pues evidentemente se trata de una mujer) se estaba lamentando como una loca. No, mi querido amigo, aparte de eso no sé nada sobre ella. Aunque pueda parecerle extraño, no es una hija a la que haya desheredado, ni participe de un inconfesable secreto que he de guardar... Pero cuando oigo a un ser humano que se lamenta de no poder salir y que habla a solas como un loco dando puñetazos en la ventana, como hacía esa mujer hace dos o tres minutos, creo que la cosa es digna de mención: eso es todo.

—Mi querido amigo —dije yo—, le presento mis excusas, pero no es el momento de discutir. ¿Qué debemos hacer?

—Rupert Grant tenía en la mano una larga y reluciente navaja.

—En primer lugar —contestó—, hacer de salteadores.

Y dicho esto, introdujo la hoja en la rejilla de la madera haciendo saltar una gran astilla, que puso al descubierto un fragmento considerable del tenebroso cristal... La habitación estaba absolutamente a oscuras, por lo cual en los primeros momentos el cristal de la ventana nos pareció como una superficie muerta y opaca, más negra que la pizarra. Poco después pudimos divisar algo que, aunque pausadamente, nos hizo retroceder y nos dejó sin aliento. Dos ojos enormes y turbios nos contemplaban tan de cerca que la ventana parecía un antifaz. Un pálido semblante humano se hallaba pegado al cristal por dentro, y con una claridad acrecentada por el agrandamiento de la rendija llegaron las palabras: «¿Cuándo saldré de aquí?».

—¿De qué se tratará? —Dije yo.

Rupert no me contestó, pero alzó el bastón, apuntó con la puntera al cristal y lo introdujo como un florete abriendo un agujero más pequeño y más perfecto de lo que yo habría creído posible. No bien hubo hecho esto, la voz salió por el orificio como un grito penetrante, expresando el mismo anhelo de libertad.

—¿No puede usted salir, señora? —Dije yo acercándome al agujero, algo turbado.

—¿Salir? Claro que no —gimió amargamente la mujer desconocida—. No me dejan. Les he dicho que quería irme. Les he dicho que iba a avisar a la policía. Pero como si nada. Nadie se entera, nadie viene aquí. Podrían tenerme encerrada todo el tiempo que quisieran sin...

Estaba terminando de fracturar la ventana con mi bastón, sin ánimo de sufrir más aquel siniestro misterio, cuando Rupert me agarró fuertemente el brazo con una extraña y disimulada rigidez, como si quisiera detenerme sin que alguien le viera hacerlo. Yo cesé un instante en mi empeño, me volví ligeramente y me puse a mirar el muro que sostenía la escalinata de la entrada. Me quedé paralizado con la misma rigidez que Rupert, pues a través de las columnas del pórtico una figura tan inmóvil como ellas, pero indiscutiblemente humana, asomaba la cabeza y miraba con fijeza hacia el sótano. Detrás de su cabeza se encontraba precisamente uno de los faroles de la calle, que la sumía así en una profunda oscuridad. Por consiguiente, no podía divisarse ningún detalle del rostro, a excepción del hecho indiscutible de que sus ojos nos estaban mirando. Debo confesar que en aquellos momentos encontré a Rupert de una sangre fría extraordinaria. Con aire

despreocupado llamó al timbre del piso bajo al tiempo que reanudaba conmigo una conversación que nunca habíamos empezado. La vigilante silueta del pórtico no se estremeció: se diría que era una verdadera estatua. A los pocos instantes la penumbra gris del foco quedó diluida por un dorado resplandor de gas, pues la puerta del piso bajo se abrió de golpe y apareció en ella una pulcra doncellita.

—Usted perdone —dijo Rupert fingiendo una voz afable a la vez que plebeya—, pero hemos creído que podrían hacer algo por los menesterosos. No esperamos...

—Aquí no —dijo la doncellita con la incomparable severidad de la servidumbre de los ricos, que les hace comportarse de manera poco filantrópica, y nos dio con la puerta en las narices.

—Es triste, es triste la indiferencia de estas gentes —dijo el filántropo con seriedad mientras subíamos juntos la escalinata.

En aquel momento la inmóvil figura del pórtico desapareció de repente.

—Diga, ¿qué le parece a usted? —preguntó Rupert golpeando los guantes cuando estuvimos en la calzada.

No tengo inconveniente en reconocer que yo me encontraba seriamente aturdido. En tal situación no se me ocurrió nada más que una idea.

—¿No cree usted —dije con alguna timidez— que sería mejor decírselo a su hermano?

—Hombre, si le parece a usted —dijo Rupert dándose importancia—. Está cerca de aquí, porque le había prometido ir a buscarle a la estación de Gloucester. ¿Cogemos un coche? Puede que esto le divierta, como usted dice.

La estación de Gloucester presentaba, como por azar, un aspecto de soledad notable. Después de buscar un poco descubrimos a Basil Grant con su enorme cabeza y su voluminoso sombrero blanco obstruyendo la taquilla de los billetes. Supuse que estaría sacando billete para algún sitio, entreteniéndose en la operación un tiempo asombroso, pero la verdad era que estaba discutiendo de religión con el empleado de la taquilla, y en el calor de la discusión casi había introducido la cabeza por la ventanilla. Cuando pudimos arrancarle de allí, todavía transcurrió algún tiempo antes de que pudiera hablarle de otra cosa que no fuera la aparición de un fatalismo oriental en el pensamiento moderno, algunas de las sagaces aunque perniciosas falacias del funcionario. Al fin conseguimos hacerle comprender que habíamos hecho un asombroso descubrimiento. Cuando nos quiso escuchar lo hizo atentamente, paseando entre los dos de arriba abajo por la calle iluminada por los

faroles mientras nosotros le hablábamos en un dúo un tanto febril de la vasta mansión de South Kensington, del lechero equívoco, de la señora encerrada en el piso bajo y del hombre que nos había vigilado desde el pórtico. Finalmente contestó:

—Si pensáis volver allí a hacer indagaciones debéis andaros con cuidado. No conviene que vayáis vosotros de nuevo. Ir dos veces con el mismo pretexto despertaría sospechas. Ir con un pretexto diferente sería peor. Podéis estar seguros de que el individuo que os estuvo mirando lo hizo a conciencia y vuestras fisonomías, por decirlo así, se le habrán quedado grabadas en la memoria. Si queréis averiguar si pasa algo sin avisar a la policía creo que lo mejor es que esperéis fuera. Yo entraré a ver lo que ocurre.

Su paso lento y reflexivo nos condujo al fin a la vista de la casa. Ésta se recortaba poderosa y sombría en la postrera lividez del crepúsculo. Parecía el castillo de un ogro, y al parecer lo era.

—¿Crees que no será peligroso, Basil —dijo su hermano deteniéndose algo pálido junto al farol—, entrar solo en ese sitio? Claro que nosotros estaremos lo bastante cerca para oírte si gritas, pero esos demonios pueden hacer cualquier cosa... algo por sorpresa... extraño. A mí no me parece seguro.

—Nada hay seguro —repuso Basil con calma—,

a excepción, quizá, de la muerte.

Y franqueando la escalinata llamó al timbre. No pudimos contener un estremecimiento cuando la maciza puerta de la siniestra casa se abrió un instante, proyectando un rectángulo de luz en la penumbra, y volvió a cerrarse luego con estrépito. Parecía que se le hubieran tragado las fauces de un terrible tiburón. Una fresca brisa nocturna azotó la calle y Rupert y yo nos subimos el cuello del abrigo. Al cabo de veinte minutos, durante los cuales apenas hablamos ni nos movimos, estábamos verdaderamente congelados, pero más bien, creo yo, de aprensión que de frío. De repente Rupert dio un paso hacia la casa.

—No puedo soportar esto —exclamó.

Pero casi al mismo tiempo retrocedió de un salto en las sombras, porque la puerta volvió a proyectar su rectángulo luminoso, recortándose en él la corpulenta silueta de Basil, que salía en aquel instante. Basil salía riéndose a carcajadas y hablando con tales voces que podían oírse sus palabras desde la acera de enfrente. Otra voz, o acaso dos, se reían y le contestaban desde dentro.

—No, no, no —gritaba Basil con una hostilidad jovial—. Eso es absolutamente falso. Ésa es la mayor de las herejías. Es el alma, querido amigo, es el alma la que rige los destinos de las fuerzas cósmicas.

Cuando vea usted una fuerza cósmica que no le guste, engañela, hijo mío... Pero no tengo más remedio que marcharme.

—Venga usted otro día a darnos otra paliza —dijo la voz regocijada que salía del interior—. Todavía nos quedan algunos huesos intactos.

—Gracias, muchas gracias. Volveré... ¡Buenas noches! —gritó Grant, que ya entonces había llegado a la calzada.

—¡Buenas noches! —repitió la otra voz amigablemente antes de que se cerrara la puerta.

—Basil —dijo Rupert Grant con voz ahogada—, ¿qué vamos a hacer?

—¿Qué hay que hacer, Basil? —insistí yo sin poder dominar mi excitación.

—No lo sé seguro —contestó Basil titubeando—. ¿Qué os parece si fuéramos a cenar a cualquier parte y después al teatro? He intentado traer a esos jóvenes ingenuos, pero no podían venir.

Nosotros nos quedamos con la boca abierta.

—¿Ir al teatro? —dijo Rupert—. ¿Para qué?

—¿Cómo que para qué? —contestó Basil, perplejo a su vez—. Pues para divertirnos.

—Pero ¡por Cristo bendito! Lo que yo quiero es saber qué vamos a hacer —exclamó Rupert—. ¿Y el asunto de esa pobre mujer encerrada en la casa? ¿Hay que avisar a la policía?

La expresión de Basil se aclaró al comprender de pronto y se echó a reír.

—¡Ah, sí! —contestó—. Se me había olvidado. No es nada. Sin duda, alguna equivocación. O alguna cuestión privada sin importancia. Pero siento mucho que esos muchachos no puedan venir con nosotros... ¿Tomamos uno de esos ómnibus verdes? En Sloane Square hay un restaurante.

—A veces creo que finge usted que está loco sólo para asustarnos —dije yo irritado—. ¿Cómo vamos a dejar a esa mujer encerrada ahí? ¿Cómo puede ser ése un asunto privado? ¿Desde cuándo el delito, el secuestro y el asesinato son cuestiones privadas? Si encontrara usted un cadáver en casa de un hombre, ¿no le parecería de mal gusto hablar de ello como si se tratara de un cachivache cualquiera?

Basil se echó a reír con todas sus ganas.

—Todo eso está muy bien —dijo—, pero en el presente caso estoy seguro de que no pasa nada. Además, ahí viene el ómnibus verde.

—¿Cómo sabes que no pasa nada en este caso? —preguntó su hermano con irritación.

—Hombre de Dios, la cosa salta a la vista —contestó Basil sosteniendo entre los dientes un billete de vuelta mientras rebuscaba en los bolsillos del chaleco—. Esas dos criaturas no han cometido un crimen en toda su vida. No tienen madera para ello.

¿Tenéis alguno una moneda? Quiero comprar un periódico antes de que llegue el ómnibus.

—¡Oh! ¡Al diablo el periódico! —exclamó Rupert furioso—. ¿Quieres hacerme creer, Basil Grant, que vas a abandonar a un semejante en la negrura de una mazmorra particular porque has hablado diez minutos con sus carceleros y te han hecho creer que son buenas personas?

—También las personas buenas cometen crímenes a veces —dijo Basil quitándose el billete de la boca—, pero esta clase de individuos no comenten esa clase de crimen. Bueno, ¿tomamos este ómnibus?

En efecto, el enorme vehículo verde venía hacia nosotros por la amplia y borrosa calle. Basil se había adelantado a la calzada y por un momento poco faltó para que los tres saltáramos al carruaje y nos dejáramos llevar al restaurante y al teatro.

—Basil —dije yo sujetándole fuertemente por el hombro—, sepa usted que yo no abandono esta calle ni esta casa.

—Ni yo tampoco —dijo Rupert mirando al edificio y mordiéndose las uñas—. Ahí ocurre algo tenebroso. Si me marchara no podría conciliar jamás el sueño.

Basil nos miró a los dos con aire serio.

—Bueno, si pensáis así —dijo— haremos nuevas investigaciones, pero os convenceréis de que no pasa

nada. No son más que dos muchachos recién salidos de Oxford. Muy simpáticos, por cierto, aunque están algo infectados por las teorías seudo darwinianas. La ética de la evolución y demás zarandajas.

—Yo creo —dijo Rupert sombríamente mientras llamaba al timbre— que vamos a enseñarte cuál es su verdadera ética.

—Pero ¿puede saberse —dijo Basil gravemente— qué os proponéis?

—Yo me propongo en primer término —dijo Rupert— penetrar en esta casa; después, echar una ojeada a esos simpáticos muchachos de Oxford, y, por último, derribarlos a golpes, atarlos, amordazarlos y registrar la casa.

Basil se quedó unos momentos indignado y perplejo, pero después fue sacudido un instante por uno de sus repentinos accesos de hilaridad.

—¡Pobres criaturas! —exclamó—. Pero, después de todo, casi les está bien empleado por sustentar tan estúpidas opiniones... Hay en ellas algo endemoniadamente darwiniano —agregó retorciéndose nuevamente de risa.

—¿Supongo que pensarás ayudarnos? —dijo Rupert.

—¡Ah, sí, desde luego! —contestó Basil—. Aunque sólo sea para evitar que les hagáis daño a esos pobres chicos.

Estaba a la cola de nuestra pequeña procesión, fingiendo indiferencia y a veces hasta disgusto, pero cuando se abrió la puerta entró el primero en el vestíbulo, rebosando urbanidad.

—Siento mucho acosarles de esta manera —dijo—. He encontrado fuera a dos amigos que tienen grandes deseos de conocerles. ¿Puedo hacerles entrar?

—Con mucho gusto, desde luego —dijo una voz juvenil, y yo comprendí que la puerta había sido abierta, no por la doncellita decorativa, sino por uno de los dueños en persona.

Se trataba de un joven de corta estatura, pero bien parecido, con el cabello negro y rizado y un rostro cuadrado, de nariz roma. Calzaba zapatillas y vestía una inverosímil chaqueta de franela púrpura.

—Por aquí —dijo—, cuidado con la escalera. Esta casa es más tortuosa y arcaica de lo que puede creerse a juzgar por su exterior. Hay en ella una infinidad de rincones extraños.

—Lo creo —dijo Rupert con una sonrisa feroz.

Habíamos llegado al estudio, que era una habitación trasera que los jóvenes moradores de la casa utilizaban como salón. Era un aposento sembrado de revistas y libros, desde las obras de Dante a novelas policíacas. El otro joven, que estaba fumando de espaldas a la lumbre, era alto y

corpulento, con el pelo castaño y lacio peinado hacia delante y una llamativa chaqueta. Era de esa clase de individuos que en todos sus rasgos y acciones resultan desmañados y torpes, pero que no por eso dejan de ser unos perfectos caballeros.

—¿Tenemos nuevas discusiones? —dijo una vez que hubieron terminado las presentaciones—. Debo decirle, señor Grant, que ha tratado usted con excesiva severidad a unos hombres de ciencia. Casi me están entrando ganas de mandar a paseo mi doctorado en ciencias y hacerme poeta menor.

—Tonterías —contestó Basil—. Yo no he pronunciado nunca una palabra contra los hombres de ciencia. Lo que combato es una vaga filosofía popular que pretende ser científica, cuando en realidad no es otra cosa que una especie de nueva religión, y notablemente ruin, por cierto. Cuando la gente hablaba antes de la caída del hombre, sabía que hablaba de un misterio, de algo que no comprendía. Pero ahora que habla de la supervivencia de los más aptos, se cree que lo comprende, cuando lo cierto es, no ya que no tiene ninguna idea, sino que tiene una idea absolutamente falsa de lo que esas palabras significan. El movimiento darwiniano no ha modificado a la Humanidad, sino en el sentido de que en vez de hablarse ahora de filosofía de una manera filosófica, se habla de la ciencia de una manera nada

científica.

—Todo eso está muy bien —dijo el joven corpulento, que al parecer se llamaba Burrows—. Es indudable que en cierto sentido la ciencia, lo mismo que las matemáticas o el violín, sólo puede ser comprendida de una manera perfecta por los especialistas, pero los rudimentos pueden ser del dominio público. Greenwood, aquí presente —agregó señalando al otro joven—, no sabe distinguir una nota musical de otra, pero eso no quiere decir que no sepa nada. Sabe lo suficiente para descubrir cuando tocan el himno nacional, y no se descubre por error cuando tocan una tonadilla. Del mismo modo, la ciencia...

En este punto el señor Burrows cesó de pronto su perorata, pues fue interrumpido por un argumento poco común en la controversia filosófica, y tal vez nada lícito. Rupert Grant había saltado sobre él por detrás, y rodeándole con el brazo la garganta, obligó al gigante a doblarse hacia atrás.

—¡Derribe al otro, Swinburne! —exclamó.

Y antes de que pudiera darme cuenta de dónde me encontraba, me hallaba luchando a brazo partido con el hombre de la chaqueta púrpura. Este hombre parecía de alambre, y se doblaba y saltaba como un resorte, pero yo era más fuerte y le había cogido desprevenido. Le levanté del suelo unos dos pies, y

después de tambalearse un momento sobre la otra pierna, rodó conmigo por el suelo con estrépito, entre una lluvia de periódicos, quedando yo encima.

Como el triunfo me permitió un momento de libertad, pude distinguir la voz de Basil que concluía una larga frase, cuyo principio no había percibido.

—... totalmente —decía—, debo confesarlo, ininteligible para mí, querido señor, e innecesario decir que desagradable. Sin embargo, no hay más remedio que ponerse de parte de los viejos amigos, en contra de los nuevos, por fascinantes que sean. Permítame, por tanto, que le ate las manos con delicadeza, para que esté usted todo lo cómodo que pueda estarse con las esposas puestas...

Yo había conseguido ponerme de pie. El gigantesco Burrows se debatía bajo la presa de Rupert, mientras Basil se esforzaba por dominar sus poderosas manos. Tanto Basil como Rupert eran de una notable fortaleza, pero el señor Burrows no les iba a la zaga, como pudimos comprobar. Rupert le tenía sujeta la cabeza hacia atrás, pero un esfuerzo convulsivo le sacudió todo el cuerpo, y un segundo después su cabeza se disparó como la de un toro, y Rupert Grant salió danzando por los aires, agitando los brazos y las piernas como un molino. Al mismo tiempo, la cabeza de aquel toro cayó sobre el pecho de Basil, el cual rodó también por el suelo con

estrépito, y acto seguido el monstruo, lanzando un rugido de fiera, saltó sobre mí y me arrojó a un rincón de la estancia, en donde me desplomé sobre un cesto de papeles. Greenwood se puso en pie de un furioso salto, y lo mismo hizo Basil, pero ahora nuestros enemigos llevaban la mejor parte.

Greenwood se precipitó al cordón de la campanilla y lo agitó violentamente, dando la voz de alarma en la mansión. Antes de que yo pudiera ponerme en pie trabajosamente y antes de que Rupert, que había quedado literalmente aturdido por unos momentos, pudiera alzar siquiera la cabeza, entraron en la sala dos criados. Greenwood y uno de los criados se precipitaron sobre mí, volviendo a derribarme entre los restos del cesto de los papeles. Los otros dos se arrojaron sobre Basil y le acorralaron contra la pared. Rupert se incorporó sobre el codo, pero aún no se había espabilado.

En el intenso silencio de nuestra impotencia, pude oír la voz de Basil, que resonaba con una jovialidad incongruente.

—Esto es lo que llamo divertirse —decía.

Yo percibí un vislumbre de su rostro congestionado contra la estantería de los libros entre los activos brazos de sus adversarios, y de los míos, y con asombro observé que sus ojos resplandecían de gozo, como los de un niño entusiasmado con su juego

favorito.

Hice denodados esfuerzos por levantarme, pero el criado que estaba encima de mí era tan corpulento que Greenwood creyó poder dejarme a su custodia, y volviéndose con energía renovada, se dirigió a ayudar a los dos que trataban de reducir a Basil. La cabeza de éste último se iba hundiendo cada vez más, como un barco náufrago, bajo la presión de sus enemigos. Cuando yo creía que iba a desplomarse, levantó una mano y cogió un enorme libro, que según luego supe, era un volumen de la teología de San Juan Crisóstomo, y cuando Greenwood se dirigía a saltos hacia el grupo, Basil empuñó el pesado volumen y se lo arrojó de lleno a la cara, haciéndole rodar como un muñeco. Al mismo tiempo cedió su rigidez y fue desplomándose bajo el peso de sus adversarios.

Rupert tenía la cabeza clara, pero el cuerpo quebrantado. Hacía lo que podía por dominar al aturdido Greenwood, y ambos rodaban enlazados por el suelo, debilitados por sus respectivas caídas, pero más Rupert que el otro. El suelo se había convertido en un mar de periódicos y revistas pisoteadas, como si fuera una papelera inmensa. Burrows y su compañero estaban metidos entre los papeles hasta la rodilla, como si estuvieran rodeados de hojas muertas, y Greenwood había metido la pierna izquierda en una página de la «Pall Mall Gazette»,

que colgaba a su lado como un fleco fantástico del pantalón.

Basil, oculto a mi vista por una prisión humana, por una presión de poderosos cuerpos, era para mí como hombre muerto. Sin embargo, creí notar que la ancha espalda del señor Burrows, que estaba vuelto de mi lado, se hallaba contorsionada por el esfuerzo, como si mi amigo necesitara todavía sujeción. De pronto, esta ancha espalda se balanceó de un lado a otro. Su cuerpo se tambaleaba sobre una sola pierna. Al parecer Basil se había apoderado de la otra. Los enormes puños de Burrows y los de su criado martilleaban la hundida cabeza de Basil como si fuera un yunque, pero éste había cogido al gigante por un tobillo con repentina ferocidad y su cabeza se hundía en las tinieblas entre infinitos dolores, mientras la pierna de su adversario iba elevándose en el aire. Burrows se tambaleó de un lado a otro con el rostro congestionado, y de repente, el suelo, las paredes y el techo se estremecieron a un tiempo al desplomarse el coloso, que pareció llenar con su cuerpo toda la estancia. Basil se incorporó de un brinco con los ojos saltones, y de tres golpes de ariete lanzó al criado a un rincón. Después se arrojó sobre Burrows con un paño en la mano y otro en los dientes y le ató de pies y manos antes de que acabara de darse cuenta de que se había caído al suelo. Luego

Basil se precipitó sobre Greenwood, al que Rupert se esforzaba por sujetar, y entre los dos le aseguraron fácilmente. El hombre que me sujetaba a mí quiso correr en su ayuda, pero yo salté como un resorte, y con infinita satisfacción logré derribarle. El otro criado, sangrando por la boca y totalmente desmoralizado, huyó tambaleándose del aposento. Mi anterior adversario se escabulló tras él sin proferir una palabra, viendo que la batalla estaba perdida. Rupert se había sentado a horcajadas sobre el maniatado Greenwood, y lo mismo había hecho Basil sobre el indefenso Burrows.

Con gran sorpresa mía este último, que yacía atado de espaldas, hablaba con voz absolutamente tranquila con el hombre que estaba sentado encima de él.

—Bueno, señores —decía—, ahora que se han salido ustedes con la suya, ¿quieren hacer el favor de decirnos qué diablos significa todo esto?

—Esto —repuso Basil con radiante expresión, bajando la vista hacia su cautivo—, esto es lo que llamamos la supervivencia de los más aptos.

Rupert, que había estado reconcentrando sus ideas durante las últimas fases de la lucha, estaba completamente recobrado al terminarse ésta. Abandonando el cuerpo del postrado Greenwood y atándose un pañuelo a la mano izquierda que le

sangraba por efecto de un golpe, exclamó con toda frialdad:

—Basil, ¿quiere montar la guardia sobre los prisioneros? Swinburne, vamos a registrar la cárcel de los sótanos.

—Perfectamente —dijo Basil levantándose también y sentándose con desenvoltura en un sillón—. No tengáis prisa —agregó—, tenemos aquí todos los periódicos ilustrados.

Rupert salió del aposento con aire pensativo, y yo le seguí más pensativo todavía. De hecho, me rezagué tanto que pude oír mientras atravesaba la habitación, los corredores y la escalera de la cocina, la voz de Basil, que proseguía la interrumpida conversación.

—Ahora, señor Burrows —dijo acomodándose en el sillón—, no hay motivo para que no prosigamos esa divertida discusión. Lamento que tenga usted que expresarse tendido de espaldas en el suelo, pero como ya le dije antes, ignora las causas de su actual situación, tanto como el hombre de la luna. Sin embargo, un conversador como usted no creo que encuentre dificultades serias en cualquier postura corporal. Decía usted, si mal no recuerdo, cuando se produjo este alboroto accidental, que los rudimentos de la ciencia pueden darse a conocer de forma provechosa.

—En efecto —contestó con tono desenvuelto el

corpulento prisionero—. Yo sostenía que sólo un tosco esquema del Universo, tal como la ciencia lo ve, puede ser...

Y aquí se extinguieron las voces al descender nosotros al sótano. Había observado que el señor Greenwood no tomaba parte en la amistosa discusión. Por extraño que parezca, creo que se acordaba de nuestro proceder con cierto resentimiento. El señor Burrows, en cambio, era todo filosofía y locuacidad. Les dejamos juntos, como ya he dicho, y nos sumergimos cada vez más en el subterráneo de aquella misteriosa casa, que acaso a nosotros nos pareciera más siniestra de lo que en realidad era por nuestro conocimiento de su misterio semicriminal y del secreto humano que encerraba en sus profundidades.

El sótano tenía varias puertas, como suele suceder en tales casas, puertas que conducían, a la cocina, al lavadero, a la despensa, al cuarto de la servidumbre, etc. Rupert las abrió todas con indescriptible rapidez. De las cinco que había, cuatro se abrieron para mostrarnos departamentos vacíos. La quinta estaba cerrada con llave, pero Rupert la hizo saltar como si fuera un cartón, y al fin nos hallamos en las tinieblas de la habitación sellada y oscura.

Rupert se detuvo en el umbral, y como si hablara

al borde de un abismo, exclamó:

—Quienquiera que sea usted, salga de ahí. Está libre. Las personas que la tenían prisionera han sido apresadas a su vez. La hemos oído a usted gritar, y hemos venido a liberarla. Arriba tenemos a sus enemigos atados de pies y manos. Está usted libre.

Después de que Rupert se hubo dirigido a las tinieblas, reinó en éstas un instante de silencio sepulcral. Al fin se oyó una especie de murmullo o lamento que habríamos podido tomar por el correr de los ratones si no lo hubiéramos oído ya. Era sin duda alguna la voz de la mujer encarcelada, que reclamaba quejumbrosamente la libertad, exactamente igual que la habíamos oído antes.

—¿Tiene alguien una cerilla? —dijo Rupert sombríamente—. Me parece que ya vamos a poner término a este asunto.

Yo encendí una cerilla y la levanté en el aire. La luz reveló un aposento amplio y desnudo, empapelado de amarillo, en cuyo extremo opuesto, junto a la ventana, se encontraba una figura vestida de negro. Un instante después la cerilla me quemó los dedos y se me cayó, y reinó de nuevo la oscuridad. Sin embargo, se nos había revelado algo más práctico: un mechero de gas precisamente encima de mi cabeza. Froté otra cerilla y encendí la luz, y entonces fue cuando, al fin, nos encontramos de

verdad en presencia de la cautiva.

Ante una especie de cesta de labor, colocada en la ventana de aquella habitación subterránea, estaba sentada una anciana señora de rostro singularmente sonrosado, y con el pelo blanco como la plata. A modo de extraordinario contraste, tenía unas negras cejas mefistofélicas y un primoroso vestido negro. El fulgor de la luz de gas hacía resaltar su chocante cabello y su notable rostro sobre el fondo oscuro de la ventana, fondo que presentaba un tinte azulado en un solo lugar: donde la navaja de Rupert había hecho saltar la madera una hora antes.

—Señora —dijo mi amigo adelantándose a la vez que se llevaba la mano al sombrero—, permítame que tenga el placer de anunciarle que está usted libre. Sus lamentos han llegado por casualidad a nuestros oídos cuando pasábamos por la calle, y en consecuencia, nos hemos aventurado a venir a su rescate.

La anciana señora del rubicundo semblante y las cejas negras, se nos quedó mirando un instante con algo de la apoplética mirada de una cotorra. Después, exhalando un repentino suspiro de alivio, exclamó:

—¿Mi rescate? ¿Dónde está el señor Greenwood? ¿Dónde está el señor Burrows? ¿Dice usted que me han liberado?

—Sí, señora —contestó Rupert con radiante condescendencia—. Nos hemos entendido satisfactoriamente con los señores Greenwood y Burrows. Hemos llegado con ellos a un acuerdo satisfactorio.

La anciana señora se levantó de la silla y se acercó extrañada a nosotros.

—¿Qué les han dicho ustedes? ¿Cómo les han persuadido? —preguntó.

—Los hemos persuadido, querida señora —contestó Rupert riéndose— derribándoles a puñetazos, y atándoles después. Pero ¿qué es lo que sucede?

Con gran sorpresa nuestra, la anciana señora retrocedió lentamente al sitio que ocupaba junto a la ventana.

—¿Es verdad —preguntó como si fuera a fruncir el ceño— que han maltratado ustedes al señor Burrows y le han atado?

—Así es —contestó Rupert con orgullo—. Les hemos hecho frente y hemos vencido.

—¡Oh, gracias! —dijo la mujer volviendo a sentarse junto a la ventana.

Reinó un largo silencio.

—Tiene usted el camino completamente libre, señora —dijo Rupert con voz afable.

La anciana se levantó, enarcando por un instante

les negras cejas y nos apuntó con su cresta de plata.

—Pero ¿y Greenwood y Burrows? —exclamó—. ¿Qué dice usted que ha sido de ellos?

—Están tumbados arriba en el suelo —dijo Rupert riéndose—. Atados de pies y manos.

—Bueno, eso resuelve las cosas —dijo la anciana señora volviendo a sentarse con cierta violencia—. Debo continuar donde estoy.

Rupert se quedó desconcertado.

—¿Que va a continuar donde está? —exclamó—. ¿Por qué ha de seguir más tiempo aquí? ¿Qué poder puede obligarle a seguir ahora en esta miserable celda?

—La cuestión es, más bien —dijo con calma la anciana señora—, qué poder puede obligarme a marcharme a cualquier otro sitio.

Rupert y yo nos quedamos mirándola aturdidos, y ella nos miró a nosotros con tranquilidad.

—¿De verdad quiere usted decir —dije yo al fin— que desea que la dejemos aquí?

—Supongo que no pretenderán ustedes atarme y sacarme de aquí a la fuerza —contestó ella—. Porque pueden estar seguros de que de otra manera no me iré.

—Pero, querida señora —exclamó Rupert en el colmo de la exasperación—, nosotros mismos la hemos oído lamentarse porque no podía salir de aquí.

—Las personas indiscretas oyen a veces cosas que les confunden —contestó la cautiva en tono desabrido—. Supongo que habré desfallecido un poco, y al perder la serenidad me habré puesto a hablar sola. Pero, a pesar de todo, tengo sentido del honor.

—¿Sentido del honor? —repitió Rupert, en cuyo semblante se extinguió el último viso de inteligencia, convirtiéndose en el rostro de un idiota de ojos desencajados.

Con paso vacilante se dirigió hacia la puerta, y yo le seguí. Pero vencido todavía por escrúpulos de conciencia y por la curiosidad, me volví una vez más hacia la mujer.

—¿No podemos hacer nada por usted, señora? —Dije desesperadamente.

—Miren —dijo la mujer—, si quieren ustedes hacerme un pequeño favor, desaten a los señores de arriba.

Rupert se precipitó escaleras arriba haciendo crujir los escalones con su impetuosidad. Las palabras se le salían de la boca cuando llegó tambaleándose a la puerta de la habitación en que había tenido lugar la batalla.

—Teóricamente hablando, eso es indudablemente cierto —estaba diciendo el señor Burrows, que continuaba tendido de espaldas y discutiendo

animadamente con Basil—, pero debemos considerar la materia tal como se nos aparece a nuestros sentidos. El origen de la moralidad...

—¡Basil! —exclamó Rupert jadeando—. ¡No quiere salir!

—¿Quién no quiere salir? —preguntó Basil algo contrariado por la interrupción.

—La señora de abajo —contestó Rupert—. La señora que estaba encerrada. No quiere salir. Y dice que lo único que quiere es que soltemos a estos señores.

—Es una buena y sensata idea —exclamó Basil, que de un salto se instaló de nuevo sobre el postrado Burrows y se puso a desatarle con las manos y los dientes.

—Es una idea brillante. Swinburne, desate al señor Greenwood.

Con gesto aturdido y mecánico desató al hombrecillo de la chaqueta púrpura, el cual no parecía considerar ninguno de nuestros actos como sensatos ni brillantes. El gigantesco Burrows, al contrario, se retorció de risa.

—Bueno —dijo Basil con toda su jovialidad—, me parece que ya debemos marcharnos. Hemos pasado la velada magníficamente, y sin nada de ceremonias. Casi podría decir que hemos estado como en nuestra casa. ¡Buenas noches! Muchísimas

gracias. Vamos, Rupert.

—¡Basil! —dijo Rupert desesperadamente—. ¡Por amor de Dios, ven a ver lo que puedes hacer por la mujer que está abajo! No acabo de desechar esa preocupación de mi espíritu. Reconozco que nos hemos equivocado, pero tal vez a estos señores no les importe...

—No, no —exclamó Burrows con un regocijo Rabelesiano—. No, no. Miren ustedes en la despensa, señores. Examinen la carbonera. Registren las chimeneas. Por toda la casa hay cadáveres, se lo aseguro.

Esta aventura estaba llamada a diferir, en un particular, de las otras que he narrado. Yo había pasado muchos días fantásticos con Basil Grant, días durante la mitad de los cuales el sol y la luna parecían haberse vuelto locos, pero casi siempre había sucedido que al final del día y de su aventura las cosas se habían aclarado como el cielo después de la lluvia, descubriendo poco a poco su luminoso y plácido sentido. Pero las aventuras de aquel día estaban llamadas a terminar en una confusión de mil demonios. Antes de que abandonásemos aquella casa, sucedió otro acontecimiento enloquecedor que nos nubló el juicio por completo. Si a Rupert se le hubiera caído de repente la cabeza al suelo, si a Greenwood le hubieran empezado a nacer alas en los

hombros, no creo que nuestra impresión hubiera sido mayor que la que experimentamos. Y, sin embargo, este hecho quedó sin explicación. Tuvimos que acostarnos aquella noche con el prodigio en la memoria, y levantarnos con él a la mañana siguiente, y soportarlo en nuestro espíritu durante semanas y meses. Como luego se verá, hasta mucho tiempo después no logramos verlo explicado, gracias a otro accidente, y por distinto conducto. Por el momento voy a limitarme a referir lo que sucedió.

Cuando los cinco descendimos la escalera del sótano, Rupert a la cabeza y los dueños de la casa detrás, encontramos la puerta del calabozo cerrada de nuevo. Una vez abierta, vimos que la habitación estaba sumida otra vez en las más profundas tinieblas. La anciana señora, si es que seguía allí, había apagado el gas; al parecer sentía una preferencia fantástica por la oscuridad.

Sin pronunciar palabra, Rupert encendió de nuevo la luz. La anciana señora volvió la cabeza de pájaro al sentirnos entrar atropelladamente. Después, con una vivacidad que casi me hizo dar un brinco, se puso en pie de un salto e hizo una especie de reverencia a la antigua usanza. Yo me volví a mirar a Greenwood y Burrows, a quienes supuse que iba destinada aquella manifestación de servidumbre. Me irritaba pensar lo que esta sumisión significaba, y

quería ver cómo la acogían los semblantes de los tiranos, pero para mi sorpresa ni siquiera dieron muestras de haberla visto; Burrows se estaba recortando las uñas con un pequeño cortaplumas, y Greenwood se hallaba detrás de todos, y apenas había franqueado el umbral. Entonces se puso de manifiesto un hecho verdaderamente pasmoso: el que estaba a la cabeza del grupo era Basil Grant, cuyo enérgico semblante y cuya figura recibían de lleno la dorada luz. En su rostro se dibujaba una expresión de indescriptible seriedad, y una tenue y severa sonrisa contraía sus labios. Tenía la cabeza ligeramente inclinada en una leve reverencia: era él quien había contestado al saludo de la dama, y era él, sin ningún género de dudas, a quien éste iba dirigido.

—He sabido —dijo Basil Grant con voz afable a la vez que severa—, he sabido, señora, que mis amigos han intentado liberarla, pero sin éxito.

—Sin duda, nadie conoce mis faltas mejor que usted —contestó la señora—, pero nunca me ha encontrado usted culpable de traición.

—Lo compruebo con gusto, señora —contestó Basil en el mismo tono—, y el hecho es que tanto me complace su demostración de lealtad que voy a permitirme el placer de ejercer ciertos amplios y direccionales poderes. Usted no ha querido abandonar este cuarto a petición de estos señores,

pero estoy seguro de que lo hará con gusto si yo se lo digo.

La prisionera hizo otra reverencia.

—Nunca me he quejado de su injusticia —dijo—. No necesito decir lo que pienso de su generosidad.

Y antes de que nuestros atónitos ojos pudieran pestañear, la mujer había salido de la habitación, mientras Basil le mantenía la puerta abierta para que pasara.

Recobrando después su jovialidad, Basil se volvió hacia Greenwood.

—Esto será un alivio para ustedes —dijo.

—Sin duda —contestó el incommovible joven con expresión de esfinge.

Al fin nos hallamos de nuevo en la calle, en la oscuridad de la noche azul, aturdidos y maltrechos, como si nos hubiéramos caído de una elevadísima torre.

—Basil —dijo Rupert al cabo, con voz débil—. Siempre he creído que eras mi hermano. Pero ¿eres un hombre? Quiero decir... que si no eres más que un hombre...

—Por el momento —contestó Basil—, mi mera humanidad se patentiza por una de las pruebas más inequívocas: el hambre. Ya es tarde para ir al teatro, pero no lo es para el restaurante. ¡Ahí viene el ómnibus verde!

Y antes de que pudiéramos contestarle había saltado al vehículo.

Como ya he dicho anteriormente, varios meses después Rupert Grant entró de súbito en mi cuarto balanceando en la mano un maletín, con el aire de haber saltado la tapia del jardín, y me suplicó que le acompañara a la última y más fantástica de sus expediciones. Se proponía, nada menos, que descubrir el origen, las andanzas y el cuartel general de la causa de todas nuestras alegrías y pesares: el Club de los Negocios Raros. Mi historia se haría interminable si explicara minuciosamente cómo logramos dar por fin con la guarida de esa extraña entidad. La empresa llevó consigo un centenar de interesantes peripecias: tuvimos que seguir a uno de los miembros, sobornar a un cochero, luchar con unos rufianes, levantar una losa del suelo que nos reveló una cueva, descubrir otra cueva debajo, encontrar el pasadizo subterráneo y llegar al fin al Club de los Negocios Raros.

He experimentado muy extrañas y diversas cosas en el transcurso de mi vida, pero jamás una más extraña que la que experimenté cuando salí de los tortuosos, oscuros y al parecer funestos subterráneos, al repentino esplendor de un comedor suntuoso y

hospitalario, rodeado casi por todas partes de rostros que conocía. Allí estaba el señor Montmorency, el Agente de Fincas Arbóreas, sentado entre los dos jóvenes vivarachos, los que hacían transitoriamente de vicarios, y ejercían de Retenedores Profesionales. Allí estaba P. G. Northover, fundador de la Agencia de Aventuras, e igualmente se encontraba allí el profesor Chadd, que había inventado el lenguaje de la danza.

Cuando entramos, todos los miembros parecieron precipitarse a sus sillas, por lo cual el vacío de la presidencia se nos apareció de pronto como el hueco de un diente perdido.

—No ha venido el presidente —dijo el señor P. G. Northover, volviéndose bruscamente hacia el profesor Chadd.

—No... no... —dijo el filósofo con más vaguedad aún de la que le era característica—. No me imagino dónde puede estar.

—¡Dios Mío! —exclamó el señor Montmorency—. Estoy un poco nervioso. Voy a ver. —Y se precipitó fuera de la estancia. Un instante después volvió corriendo presa de un tímido alborozo—. Ya está aquí, señores, ya está aquí. Enseguida viene —exclamó volviendo a sentarse.

Rupert y yo no pudimos menos que preguntarnos quién podría ser el presidente de aquella hermandad

de lunáticos. ¿Quién sería, nos decíamos, el más lunático de aquel mundo de lunáticos? ¿Qué fantástico personaje sería aquel cuya sombra llenaba de tan leal expectación a aquellos fantásticos individuos?

De repente obtuvimos la respuesta. La puerta se abrió de par en par y la estancia se estremeció bajo un vitoreo unánime, en medio del cual se adelantó Basil Grant, risueño y vestido de etiqueta, y tomó asiento a la cabecera de la mesa.

¡No sé cómo pudimos cenar aquella noche en tal estado de nervios! En la vida corriente soy una persona particularmente inclinada a saborear los prolongados goces de los banquetes de club. Pero en esta ocasión parecía que nunca acabarían de servir los platos. Los boquerones de los entremeses me parecían tan grandes como arenques; la sopa se me aparecía como un océano; las alondras eran como patos, y los patos como avestruces. El queso fue ya de locura. Yo había oído con frecuencia que la Luna era un queso redondo, pero aquella noche pensé que el queso era la Luna. Y a todo esto Basil Grant no cesaba un momento de reírse mientras comía y bebía, y nunca nos lanzaba una mirada para decirnos por qué estaba allí, por qué era el rey de aquellos rematados lunáticos.

Al fin llegó el momento en que sin duda teníamos

que ser iluminados al respecto, el momento de los discursos y de los brindis. Basil Grant se puso en pie en medio de un estruendo de gritos y aclamaciones.

—Señores —comenzó—, es costumbre en esta sociedad que el presidente elegido por el año abra las sesiones, no con un brindis de carácter general o sentimental, sino invitando a cada miembro a exponer brevemente la naturaleza de su profesión. Después beberemos a su salud y a la de todos los que le sigan. Como miembro más antiguo tengo el deber de comenzar por exponer las razones que me asisten para pertenecer a este Club. Hace muchos años, señores, yo era juez. En función de tal me esforzaba en lo posible por hacer justicia y por administrar la ley, pero poco a poco me fui dando cuenta de que en mi labor, tal como ésta se desarrollaba, no me acercaba ni remotamente a la Justicia. Me hallaba instalado en el solio de los poderosos, vestía la toga de escarlata y armiño, pero, a pesar de todo, mi función era inútil y mezquina. Tenía que regirme por un mezquino reglamento, exactamente igual que otro funcionario cualquiera, y el oro y la grana de mi toga no valían más que los galones de un portero. Diariamente se me presentaban problemas difíciles y apasionados en los que tenía que decidir necios encarcelamientos o necias indemnizaciones, cuando el sentido común me decía que habrían recibido una

solución muchísimo mejor con un beso o una paliza, con unas cuantas palabras de explicación o un duelo, o bien por una excursión a las montañas del Oeste. A medida que fui dándome cuenta de esto, me pesaba cada vez más el sentimiento de la inutilidad de mi profesión. Cada palabra que se decía en el juicio, un simple murmullo o un juramento, se me aparecía más relacionado con la vida que las palabras que tenía que pronunciar. Al fin llegó un día en que renegué públicamente de toda esta patraña me retiré de la vida pública considerado por todos como un loco.

Algo se advertía en el ambiente que me revelaba que no éramos Rupert y yo los únicos que escuchábamos con intensa atención las palabras de Basil Grant.

—Sin embargo, descubrí que podía ser de verdadera utilidad. Me ofrecí particularmente como un juez, de índole, para resolver diferencias estrictamente morales. Antes de que pasara mucho tiempo estos Tribunales de honor, de carácter extraoficial (celebrados en el más riguroso secreto), se difundieron por toda la sociedad. Y me dediqué entonces a juzgar a la gente, no por las bagatelas vulgares de las que nadie se preocupa, tales como la comisión de un asesinato o el tener un perro sin licencia, no: mis delincuentes eran juzgados por los delitos que verdaderamente hacen imposible la vida

social. Comparecían voluntariamente ante mí al verse atenazados por un egoísmo o una vanidad inaceptable, o por su inclinación a la difamación, o por su ruindad hacia los amigos o subalternos. Claro está que estos tribunales no poseían poder coercitivo alguno. La ejecución de sus castigos dependía completamente del honor de las damas y los caballeros interesados, así como del honor de los delincuentes. Pero se asombrarían ustedes al saber la absoluta obediencia con que nuestras órdenes eran cumplidas siempre. No hace mucho tuve una demostración en extremo satisfactoria. Una solterona de South Kensington, a la que yo había condenado a solitaria reclusión como medio de romper un compromiso contraído por difamación, se negó de modo terminante a abandonar su prisión cuando ciertas personas con buenas intenciones cometieron la indiscreción de intentar liberarla.

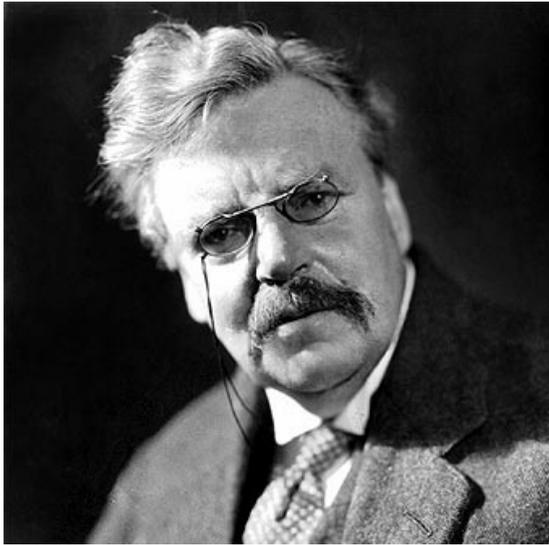
Rupert Grant miraba boquiabierto a su hermano. Y creo que lo mismo me pasaba a mí. ¡Ésta era, pues, la explicación del extraño descontento de la anciana señora, y de la todavía más extraña conformidad con su suerte! ¡Aquella mujer era uno de los reos del Tribunal Voluntario de Basil Grant! ¡Era uno de los clientes de su extravagante profesión!

Todavía seguíamos aturdidos cuando bebimos, entre un estrépito de copas, a la salud de la nueva

judicatura de Basil. Teníamos tan sólo una vaga idea de que todo había quedado explicado, la vaga idea que tendrían los hombres cuando comparezcan ante la presencia de Dios. Confusamente le oímos decir a Basil:

—El señor P. G. Northover va a explicar ahora el funcionamiento de la Agencia de Aventuras.

Y de la misma confusa manera oímos a Northover comenzar la exposición que había hecho tiempo atrás ante el comandante Brown. De este modo nuestra epopeya terminaba en donde había empezado, como un verdadero círculo.



GILBERT KEITH CHESTERTON. (Campden Hill, 1874 - Londres, 1936) Crítico, novelista y poeta inglés, cuya obra de ficción lo califica entre los narradores más brillantes e ingeniosos de la literatura de su lengua. El padre de Chesterton era un agente inmobiliario que envió a su hijo a la prestigiosa St. Paul School y luego a la Slade School of Art; poco después de graduarse se dedicó por completo al periodismo y llegó incluso a editar su propio semanario, *G.Ks Weekly*.

Desde joven se sintió atraído por el catolicismo, como su amigo el poeta Hilaire Belloc, y en 1922 abandonó el protestantismo en una ceremonia

oficiada por su amigo el padre O'Connor, modelo de su detective Brown, un cura católico inventado años antes.

Además de poesía (*El caballero salvaje*, 1900) y excelentes y agudos estudios literarios (*Robert Browning*, *Dickens* o *Bernard Shaw*, entre 1903 y 1909), este conservador estetizante, similar al mismo Belloc o al gran novelista F. M. Ford, se dedicó a la narrativa detectivesca, con *El hombre que fue Jueves*, una de sus obras maestras, aparecida en 1908.

A partir de 1911 empezaron las series del padre Brown, inauguradas por *El candor del padre Brown*, novelas protagonizadas por ese brillante sacerdote-detective que, muy tempranamente traducidas al castellano por A. Reyes, consolidaron su fama. De hecho, Chesterton inventó, como lo haría un poco más tarde T. S. Eliot o E. Waugh, una suerte de nostalgia católica anglosajona que celebraba la jocundia medieval y la vida feudal, por ejemplo, en Chaucer (a quien dedicó un ensayo), mientras que abominaba de la Reforma protestante y, sobre todo, del puritanismo.

Maestro de la ironía y del juego de la paradoja lógica como motor de la narración, polígrafo,

excéntrico, orfebre de sentencias de deslumbrante precisión, en su abundantísima obra (más de cien volúmenes) aparecen todos los géneros de la prosa, incluido el tratado de teología divulgativo y de gran poder de persuasión.

Los ya citados relatos del padre Brown siguen la línea de Arthur Conan Doyle, mientras que los dedicados a un investigador sedente, el gordo y plácido Mr. Pond (literalmente «estanque»), inauguraron la tradición de detectives que especulan sobre la conducta humana a través de fuentes indirectas, desde Nero Wolf hasta Bustos Domecq, el policía encarcelado que forjaron Adolfo Bioy Casares y Jorge Luis Borges, dos de los lectores más devotos que Chesterton ha tenido en el siglo xx.

Notas

[1] Secta religiosa de la India, que practicaba sacrificios humanos degollando a los extranjeros. <<